

Tu tan **JEFE**
и ио...
i Tan caprichosa!



Ariadna Baker

Tú tan **JEFE**

o o...

Tan caprichosa!

Primera edición.
Tú tan jefe y yo... ¡Tan caprichosa!

Ariadna Baker.

©Octubre, 2019.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Capítulo 1

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Capítulo 1



Era la segunda vez que apagaba el despertador. Como cada mañana el mismo ritual; a la tercera iba la vencida, era cuando me levantaba y me comenzaba a preparar mientras me tomaba un café, eso sí, una hora para hacer todo de forma relajada.

Coqueta no, lo siguiente. La moda, arreglarme, el maquillarme, todo era parte de mi día a día, me encantaba sentirme guapa, que me miraran, cuidarme... Iba al gimnasio todos los días cuando salía de trabajar, siempre llevaba la bolsa de deporte en el coche.

Esa mañana me puse unos leggings vaqueros, de cintura baja, con unos tacones blancos y una camiseta del mismo color de pico, de mangas cortas, ajustada, con un collar largo de bolas de plata hasta debajo del pecho.

Me maquillé muy natural, pero con los labios rojos pasión, mi melena larga y negra a media espalda suelta, con la raya en medio. Estaba preciosa, me gustaba, era feliz cuidando mi estética.

Vivía en un apartamento en Miami Beach, era mi joya favorita, en un exclusivo bloque donde también había oficinas, mirando al mar. Me lo regalaron mis padres cuando empecé a trabajar de subdirectora de la revista del corazón más importante de Florida.

Salí del ascensor al garaje y cogí mi coche, otro regalo que me hicieron con el apartamento, un mini de BMW, en color rojo. Sin dudas, mi favorito.

Mis padres estaban ya jubilados, los dos habían tenido unos buenos puestos de trabajo; mi padre fue un directivo de una de las empresas eléctricas más importante y mi madre, una de las mejores abogadas de Miami.

Diez minutos después estaba en el parking de las oficinas, en pleno centro de la ciudad, el *downtown* de Miami, conocido por su bullicio comercial.

Saludé a Fifi, la chica de recepción, siempre tan amable. Tenía unos cuarenta y cinco años y ya llevaba veinte en la empresa, yo llevaba tres. Entré con veintisiete años, diez meses después me

pusieron como personal fijo de la plantilla y un año más tarde me nombraron subdirectora.

— Buenos días — respondió con una amplia sonrisa. — Hay noticias — dijo en voz baja en plan chisme.

— ¡Cuenta! — sonreí emocionada.

— Hoy viene a quedarse en la nueva oficina directiva que estaban renovando el hijo del señor Patrick, coge relevo, ya debió hacerlo hace dos meses cuando se despidió su padre de la empresa, pero ya por fin hoy viene.

— ¿Tú lo conoces?

— No, ¡qué dices!, nadie, nunca se dio a conocer. Trabajó desde su casa, no le gusta que le pongan cara de forma innecesaria, por lo visto es muy receloso con su privacidad.

— Pues ahora lo va a conocer hasta mi primo el de Houston — solté una carcajada y ella también, poniéndose las manos en la cara.

— Espero que no nos dé mucha caña, que sea como el señor Patrick, que era muy cuidadoso con sus empleados.

— Pues a mí como este me salga tontito, le pienso dar para el pelo, este no sabe con quién ha ido a dar — solté una carcajada seca.

— Por cierto, te he dejado las noticias más relevantes de esta semana, para que eches un vistazo a lo que saldrá publicado.

— Vale, así cotilleo un poco — le saqué la lengua y le dije adiós con la mano.

Llegué a mi despacho y me preparé otro café, me senté en el borde de la ventana a tomarlo mientras veía las noticias, y vaya noticias. Una ruptura matrimonial de las más consolidadas de Hollywood. Unos minutos después dos toques sonaron en la puerta.

— Adelante — grité para que entraran, yo permanecía en la ventana con mi café y los documentos de las exclusivas.

— Buenos días — dijo esa voz varonil, ese hombre que era impresionantemente guapo, sexy, elegante, imponente, un ángel caído del cielo, que me estaba haciendo babear y casi me dejó sin palabras — Soy Romeo.

— Hola — dije aún en shock —, como mi cantante favorito — vaya gilipollez había acabado de soltar, pero me había quedado sin saber que decir, por una vez en mi vida.

— Vaya, el rey de la bachata...

— Ese mismo — casi tartamudeaba.

— Bueno — me señaló a la cafetera pidiéndome permiso para echarse un café, ni que no fuera el dueño de todo y pudiera hacer lo que le daba la gana. Le afirmé con la cabeza sonriendo — ahora vamos a tener que trabajar codo con codo. Ya me habló mi padre mucho de ti, siempre te dejó en un lugar muy bueno, así que espero que tengamos la misma relación que teníais ambos.

— Claro, claro — ¿qué le iba a decir? Yo solo quería que las piernas no me flaquearan y caer al suelo de forma fulminante.

— ¿Estás bien? — dijo después de coger su taza.

— Claro, claro — mierda había repetido de nuevo lo mismo.

— ¿Nerviosa?

— ¿¿¿Yo??? ¿¿¿Con que motivo??? Para nada. Nada que ver. No, no. — estaba empeorando la cosa, pero es que no daba una, cada vez que hablaba la cagaba más.

— Está bien, solo me parecía — dijo en tono que sonó a ironía.

— No, pues no, te lo digo, que me conozco bastante bien. — seguía empeorando...

— Eso espero — evitó reír, pero no lo consiguió y rompimos los dos en una carcajada — Bueno — dejó la taza al lado de la cafetera —, me voy a mi despacho, cuando estés más relajada te pasas por allí y te invito a un café, organizamos todo y de verdad, ha sido un placer — extendió su mano — ¿Cómo me dijiste que te llamabas? — No se lo había dicho, pero fue bueno eso para que se lo recordara, seguro que el padre sí que me había nombrado por mi nombre.

— Jennifer, mi nombre es Jennifer...

— Vaya como mi cantante y actriz favorita — dijo con ironía refiriéndose a Jennifer López, en respuesta a lo que le dije de Romeo Santos.

— Ya... — negué con la cabeza riendo.

— Ahora sí que me voy — dio dos golpes a la puerta y la cerró.

¡Mierda! Había parecido una estúpida impresionada por su jefe, con cara de tonta, babeando y sin saber qué decir y lo peor de todo es que yo nunca había actuado así. Me di dos golpes en la frente y cerré los ojos mientras resoplaba, necesitaba soltar todo el aire, no entendía cómo había reaccionado de esa forma.

Me fui a buscar a Fifi, directamente, en el fondo me iba a comprender bien, sabía de lo que

hablaría.

— ¿Lo has visto verdad? — dije nada más llegar a su recepción.

— Y tanto que lo he visto, me preguntó dónde estaba tu despacho y sabía que te iba a coger de sorpresa. Para matarse, ¿no?

— Para matarme a mí. Actué como una niña chica, sin saber que decía, me temblaba todo, repetía las cosas e hice la gilipollas, literalmente...

— Me puso nerviosa hasta a mí — soltamos una carcajada.

— Ese tío normal que se esconda, ahora lo entiendo, eso es para secuestrarlo, atarlo a la cama y no dejarlo salir.

— Tiene una mandíbula y una cara preciosa, es muy sensual, ese tono moreno cuidado le hace irresistible y ese pelo rubio tan natural, no sé, pero va a ser el juguete del edificio. ¿No es para adorarlo y bendecirlo?

— Y para tirárselo — dije afirmando mientras babeaba imaginándomelo — Me ha dicho que cuando pueda me pase por su despacho, cuando esté menos nerviosa, pero me parece a mí que no voy a ir en un mes, esto no se supera en una hora, ni en dos días ¿Dónde lo tenían escondido? — suspiré.

— Yo era tú e iba ya, no perdía ni un momento, anda que no.

— No, yo hasta que no me recupere de este shock, paso de ir, vamos, te lo digo desde ya. Paso de ponerme a responder en plan gilipollas, ni de broma me la juego.

— Está bien, como tú veas, pero que yo iba y no salía de ese despacho.

— Me voy, que me estás poniendo peor — negué con la cabeza y me marché a mi oficina.

¿La mañana? No hice ni el huevo, ni revisé nada. Aún estaba en un estado de nerviosismo que no me dejaba avanzar, estaba literalmente bloqueada, así que cuando llegó la hora, salí pitando para no encontrármelo por el pasillo, hasta Fifi se quedó boquiabierta al verme correr a esa velocidad.

— Hola — dijo cuando se abrieron las puertas. No me lo podía creer, dentro del ascensor estaba Romeo — Adelante.

— Hola, Romeo — sonreí con falsedad, yo solo quería que la tierra me tragara.

— No fuiste a verme... — levantó la ceja aguantando la risa.

— Verás, es que me llamaron de una posible noticia, un contacto mío y me lie, me lie y...

— Hablaste seis horas, ¿no? — aguantó la risa sin dejar de arquear la ceja.

— No, unas cuatro, las otras dos revisé que las noticias de esta semana estuvieran bien redactadas — mentí como una condenada.

— Ajá — dijo sin creerse nada.

— Pero que mañana voy — las puertas se abrieron al garaje y me señaló para que saliera.

— Mañana te espero, hasta luego Jenny — dijo con todo descaro contrayendo mi nombre, cosa que me gustó y me ruborizó más.

— Adiós, Romeo — reí.

Lo vi irse en un pedazo de coche que eso valía más que mi apartamento, pero yo con mi mini era la más feliz del mundo, pero el tío es que era de esos que llamaban la atención por todos lados.

Me fui a comer a un restaurante al lado del gimnasio, preparaban las mejores ensaladas del mundo y además servían unos filetes a la plancha de mucha calidad. Luego subí al *gym* con mis cascos y me puse a hacer mis rutinas, escuchando a Romeo Santos, recordando esos dos momentos con mi nuevo jefe, ese que había entrado pisando fuerte, pero no de la forma que yo esperaba o creía, si no de una peor, conseguir ponerme realmente nerviosa, cosa que muy pocos hombres habían conseguido, por no decir ninguno.

De allí me fui a pasear por la avenida principal de donde vivía, una calle justo detrás llena de tiendas de todas las firmas, llena de vida. Tenía que relajarme paseando y comprar algún trapillo más para la colección, ya no tenía ni dónde meter ropa a pesar del vestidor tan grande que tenía, pero era mi vicio y no podía evitarlo.

Después de entrar a varias tiendas y adquirir algunas camisetas, tejanos y un par de zapatos divinos, me fui a casa de mi amiga Brenda, que vivía en el edificio contiguo al mío.

— Ya estabas tardando en aparecer — dijo al verme.

— Necesité dar una vuelta, invítame a un té y te cuento un chisme.

— Sí es por un chisme, te invito hasta a una ensalada que vas a quedar encantada, es griega, receta de Margot, mi enferma — Brenda era médica y tenía su propia consulta, estaba triunfando, tenía a los mejores clientes de la ciudad.

— Se incorporó a su puesto el hijo de Patrick...

— El hijo de tu jefe, ¿verdad?

— Sí, pero mi jefe ahora es su hijo Romeo, desde hoy — sonreí.

— Y es un grandísimo hijo de su madre, ¿no?

— Seguro, pero aún no te lo puedo confirmar — rompí a reír — Te cuento, está de muerte, tiene un cuerpo, una cara, unos brazos, una mandíbula...

— Como todos — dijo bromeando.

— Las ganas de todos, ese tío es un fuera de serie.

— ¿Un amor a primera vista?

— No, un calentón en toda regla es lo que me entró — suspiré.

— ¿Y a él le viste atracción por ti? Aunque dudo que no la tuviera...

— Yo que sé, me hablaba y yo contestaba tipo idiota, me quedé bloqueada, la cagaba cada vez que decía una palabra, las he pasado putas.

— ¿Tú?

— Yo...

— No me lo puedo creer, con lo que tú eres...

— Hasta que llegó él y me hizo ser diferente, pero esto lo tengo que controlar, no se puede quedar así — reí.

— Pues claro, el tiempo que se te pase esa tontería que te entró y entonces tomes el mando.

— El mando el que le cogía yo — soltamos una carcajada.

Después de cenar con mi amiga, me fui a mi apartamento, me metí una buena ducha y me eché a leer un rato, al menos lo intentaba, pero no era posible, aquello no paraba de rondarme por la cabeza, esas imágenes de cuando apareció por mi apartamento se me iban a quedar grabadas el resto de mi vida.

Mi vida siempre había sido muy diferente con los hombres, no me había llegado el amor, bueno una vez me duró uno dos años, pero de eso hace diez, tenía veinte, estaba en la universidad estudiando periodismo y me enamoré de un chico con el que conseguí tener una relación seria, pero luego me desamoré, no era lo que imaginaba y no quise continuar con algo que no me llenaba, quitando eso, todo fueron rollos de una o varias noches, no me complicaba la vida, además ninguno me llenaban lo suficiente como para continuar viéndolos.

Y ahora llegó Romeo, podía ser un capricho, por supuesto, pero me había arrancado esa parte de mí que hasta ahora nadie había conseguido y eso era lo que más me preocupaba, obvio que no estaba enamorada, pero tampoco era normal que hubiera conseguido que actuara como una gilipollas.

Así que me daba igual que fuera mi jefe, iba a conseguir tomar el control y por supuesto, intentar darme una alegría para el cuerpo, no sabía si lo conseguiría, pero armas tenía muchas.

Capítulo 2



Esa mañana decidí ponerme un traje negro hasta la rodilla, ceñido a todo el cuerpo, me recogí el pelo y me pinté los labios de rojo, del mismo color que los tacones que llevaba ese día.

— Buenos días, estás impresionante — dijo Fifi al verme entrar.

— Buenos días ¿Ya llegó mi amante? — solté una carcajada mientras ponía los ojos en blanco.

— Sí, además hoy viene increíblemente guapo, se podía superar aún más, increíble, pero cierto, ve a verlo.

— Un mojón, después de lo que me has dicho, paso de ir, me voy a encerrar en mi despacho — dije levantando la mano y marchándome, ella negaba riéndose.

Al llegar a mi despacho, hice el mismo ritual de siempre, me preparé un café y llamaron a la puerta, me persigné para que no fuera él, pero nada, cuando dije adelante, ahí estaba él con una sonrisa, pude ratificar lo que había dicho mi compañera, estaba más impresionante, ese tío era algo de otro planeta.

— Buenos días, hay un refrán que dicen por algunos lugares del mundo, que cuando la montaña no va a Mahoma, Mahoma tendrá que ir a la montaña.

— ¿Sí? — pregunté cagándola como siempre — Por cierto, buenos días.

— Así es, aquí estoy por eso — me señaló de nuevo a la máquina como el día anterior y afirmé con la cabeza — Te veo muy nerviosa, quiero que sepas que no muerdo a nadie, soy una persona con la que se puede debatir sin que haya sangre — hizo un guiño — Por cierto, estás muy guapa.

— Gracias. Ya, ya, ya lo sé — ¿Qué sabía yo si no lo conocía? La iba cagando de forma brutal y él ya empezaba con la sonrisa — Me refiero a lo de que no muerdes a nadie — reía.

— Me alegro de que lo sepas — arqueó la ceja.

— Bueno, quiero decir que me lo imagino.... — puse los ojos en blanco.

— Eso está mejor. Pues eso — señaló a la silla para pedir permiso para sentarse, yo seguía en el mismo borde de la ventana en el que me vio el día anterior —, creo que haremos un buen trabajo juntos, estuve revisando el trabajo tuyo de la semana y no tengo nada que añadir, es impresionante.

— Me alegro — hice un gesto irónico, la verdad es que no daba una, no me había visto más gilipollas en mi vida.

— Quería comentarte que mañana viernes por la noche tengo prevista una cena y luego unas copas en el Club South Beach, será para todos los empleados de la empresa, quiero tener un primer contacto menos formal con todos, por supuesto, no me cabe duda de que cuento contigo.

— Claro, yo todo lo que sea beber y comer, me apunto — La de Dios, más tonta y no nazco. Me entró un ataque de risa y a él otro.

— Una cosa, normalmente no eres así, ¿no? — ya se estaba planteando si era gilipollas o no.

— Sí, de toda la vida — Mierda, era que no — Es broma, no soy así, pero me impone conocer a un nuevo jefe, me irrita, me pone nerviosa — mentí de nuevo.

— Pensé que era por otro motivo, mala suerte para mí... — arqueó la ceja.

— Pensaste mal — solté otra carcajada nerviosa.

Tragué saliva. ¿Me estaba diciendo algo? Por mi vida que eso me sonaba a que esperaba algo más que algo profesional, si no qué sentido tendría esa frase, solo me limité a reír, como si lo hubiera entendido como una broma.

Por fin comenzamos a hablar de exclusivas, de los potentes anuncios publicitarios de empresas que confiaban en nuestra marca, ya comencé a respirar un poco mejor y a decir dos frases seguidas sin sentirme una tonta.

— Bueno, ahora vuelvo a mi despacho, que casi se nos fue la mañana, tengo claro que haremos un buen equipo. Si no te cruzo por los pasillos, mañana por la noche nos vemos en el Club.

— Allí estaré.

— Más te vale, por cierto, estás increíblemente guapa— dijo de nuevo sonriendo desde la puerta antes de cerrarla.

¡Ay, Dios!, lo que me había dicho, pues este iba a ver cómo iba a estar yo para esa cena, en tan exclusivo lugar, me iba a poner un conjunto que lo iba a dejar toda la noche cruzado de piernas del dolor de miembro que le iba a entrar. Reí al pensarlo, ya había conseguido ser persona delante de él, ahora iba a conocer a la mujer que vivía en mí, esa que era una deslenguada cuando la ocasión lo requiría, alocada, aunque muy exigente con mi trabajo y tremendamente caprichosa y si de algo

me había encaprichado ahora, era de él y no iba a parar hasta llamarle totalmente la atención.

Ese día hice mi rutina, comer cerca del gimnasio y luego entrar una hora y pico a hacer mis ejercicios, luego quedé en un bar de mi calle con Brenda, donde merendamos y luego nos despedimos, ella había quedado en cenar con un chico con el que llevaba un mes viéndose, otro doctor.

— Pásalo genial, y ya sabes, que te jodan mucho — le dije bromeando.

— Que te joda a ti tu jefe — rio mientras se iba.

— Eso quiero, no lo dudes.

— No me cabe la menor duda — se fue riendo.

Me fui para casa y me quedé relajada, en mi sofá, mirando hacia el mar, con toda la movida de la calle; gente patinando, otros con coches de lujos exhibiéndose, otros haciendo ejercicio, muchos en la playa, el pan nuestro de cada día era esa calle y a mí me encantaba observar mientras tomaba un té.

Me entró una llamada de mi padre.

— Hola, papá.

— Hola, vida mía. ¿Qué tal estás?

— Bien, como siempre, tengo nuevo jefe, ya llegó el hijo de Patrick a ocupar el lugar que dejó.

— ¿Y qué tal?

— Pues mira aparte de que está buenísimo, — yo con mi padre tenía mucha confianza, respeto, pero mucha confianza — es un tipo que se le ve muy llano en el tema laboral, creo que congeniaremos bien.

— No me cabe duda. Por cierto, el domingo es el cumpleaños de mamá, quiero que salgamos a comer los tres. ¿Qué te parece?

— Perfecto, yo le compré un colgante precioso, creo que le gustará.

— No lo dudo. Yo iré mañana a comprarle un bolso. Ya lleva tiempo detrás de él, pero sabes que como tiene tantos, se lo piensa mucho.

— Pues listo, a comprárselo, le va a encantar.

— Nos vemos el domingo, hija. Te quiero. Mañana volvemos de las Bahamas.

— Perfecto. Yo también te quiero, papá.

La verdad que era envidiable su relación, siempre estaban atentos el uno al otro, el amor entre ellos parecía que nunca se fuera a extinguir, no pasaba a ser un amor de años, era un amor permanente, como si siempre estuvieran viviendo el principio, no les faltaban gestos de cariño el uno al otro, comprensión, unanimidad en todo, se respetaban hasta la saciedad y siempre se seguían sorprendiendo, era increíble este matrimonio, yo estaba muy orgullosa de ellos.

Miré el móvil y me di cuenta de que tenía la red social un poco muerta, así que me tiré una foto en la cama con un libro y la subí, no tardaron en aparecer los *likes*.

Me acosté temprano, eran apenas las once de la noche, para mí era temprano, normalmente dormía a las doce o una de la noche, pero ese día quería descansar más, al día siguiente me tocaba trabajar y por la noche, la cena de la empresa.

Por la mañana me fui a hacia la revista con unas ganas impresionantes de cruzármelo por las oficinas, pero nada, charlé varias veces con Fifi, pero el señorito no se dejaba ver por ningún lado, además yo pasaba de ir a su oficina, lo cogería en mi terreno, por la noche, vestida para la ocasión, que se preparara que iba a llegar pisando fuerte, ese capricho lo tenía yo que llevar a mi terreno y con esta salida, me lo ponían a huevo.

Capítulo 3



Ya estaba lista, me miré frente al espejo y me encantaba, una minifalda de lentejuelas minúsculas en tonos dorados y plateado, corta, con una camiseta de tela caída de tirantes finísimos, de color dorada, con un buen escote, las sandalias de tiras del mismo color, con un tacón plateado. Estaba de película, preciosa, con una coleta alta y estirada, esos labios rojos, como siempre y el maquillaje natural pero con un poco de brillo en los pómulos como la falda, parecía que estaba sacada de una pasarela, me hice un guiño a mí misma.

Un taxi me esperaba en la puerta, no quería conducir, iba a beber y no me iba a buscar un problema, para eso era muy responsable, así que me subí a él, me puse detrás, miré las redes, me tiré un *selfie* y lo subí al Instagram, no tardaron en ir apareciendo corazones, fácilmente conseguía con cada publicación unas 600 reacciones, no estaba nada mal.

Llegué al lugar y en la entrada sobre unas barras de estas pequeñas que estaban repartidas por toda la terraza, estaban mis compañeros, en varias de ellas, en grupos, iba directa para donde estaba Fifi, pero de repente apareció él, sonriendo, directo a darme un beso en la mejilla y la bienvenida.

— Gracias — dije ruborizada mientras él me sujetaba la mano y me miraba de arriba a abajo sonriendo y ladeando la cabeza.

— Estás impresionantemente guapa, cada momento me deslumbras más.

— Gracias — repetí de nuevo, esta vez no me temblaban las piernas, tomaba más el control.

— No hay de qué ¿Un vino? — paró al camarero que pasaba por nuestro lado con una bandeja de vinos y cervezas.

— Claro.

Cogió dos y me puso uno en la mano. Miré donde Fifi y me miraba sin poderlo creer, yo aguanté el riñón, solo le hice un gesto con la mano y sonreí. Romeo me miraba sonriente.

Notaba a Romeo muy atento, simpático, más de lo normal, como muy pícaro, esa era la sensación

que me daba y eso me ponía de lo más subida, me hacía crecerme, pensar que le podía gustar era algo que me atraía mucho, yo tenía claro que quería llevarlo a mi terreno y estaba dispuesta a conseguirlo.

— ¿Sueles salir por las noches? Yo me acabo de instalar aquí en la ciudad, antes vivía en Orlando, desde allí gestionaba todo, así que me tengo que adecuar a todo esto, muy diferente por cierto a la vida de allí.

— Suelo salir los viernes y sábados. Es muy diferente a Orlando, por supuesto, esto es otro estilo de vida, pero creo que no te costará conectar con Miami, por las noches tiene todo tipo de lugares, según tus preferencias, hay para todos los gustos, clases y edades.

— Directamente me tendrás que decir los lugares para los cuarentones — puso los ojos en blanco.

— No parece que tengas cuarenta años — dije impresionada.

— No, no tengo cuarenta, tengo cuarenta y tres — levantó la ceja.

— Joder, nadie lo diría — reí y di un trago.

— ¿Y tú?

Treinta... — sonreí con ironía.

Te echaba menos...

— A mí con que me eches los que tengo... — dije con doble sentido, aguantando la risa y poniendo cara de no haber roto un plato.

—Lo apunto — me hizo un guiño, también iba con segundas, pero a juego no me ganaba nadie.

— No sabía que era necesario aprenderse mi edad — carraspeé.

— Claro, para ir tachando — me hizo un guiño — vamos, hay que pasar a todos hacia la cena, luego saldremos a tomar las copas, te toca sentarte con el director, eso te pasa por pertenecer al equipo directivo.

— Veo que tendré que convertirme en tu sombra — sonreí con ironía.

— Ves muy bien...

Nos sentamos todos y Romeo se levantó, el salón quedó en silencio.

— Quiero agradecer a todos y cada uno de ustedes la presencia en este evento preparado con tanta rapidez, como ya sabéis, ahora me toca coger el puesto de mi padre, que ya era hora que empiece a vivir la vida y se aparte del mundo laboral, al que se ha dedicado tanto tiempo. Mi nombre es

Romeo, como ya sabéis, espero estar a la altura con la que estuvo mi padre, sé que será muy difícil, pero me comprometo a esforzarme por conseguirlo.

Como venía siendo con él, ahora mi mano derecha será Jennifer, como sabéis era la de él y con la satisfacción que sentía con su trabajo, me veo en la obligación de seguir contando con ella para que esté a mi lado, será todo un placer compartir también con ustedes los proyectos y avances de la revista. Sin más que decir y sin pretender hacer una larga charla, espero que disfruten de la noche y muchas gracias por venir.

Venga, todos a aplaudir al nuevo jefe, se lo había currado, nada de charlas que se hacían interminables y agradecido con todo, entraba con buen pie, se le veía en la cara de los compañeros que sonreían feliz a la vez que aplaudían.

— Sonó convincente — le dije en flojito.

Me tengo que ganar sus simpatías — dijo chocando su copa de vino contra la mía.

— Así que lo tienes todo calculado, interesante...

— Todo — arqueó la ceja mirándome fijamente — Absolutamente todo — me hizo un guiño que me puso nerviosa.

— Vaya, eso sonó en referida a varios ámbitos...

— Eso sonó tal cual tiene que sonar — me hizo un guiño y elevó un poco su copa, sin dejar de mirarme sonriendo.

Joder con Romeo, era de esos tipos que te hacían poner a flor de piel cuando le daba la gana, sus indirectas las veía como puñales clavándose en mi interior, no sabía si me excitaba, me ponía nerviosa o las dos cosas, pero me lo imaginaba en la cama y me entraban sudores.

Se pasó toda la cena interrogándome sobre Miami, mi vida, mi casa, mis hábitos, hobby, familia y hasta por mi perra Lulú, que por cierto estaba en casa de mis padres, pues se la llevaron unos días a la casa de las Bahamas, así se divertía un poco en el jardín.

De la cena pasamos a las copas, me acerqué a Fifi mientras él saludaba y charlaba con algunos, aproveché para quedarme a solas con ella mientras bebíamos una copa.

— Me está poniendo a prueba, creo que este quiere pasar por mi cama — reí con nervios.

— ¿Y quién no querría? ¿Tú te has visto? No creo que haya un hombre aquí que dijera que no a pasar una noche como mínimo contigo.

— Pero yo solo quiero atraerle a él, tengo que darme el capricho de pasar una noche de pasión con ese hombre, bueno, una noche, una hora o media, pero un rato de fogosidad para este cuerpo. Míralo — dije observándolo con un grupo — es tan...

— Buenorro, esa es la palabra — dijo Fifi persignándose.

— Y mira su culo, Dios me están entrando unas calores en este cuerpo...

— Esta noche seguro que pasa algo entre vosotros, lo estoy viendo.

— Dios y todos los astros del cielo te escuchen y hagan algo para que así sea. Mi cuerpo está preparado para recibirle — reímos.

— Dios dice, solo tienes que decirle aquí te quiero y ese está babeando, ¿no ves la de veces que se vuelve para mirarte?

— No quiero ni mirar, me pongo con unos vapores...

— Pues ahí viene, me voy con Ricky y con Albert, os dejo a solas.

Ni tiempo me dijo a decir nada que ya me dejó allí, en la barra y Romeo viniendo hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Entonces esta noche me vas a llevar a conocer algún lugar? — preguntó con carraspeo y de la forma más sensual que había visto en mi vida.

— ¿Siempre vas tan directo? — pregunté con descaro.

— Por ahora me estoy comportando...

— ¿En serio? — pregunté con ironía.

— Totalmente, si no fueras mi compañera la pregunta hubiera sido distinta.

— Qué pena — dije sonando a ironía mientras daba un trago a la copa, produciendo una carcajada en él.

— No me has respondido a la pregunta. ¿Dónde me llevaras?

— No dije aún que lo hiciera...

— Hombre, irnos directos a mi casa, tampoco está bonito.

— ¿Y quién te dijo que fuera a ir?

— Yo...

— Te veo muy seguro.

— Segurísimo — un escalofrío recorrió mi cuerpo, ya me imaginaba allí.

— Bueno, eso lo veremos.

— Claro.

Romeo tenía un control que era de lo más asombroso que había conocido, pero era mi capricho, si quería jugar yo iba a llegar hasta el final, una alegría para el cuerpo no me la iba a negar.

Estuvimos charlando con más gente y luego se fueron marchando conforme avanzaba la noche, quedamos los dos solos.

— Mira, hemos quedado el primer y segundo directivo de la empresa — dijo pidiendo otras dos copas.

— Veo que tienes aguante.

— ¿Me estás llamando viejo?

— No, por favor, te estoy llamando pasado de edad, nada más — dije bromeando.

— ¿Y tú por eso piensas que tienes más aguante que yo? — arqueó la ceja sonriendo levemente, haciéndose el gracioso.

— En todo — sonreí con descaro.

— Uy, eso tendría que verlo.

— Cuando quieras...

— Me estás poniendo a prueba — dijo señalándome con la copa.

— Menos mal que te das cuenta — Ya salía la Jennifer descarada, pícaro y marchosa.

— Eso me parece genial, probemos...

Probemos decía, cuando quisiera, vamos, impedimento no iba a poner. Estuvimos tonteando una hora más, hasta que me propuso ir a su casa para tomar la última copa, sin pelos en la lengua, directo a la yugular, pero yo acepté, estaba claro que quería seguir disfrutando de la noche y de Romeo, estaba dispuesta a llegar hasta donde él quisiera.

Un taxi nos llevó a pleno corazón de Key Biscayne, una isla conectada a Miami, a poco más de media hora del centro, con unas playas exuberantes, su casa frente a una de ellas, un chalet con un terreno de unos mil metros, todo decorado de película, con barra exterior, zona con camas de estilo balinés, palmeras, una piscina en forma de lago rodeada de grandes piedras y palmeras

entre ellas, aquello era el paraíso y la casa era impresionante. Me quedé totalmente impresionada, ya se sabía que su nivel económico era de otro nivel, mira que yo no me podía quejar del mío, pero el de él era totalmente desorbitado.

Se puso detrás de la barra y preparó dos copas, luego nos sentamos en los taburetes que había fuera de ella y nos pusimos a reír, sí a reír, como dos tontos, la risa floja esa que te entra ante una situación en la que sobran las palabras, pues eso nos estaba sucediendo.

— Mira que fiarte de mí y venir a casa... — se mordió el labio.

— No me das miedo, no tienes ni media hostia.

— Uhhh, un poco fuerte, ¿no?

— Se me olvidó decirte que soy la número uno en artes marciales. — No era verdad, pero me valió para defenderme.

— Eso tendría que verlo — me agarró la mano y me quedé a cuadros — Estás realmente preciosa.

— ¿Me estás tirando los trastos?

— Claro, desde el momento en que te vi en tu despacho.

— No me había dado cuenta, sobre todo hoy... — puse los ojos en blanco y vi como su mano me arrastraba a pegarme contra él.

— ¿Y ahora?

— Ahora un... — Iba a decir un poquito, pero su boca ya estaba contra la mía, besándome con deseo, pegándome a él con todas sus fuerzas, acariciando todo mi cuerpo por encima de la ropa.

— ¿Te quedó claro ya? — preguntó sin soltarme, con su media sonrisa.

— No — ahora fui yo quién lo atacó.

Se separó, me agarró de la mano y me llevó hacia el interior, a su habitación, una preciosidad con una cama gigante en medio, flamantemente vestida, con muchos cojines.

Comenzó a besarme a los pies de ella, aún no nos habíamos echado. Él comenzó a desnudarme y yo a él, aquí a dúo o nada, hasta quedar los dos completamente desnudo. Me miraba con ojos de deseos mientras iba tocando mis pechos y mordisqueando mis labios. Me cogió la mano y me puso boca arriba sobre la cama, él se quedó de pie entre mis piernas, que estaban abiertas y arqueadas, puso medio cuerpo encima de mí y comenzó a besar mi cuello e ir bajando hasta mis senos, para luego terminar en mi zona baja, mordisqueando mis labios y adentrando su lengua, mientras sus manos apretaban con fuerzas mis caderas.

Gemí al notar como sus dedos ayudaban a su lengua que se quedaba en mi clítoris. Me metió dos de ellos y comenzó a moverlos por dentro, jugueteando, volviéndome loca, con su otra mano me aguantaba la cadera con fuerzas para que no me moviera. Me estaba volviendo cada vez más loca, esa lengua que estaba consiguiendo llevarme a la cima, tuve un orgasmo tan brutal que chillé con todas mis fuerzas.

Su sonrisa se dibujó en la cara cuando me vio caer casi desplomada, me abrió las piernas y sin pensarlo dos veces me penetró, en seco, rápido, no estaba repuesta y ya lo tenía dentro, levantando mis caderas, él seguía de pie, lo bueno es que la cama era bastante alta. Sus estocadas eran brutales, sincronizadas, a la vez que emitían unos gemidos contenidos que desgastaba en sus manos, esas que elevaban fuertemente mis caderas, sin casi medir la fuerza, pero era un contraste de sensaciones que me hacían poner a mil.

Cuando terminó me dejó caer con suavidad, sonrió y fue al baño. Escuché como se duchaba, luego salió con unos bóxer sueltos en el muslo y una camiseta blanca, estaba tremendamente sexy, yo me había vestido completamente y estaba de pie sonriendo.

— ¿Te vas? — preguntó extrañado.

— Claro, no te pensarás que voy a dormir contigo — sonreí poniendo los ojos en blanco.

— Lo daba por sentado — me agarró por la cintura y me besó.

— No des tantas cosas por sentado, no suelo dormir en la casa de mis amantes — hice un gesto irónico.

— ¿Somos amantes?

— Hombre, marido y mujer, está claro que no, además eres mi jefe — le devolví un beso rápido y corto, ya llamé al taxi, tiene que estar llegando.

— ¿En serio te vas?

— Sí, estoy que me caigo de sueño, necesito descansar y nada como mi cama.

— Está bien, déjame ponerme un pantalón, te acompaño hasta el taxi, pero que sepas que me dejas el alma por los suelos por irte.

— Ya será menos.

— Pensaba desayunar contigo...

— Anda, anda, Romeo...

— Espero volverte a ver — dijo cogiéndome la mano y saliendo al jardín para ir hasta el taxi que

ya había llegado.

— No te queda otra, trabajamos juntos — le di un beso y me fui.

Lo había conseguido, además para mi sorpresa, aunque algo rápido todo, pero tremendamente perfecto, eran de esos momentos que te llenaban más que cinco horas en la cama, además el tío tenía un físico que impresionaba y sus gestos tan correctos y adecuados en todo momento conseguían hacer todo más fogoso.

Llegué a mi casa, me duché, me puse una camiseta de tirantes y me acosté. Caí rendida con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 4



Sábado, ese día tan lindo, en el que no había que madrugar ni preocuparse por nada, además no tenía planes, al día siguiente comería con mis padres, pero hoy, nada mejor que hacer que recordar la noche anterior y hacer lo que me diera la gana.

Estaba claro que algo tenía que hacer, pero lo primero tomar un café, mordisquear esa exquisita tostada de mermelada y mirar por la ventana a la playa, donde la zona ya comenzaba a coger vida de forma diferente a la noche. Era feliz ahí, me encantaba mi apartamento, las vistas, todo, tanto como Romeo, ese tío que no conseguía quitarme de mi cabeza y al que por fin había conseguido tener, aunque fuera un rato de la forma que yo deseaba, entre mis piernas.

Miré el Instagram y me di cuenta de que Romeo había comenzado a seguirme, sonreí y le di a seguirlo también, en ese momento recibí muchas notificaciones, estaba dando el me gusta a todas mis publicaciones, vamos, estaba viendo entero mi perfil, pues iba una por una, además se tomaba su tiempo.

Me entró un mensaje por WhatsApp y me quedé impresionada al descubrir que era él.

Romeo: Buenos días, estaba pensando en preparar un arroz con marisco, abrir una botella de vino y pensé que lo mismo te agradaría la idea.

Sonreí al ver el mensaje, a huevo, me lo estaba poniendo todo a huevo y encima no tenía planes, pues claro que me apuntaba.

Yo: ¿Arroz? ¿Entendí arroz con marisco? ¡Voy corriendo!
No tardó en responder...

Romeo: Jajaja. Aquí te espero. Puedes traer ropa de baño, la piscina está a su disposición.

Pues listo, otra vez a pasar una jornada no laboral con él, ahora tenía que ver qué me ponía, para empezar un bañador blanco que tenía muy sexy, agarrado con un broche de plata en el centro del estómago, dejando al descubierto la cintura. Me eché por encima un traje estilo caftán en blanco agarrado a la cintura, de media manga, una de ella caída hacia el codo, era muy glamuroso y me quedaba genial. Me recogí el pelo, me puse unas sandalias de tiras blancas y me fui hacia el

coche.

A toda hostia, escuchando a Romeo Santos, es que me perdía ese hombre, esa voz era única y hacia todas las canciones muy suyas.

Llegué allí y la verja se abrió al escuchar el claxon de mi coche. Su sonrisa permanecía en la cara, aparqué junto a su coche y me abrió la puerta del mío.

— Bienvenida de nuevo — dijo dándome un beso en los labios.

— Gracias, pero no vine por usted, lo hice por el vino.

— De acuerdo — levantó las manos produciendo una carcajada — Estás preciosa.

— Siempre lo estoy — sonreí mientras lo seguía a la barra donde se puso a servir dos vinos blancos.

— Eso es verdad...

Puso de fondo a Romeo Santos, ya me había escuchado llegar con esa música y me sorprendió que lo hiciera, pero me encantó ese gesto.

Cogimos las copas y nos fuimos a sentar en el borde de la piscina, bueno él en el borde y yo, en los escalones.

— Ayer te escapaste.

— ¿Yo? — me hice la sueca.

— Sí, tú...

— Yo salí andando como una campeona hasta el taxi...

— Me hubiera gustado que te hubieras quedado — me hizo un guiño.

— Ya si eso en otra — bebí de la copa sonriendo.

— Lo mismo hoy...

— No, mañana tengo un compromiso familiar con mis padres, es el cumpleaños de mi madre, me viene mal — me encogí de hombros.

— Otra vez que te me escaparás, vaya.

— Bueno, tú ves rezando que si eso algún día tienes suerte — le saqué la lengua y se abalanzó

contra mí.

Quitó mi copa y la puso en un lado del borde de la piscina y comenzó a besarme, me arrastró al agua y me puso encima de él, rodeándolo con las piernas, besándonos como si no hubiera un mañana y sonriendo de felicidad, no es que estuviéramos enamorados, pero sí que había mucha química entre nosotros y eso nos hacía sentir bien, nos hacía disfrutar del momento.

Nos volvimos a sentar y a tomar la copa, en ese momento no pasó más que unos fogosos besos y un poco de juego, eso a lo que se le notaba que le gustaba jugar, se sentía cómodo en ese terreno y a mí me volvía loca.

Nos fuimos a preparar el arroz, en un fogón móvil que tenía. Bueno, lo preparó él, yo charlaba a su lado mientras tomaba el vino, uno detrás de otro, me encantaba y a él parecía que también, además comprobé que tenía una buena bodega.

Comimos en el interior, con el aire acondicionado, hacia demasiada calor, era verano y encima en Miami el sol se volvía insoportable, la humedad dejaba una sensación muy incómoda.

Tras la comida, nos sentamos en el sofá, como no, comenzó a acariciarme, me quitó el bañador, se sentó y me sentó frente a él de cuclillas, movía mi culo para que me excitara notando su miembro, yo me estaba poniendo a mil por hora, mi zona estaba ya hinchada e incluso me dolía.

Luego me echó hacia un lado dejándome mirando al techo, el sentado se puso entre mis piernas y comenzó a introducir dedos, luego bajaba su cabeza y me mordía los labios, cada vez sus dedos se volvían más locos, luego cogió mi mano y puso mis dedos en mi clítoris, para que me tocara para el mientras el permanecía moviéndome por dentro y con la otra mano pellizcaba mis pezones.

Cuando llegué al orgasmo él seguía en mi interior con sus dedos.

— Para — dije sin fuerzas.

Los sacó y me penetró inmediatamente, luego salió e hizo que me pusiera a cuatro patas, volvió a penetrarme con fuerzas, sus manos chocaban a velocidad con mis caderas, dándome con fuerzas, agarrándolas desmesuradamente, pero a mí me encantaba, esa sensación me ponía a mil y no quería que se acabara.

Nos fuimos a la piscina, copa de vino en mano, estaba muy coqueto, yo aún estaba temblando por la sensación que había vivido con él de nuevo, aquello era maravilloso, aquello era tocar el cielo con las manos.

Pasamos la tarde juntos y la cena, pidió comida japonesa, nos encantaba el Sushi y aprovechamos para cenarlo. Tras la cena, me llevó al jardín y puso dos copas, nos sentamos sobre una cama de esas de películas, yo estaba aún en bañador. Él se acercó a mí y me lo comenzó a quitar, me miraba con deseo. Luego, una vez liberada del bañador, él se quitó el suyo.

— Ven — señaló a su miembro para que se lo comiera, no me lo podía creer, pero por supuesto que lo iba a hacer.

Me puse agachada con la cara sobre él, comencé a lamerlo mientras él agarraba mi pelo formando una cola, estirada, casi dirigía mis movimientos, marcaba la velocidad. Lo hice llegar al orgasmo, se quitó y la puso hacia su mano para no mancharme y sonrió, con esa cara de felicidad que lo decía todo. Se levantó y se fue a la ducha del jardín, yo seguía desnuda, tumbada boca arriba y vino hacia mí.

— Tócate — dijo mientras se ponía un preservativo.

Comencé a tocarme sin vergüenza, él separó bien mis piernas, me echó hacia él y comenzó a penetrarme mientras pellizcaba mi pecho y me exigía que fuera más rápida, hasta que comencé a chillar, me había corrido y él seguía ahí sin parar, pensé que me desmayaría del placer, no podía casi ni respirar, hasta que por fin cayó sobre mí y solté todo el aire.

— Me encanta cómo te dejas llevar — dijo echándome el pelo hacia atrás.

— Me gusta lo bueno, no soy tonta — solté una carcajada.

— Ya, — rio — pero muchas personas tienen sus límites.

— Vamos, tampoco te creas King Kong, que no hice nada que no hubiera hecho antes — dije muerta de risa.

— A eso me refería, pero toda persona tiene un límite, aunque yo aún no haya llegado a él.

— Te entiendo, pero cuando el sexo es seguro creo que los límites están en la cabeza, yo al menos no creo que los tuviera — salió de mí sonriendo.

Sonrió y se fue a la ducha, volvió y yo me había puesto el bañador, el caftán y tenía la copa en la mano.

— Lo que íbamos hablando, pero no se tienen límites hasta que llegas y te topas con algo que te dice que por ahí no.

— Ay Romeo, ¿Estás intentando decirme algo? Te veo con muchos rodeos. Si te preguntas si me han dado por culo, te digo ya que no, pues no tuve relaciones que me duraran más de dos noches, entonces se iba a lo tradicional, además tuve un novio de dos años y con ese no pasé del sexo celestial, casi me quería llevar al altar virgen — soltó una carcajada.

— No ando con rodeos, solo tengo tacto — se mordió el labio sonriendo — Hoy en día hay mucha mujer que no pasa de lo tradicional, en el sexo hay mucho más que lo que todo sabemos, hay juegos, hay métodos, hay un abanico de posibilidades.

— ¿Me estás diciendo que si estoy dispuesta a que cojas un látigo y me fustigues? — puse cara de impacto.

— ¡No! Pero ves, ya te estás poniendo límites, para que veas que los hay.

— Ah no, si tú quieres usarlo, adelante, yo luego te meto una buena hostia y estamos en paz — sonreí.

— Me la tendría merecida — rio.

— Eso significa que no eres de látigo — puse cara pensativa.

— Te intento decir que hay dolores innecesarios, cuando hay otras alternativas que pueden producir dolor y placer a la vez, pero no a base de látigos.

— Cuenta, cuenta — di un trago al vaso mientras veía que él sonreía.

— Y por qué no mejor, pregunto, quedamos y pasamos el fin de semana que viene juntos, aquí y me dejas enseñarte con ejemplos y tú decides hasta dónde dices basta y te puedes ir cuando quieras, los límites los pondrás tú.

— ¿Me estás retando? — mi cara era de asombro.

— ¡No te atreves a jugar? — arqueó la ceja ahora él.

— Pues claro. ¿A qué hora empieza el juego?

— A las seis del viernes, justo cuando vuelva de una comida de una reunión de trabajo que tengo con una empresa nueva para la publicidad, así tenemos para jugar hasta el domingo, eso si llegas...

— Si llego dice... — solté una carcajada.

— No creo que exista invento en el mundo, ni mucho menos en tus manos, para que yo me tenga que asustar. Por cierto, si no pongo límites, ¿qué me gano? Pues esto lo veo como una apuesta, un juego, como tú dices.

— Lo veo justo. ¿Qué te parece una cena donde elijas?

— Vaya mierda de reto — reí — Qué menos que un fin de semana en las Vegas.

— Trato hecho.

— Todos los gastos incluidos — le señalé.

Me dio la mano en señal de pacto, aguantando la risa, clavando su mirada en la mía, mientras mis labios sonreían con ironía, eso de pasar el fin de semana con él para mí era algo que me atraía, si encima íbamos a jugar, ya era para tirar cohetes.

Nos pusimos a charlar, charlar mirando al cielo, ahí nos quedamos toda la noche, dormidos y los primeros rayos del sol me despertaron, yo estaba encima de él babeando, para matarme.

Miré el móvil y eran las siete de la mañana, le dije que me iba, me abrazó y me obligo a quedarme a desayunar, así que desayunamos juntos y luego me fui hacia mi casa a ducharme y prepararme para la comida con mis padres.

Capítulo 5



Me di un buen baño relajante, de esos que me gustaban de vez en cuando, lo que me estaba pasando con Romeo era algo increíble, vale, era mi jefe, pero era irresistible, así que me había dejado llevar por la fogosidad sin ponerme trabas por el aspecto laboral, en ese modo, rendiría como una más de la plantilla, o no, pues rendía mucho más que cualquiera al ser la subdirectora, tenía un cargo que me exigía mucho, ya sabía que la parte fuerte la tenían los periodistas que estaban a pie de calle, además de los redactores que tenían que plasmas la información lo más decorada posible, pero de mí dependían muchas decisiones, sobre todo control por todo.

Me preparé con un pantalón corto muy coqueto, tipo safari, unas sandalias de vestir en color beige, del mismo color que la camiseta de tirantes, me recogí el pelo y ya estaba lista, un rato después estaban mis padres abajo, me había puesto un mensaje de que me recogerían, así que baje hacia el coche.

— Hola, amores míos — dije poniéndome en el asiento de atrás, echándome un poco hacia adelante y tocando sus hombros.

— Estás preciosa, hija — dijo mi madre, que estaba ladeada.

— Tu madre tiene razón, estas preciosa — sonrió mientras me miraba por el espejo retrovisor.

— Vosotros sí que estáis guapos — le di un beso a cada uno en la mejilla.

Fuimos al restaurante que ya sabía de días atrás, ese que le expliqué a Romeo y que le prometí que un día iríamos a comer, quería que lo conociera, de los más exclusivos de la ciudad, siempre te encontrabas con algún famoso comiendo.

Entramos al restaurante y nos dieron una mesa con vistas al mar, eso no podía fallar, yo era como mis padres, necesitábamos contacto visual con el agua, nos relajaba.

Nos sentamos y pidió una copa de vino, en el momento que la levanté para brindar, chocando las copas contra la de mis padres, que estaban enfrente, un cosquilleo recogió mi barriga, no me lo podía creer. Romeo, desde una mesa de atrás, sentado, mirándome, sonriendo y levantando también su copa. Mis padres estaban de espalda y no lo podían ver, pero yo me iba a desmayar, lo miré con una mirada asesina, pero en el fondo me quería echar a reír.

No me imaginaba que fuera a tener el atrevimiento de ir, mi padre pidió unos entrantes y le dije que iba a saludar a mi jefe, que por coincidencia estaba solo atrás, los dos lo miraron y le levantaron la mano saludado.

— Dile que se una, hija — dijo mi padre.

— Vale, veré si no está esperando a alguien.

Anduve hacia él que me miraba sonriendo.

— Tienes un morro que te lo pisas chaval — dije sentándome frente a él con mi copa de vino.

— Sentí envidia, me hablaste tan bien de este lugar que quise venir a comer.

— Ya — negué con la cabeza riendo — Vente con nosotros anda, mi padre quiere que te unas.

— No, no quiero parecer un intruso.

— Ya lo eres, anda tira — dije exigiendo que se levantara.

— Solo con una condición...

— Dime... — puse los ojos en blanco.

— Cuando salgamos de aquí te vienes en mi coche.

— ¿Me vas a llevar a tu casa a ponerme a cuatro patas? — reí.

— Te voy a llevar conmigo ¿Trato hecho?

— Vale, vamos, está bien — resoplé riendo.

Mis padres se levantaron al verlo, los presenté y rápidamente le ofrecieron que se sentará. Romeo era un encantador, se los metió en el bolsillo en menos de cinco minutos. Ya estaba charlando con mis padres como si los conociera de toda la vida.

En el postre le dimos los regalos, le encantaron, el bolso de mi padre y mi colgante, el colmo fue cuando fue mi padre a pagar la cuenta, le trajeron la carpeta con el ticket y al abrirlo ponía felicidades y el nombre de Romeo, ósea ya había pagado y eso hizo que mis padres se lo agradecerán, pero con una bronca anterior, por supuesto, mientras yo negaba sonriendo con la cabeza.

— Bueno, pero debes aceptar otra comida con nosotros y que te invitemos — dijo mi madre dándole la mano.

— Eso está hecho — sonrió.

— Gracias, pero no debías — dijo mi madre dándole dos besos.

— No hay de que, hoy hay que cuidarla, es su cumpleaños — dijo de forma melosa, el muy canalla, tenía un morro que se lo pisaba.

Me despedí de mis padres, ya les había dicho que iba a tomar algo con Romeo por ahí, ellos ya se iban para casa.

— Qué morro tienes, chaval — dije cuando se fueron.

— En el fondo te alegré la comida — me dio un leve toque en la espalda para andar hacia su coche.

— No me lo puedo creer aún, que hayas tenido la poca vergüenza de venir— reí.

— Es un lugar público...

— Hay millones, pero bueno, es verdad que echamos un buen rato y mis padres estuvieron de lo más cómodos y divertidos.

— Son encantadores...

— Ya — no dejaba de reír negando con la cabeza.

Fuimos para su casa, como no.

— No me iba a poder aguantar hasta el viernes — se encogió de hombros mientras la verja se abría.

— ¿Y si no quiero?

— Pues ya me las apañó solo, pero sería una lástima...

— Sigo reiterando que tienes un morro que te lo pisas — negué con la cabeza.

Nos fuimos al salón, afuera hacía mucha calor, así que entramos y puso dos café, los hacía buenísimos, cuando lo terminamos agarró mi mano y la puso en su miembro.

— Esto no se hace — dijo en tono serio, como él sabía ponerse, refiriéndose a ser la causante de su erección.

Le quité la cremallera, le hice señas para que se levantara un poco y quitarle todo y comencé a lamerla, como si no hubiera un mañana, él no hacía más que contener gemidos, hasta que me

apartó y llegó al orgasmo.

— Quién las hace, las paga — dije bromeando como dejando zanjada mi deuda.

Entró al baño y cuando salió, vino directo a por mí, me levantó y comenzó a desnudarme mientras me miraba fijamente, me hizo sentar en el borde de la mesa pequeña del salón, él en el sofá, me abrió las piernas y comenzó a tocarme mientras me miraba a los ojos, en plan seductor, escuchando mis gemidos al ir introduciendo esos dedos y con la otra mano pellizcando mis pezones.

Luego cogió mi mano y me la puso en mis partes, me hizo un guiño de ojo, quería que me tocara mientras él seguía con sus dedos en mi interior, comencé a hacerlo y él, a presionar dentro fuertemente, al igual que mis pezones, yo chillaba como loca, él me decía que me tocara más rápido y fuerte, yo le hacía caso, pero iba a reventar. Comencé a chillar como loca, y caí hacia atrás de la mesa desgastada por el placer, jaló mi mano y me hizo ponerme encima de él, inclinada en el sofá y con sus manos en mis caderas comenzó a dirigir los movimientos, aquello me iba a reventar, además de que tenía un miembro considerablemente grande, iba a morir en aquel momento, cuando terminó caí sobre su hombro casi desfallecida.

— Me vas a matar... — resoplé.

— Quédate ahí, no te vistas — dijo mientras iba al baño.

Este iba a aprovechar la tarde bien, me lo veía venir, pero yo estaba dispuesta a aprovecharla también. Cuando salió me dio la mano, jaló de mí y nos fuimos a la piscina.

Nos bañamos abrazados, besándonos, pasamos un rato de lo más divertido, él se reía mucho con mis cosas y a mí se me iba la lengua.

Terminamos en el porche tomando un zumo.

— Me vas a llevar ya, ¿verdad? Son las ocho y quiero prepararme para la semana, quiero descansar — dije cuando vine del servicio, aún desnuda, no me había dejado vestirme.

— Vale — me pegó contra la mesa y me hizo apoyar mi torso sobre ella, noté como se ponía un preservativo y me apartaba las piernas, me embistió de golpe, agarré los bordes de la mesa con mis manos, apreté fuerte, no me esperaba esas estocadas.

Grité fuerte por la sensación tan brutal que sentía, pero a la vez gemía de placer, él obviaba todo y seguía a su ritmo, con esa fuerza que a la vez soltaba por las manos, esas que estaban enganchadas a mi cadera, marcando el ritmo de su cuerpo.

Cuando se corrió cayó sobre mí, yo resoplé de alivio, aunque me gustaba, a la vez me impresionaba, era un dolor raro, de esos que temes, pero que no quieres que paren.

Nos vestimos y me llevó a casa, quedamos en que el viernes iría a su casa a pasar el fin de semana, de todas formas nos veríamos a diario por las oficinas.

Capítulo 6



Lunes por la mañana, entrando derecha por el edificio, al llegar a mi planta me encontré a Fifi desde el recibidor sonriendo.

— Te lo tiraste — dijo acercándose a mí muy nerviosa.

— Buenos días, ¿eh? — solté una carcajada. Yo sabía que en ella podía confiar plenamente.

— Nada de buenos días, contesta canalla — dijo nerviosa.

— Sí, no una vez, unas cuántas — puse cara de placer.

— ¡Qué fuerte! Vaya la suerte que tienen algunas — se rio negando con la cabeza.

— ¿Ya llegó?

— Sí, está en su despacho — su sonrisa era de cotilla feliz.

— Estupendo, luego nos vemos — le saqué la lengua y me fui hacia mi despacho.

Entré nerviosa, ya tenía ganas de más, pero tenía que comportarme, estaba trabajando y para eso era meticulosa, de todas maneras tenía una succulenta cita para el fin de semana y estaba deseando que llegara ese día.

En toda la mañana no tuve noticias de Romeo, más que un email que me envió con una documentación que debía revisar, era muy correcto, no esperaba menos en el trabajo, de la misma forma le contesté cuando le remití mi impresión.

Ese día ni me lo crucé por los pasillos, esperaba que a la salida sí lo encontrara, pero nada, así que me fui al gimnasio un poco tristonza, solo comí una ensalada, no tenía ganas de nada, increíble, pero cierto.

Del gimnasio me fui a casa de Brenda, la puse al día de todo, le conté el fin de semana completo y los nuevos planes.

— Ese tío te va a dar la de Dios el fin de semana.

— Mucha labia es lo que tiene — dije segura de lo que decía.

— Me encanta verte así de feliz, pero me preocupa la tristeza que te dio el no verlo. Te estás enamorando...

— ¿Qué dices? Es mi jefe, solo es una aventura, no estoy enamorada, para nada.

— Bueno, quizá no lo quieres admitir.

— ¿Amor en cinco días? ¡Por favor! — puse los ojos en blanco.

— Y en uno, el amor llega de golpe — se encogió de hombros.

— Bueno me voy ya para casa, vuelvo a pasar en estos días, te quiero — le di un abrazo y salí para mi apartamento.

Me tiré en el sofá, estaba ese día triste, ni yo podía creer lo que me llegaba a afectar no estar en contacto con él, pero por desgracia, así era.

A la mañana siguiente más de lo mismo, pero esta vez tres emails de él, pero ninguno por supuesto de carácter más que profesional, ya la tristeza estaba demasiado presente, así que después de trabajar y el gimnasio me metí en casa, dudé si ponerle algún mensaje, pero no quería parecer una desesperada, además si quería saber de mí, que se lo currara.

El miércoles estaba plácidamente tomando el café en mi despacho y llamaron a la puerta, por fin aparecía Romero muy sonriente.

— ¿Me invitas a un café?

— Claro, por cierto buenos días — me fui a prepararlo, esta vez no lo hizo él.

— Buenos días, me estoy intentando poner al día de todo, me faltan horas, las que hago aquí y las que llevo a casa, pero no paro — dijo en tono preocupado.

— Debes relajarte, todo irá a la perfección. Como ves, está todo controlado.

— Ya, pero es normal mi preocupación, mi padre era muy meticuloso, quiero estar a su altura.

— Y lo estarás — puse el café sobre la mesa y me senté en mi sillón frente a él.

— ¿Deseando que llegue el viernes? — me hizo un guiño.

— Claro, como todas las semanas, siempre soñamos con el viernes — me hice la sueca.

— Ya, pero sabes a qué me refiero...

— ¡Ay! Es verdad, tenemos una cita — puse los ojos en blanco.

— Tenemos un fin de semana juntos por delante, eso si aguantas...

— Ni tú eres tan macho, ni yo soy tan tonta — dije con descaro.

— Eso lo veremos...

— No te quepa duda — le hice un guiño.

— Bueno — se bebió el café de un sorbo — me voy ya, tengo papeles hasta en la silla, estás preciosa, por cierto — dio dos golpes y cerró la puerta.

Al menos me había visitado, eso me ponía de mejor humor, así que ese día lo tuve más sonriente, la verdad es que me hacía falta, aunque me preocupaba que mi felicidad dependiera de él, no estaba acostumbrada a eso y no quería vivir con esa sensación.

El jueves me lo crucé al llegar y subimos juntos en el ascensor, él con una sonrisa misteriosa, me ponía nerviosa, pero el control lo tenía ya más trabajado y no permitía que él lo notara.

No nos vimos más ese día y el viernes por la mañana tampoco, además cuando me fui, él ya se había ido a la comida.

Me fui a comer, ya tenía todo en el coche, Lulú seguía en casa de mis padres, el lunes la recogería sin falta, aunque la perrita estaba bien con ellos, tenía mucho apego a mí, al igual que yo a ella.

Me duché al terminar la rutina, bajé a tomar un café y me dirigí hasta casa de Romeo, que ya me había puesto un mensaje que estaba allí.

Capítulo 7



Las puertas de la verja se abrieron cuando escuchó mi claxon, ya estaba sonriendo, en bañador, con una camiseta blanca de lo más sexy y sonriente.

— ¿Qué tal? — dijo cogiéndome por la cintura y dándome un beso.

— Bien, ¿y tú?

— Más relajado — me miraba sonriente, feliz, eso me gustaba.

Saqué la bolsa del coche y la llevamos al dormitorio, me puso un hueco para que colocara las prendas, luego fuimos al jardín y el preparó dos copas de vino.

— Tengo preparada una mariscada para luego — dijo mientras servía las copas.

— ¡Me encanta! Soy una loca del marisco.

— Lo sé, por eso lo compré y bien fresco.

Miré a un lado de la barra, había una caja grande, como de regalo, muy coqueta y bonita, otra encima de la mesa de la entrada a la casa, otra en la piscina, había visto la misma en el salón y en el dormitorio.

— ¿Y estás cajas? Te dio por decorar por lo que veo.

— En esas cajas están partes del juego — me hizo un guiño.

— Ay Dios, yo quiero ver que hay dentro.

— Ni se te ocurra — brindó con su copa chocando con la mía.

Yo llevaba puesto un vestido de color blanco, corto, de tirantes, de tela con flores pequeñas bordadas en blanco, suelto, con unas sandalias del mismo color, él me apretó contra sí para

besarme y metió una de sus manos por debajo del vestido, agarrando mi glúteo con fuerzas y pegándome contra él.

— Me pones a mil — dijo mientras me besaba.

Yo sonreí, eso me gustaba, que le hiciera sentir las cosas que yo sentía, además con la diferencia de edad, poca, pues eran apenas trece años, pero yo la notaba, me sentía en manos de alguien con mucha capacidad y control sobre el sexo, eso me hacía sentir mucho mejor.

Tomamos el vino con besos, risas y hablando algunas cosas de nuestras vidas, luego preparó la mesa, no me dejó ayudarlo, nos sentamos y comenzamos a degustar esa succulenta cena, estaba todo delicioso, además el vino ya nos tenía achispados y no parábamos de reír.

La caja de esa mesa estaba a un lado en el suelo, yo me preguntaba qué había, aunque lo podía imaginar, sabía que en cualquier momento tendríamos el momento sexo, ese que tanto me gustaba sentir con él, era todo fogosidad.

— Elige, cama en la habitación o aquella — dijo señalando a la cama balinesa del jardín.

— Según, si es para dormir prefiero la habitación — respondí bromeando.

— Entonces nos quedamos en el jardín — miré y había al lado de la hamaca otra caja.

— Tus regalos — dijo mirándolas.

— Verás — puse los ojos en blanco.

Nos fuimos hasta la cama, sobre la mesita que había al lado pusimos las copas que había echado Romeo.

No me dejó sentarme sin antes haberme desnudado mientras me besaba, él ni se quitó la camiseta, se quedó tal cual, sonriendo de modo misterioso, eso me ponía más nerviosa.

— ¿Te vas a dejar llevar? — preguntó mientras me sostenía por la cintura.

— Intentaré.

— Ya sabes que cuando veas el límite solo me lo tienes que decir...

— Vale — arqueé la ceja y vi cómo se sacaba un antifaz del bolsillo, me lo puso sobre los ojos dejándome totalmente a ciegas, me había sentado al borde — Tírate hacia atrás y pon las piernas en el borde, relájate, hoy jugaremos con tu cuerpo.

— ¿Y con el tuyo no? — pregunté negando con la cabeza.

— Hoy es tu día, así que por favor, relájate sobre todo, disfruta, déjate llevar...

La caja se abrió, lo note en el clic que hizo esa pequeña cerradura que tenía cada una de ellas, comenzó a colocar cosas sobre la mesa, yo me sentí extraña, abierta ante él, desnuda, sin saber que iba a hacer o pasar, pero dispuesta a descubrir todo aquello que él quería enseñarme.

Un líquido comenzó a caer en fila desde mi pecho hasta mi vagina, dejando un poco también por la zona interna de mis glúteos, estaba a temperatura corporal, pero cada vez la notaba un poco más caliente.

Sus manos comenzaron a masajear mis pechos, extendiendo ese gel, jugando con ellos, pellizcándolos a la vez que los acariciaba, luego se fue para abajo, por mi estómago, apretando sus dedos a la vez que impregnaba en mi piel ese líquido, sabía que estaba sentado frente a mí, frente a mis partes expuestas a él.

Comenzó a extender eso por mis partes, rápidamente por dentro, me había metido dos dedos sin rodeos, directo al interior, noté que los sacó y los volvió a introducir con un gel un poco más caliente, era silencio, de fondo se escuchaba la música de Romeo Santos, como no.

Noté como ponía un buen chorro en la entrada de mi ano.

— No te vayas a mover — dijo advirtiéndome que iba a tocar por ahí también, en cierto modo me lo había imaginado — Relájate, voy despacio — notaba su dedo jugando muy despacito, haciéndose hueco, entrando muy minuciosamente, me dolía, era incómodo, pero se podía aguantar, además ya estaba bastante excitada.

Lo sacó con cuidado y volvió a poner más gel, no lo había introducido entero, lo notaba, pero puso más, notaría que así era mejor, yo resoplé al notarlo otra vez entrar, con su otra mano aguantaba mi barriga para que no me moviera.

Entró hasta el final, lo noté como si me hubieran dejado algo raro en mi interior, lo movió un poco y lo sacó.

— ¿Bien? — preguntó.

— Sí — dije casi sin fuerzas.

Me ayudó a incorporarme y me echó para arriba el antifaz, puso la copa en mi mano.

— Me encantas, dale un trago y seguimos.

— Ahora puedo decir literalmente, que me han dado por culo — reí mientras levantaba la copa para darle un buen trago.

— No, eso aún no sucedió, no vayas tan deprisa — me hizo un guiño y resoplé negando con la cabeza.

— ¿Preparada de nuevo?

— ¿Tendremos otra pausa? — pregunté y di un buen trago.

— Claro, tranquila — volvió a dejarme a ciegas — ahora ponte al revés, déjate caer hacia adelante — comenzó a ayudarme a girarme y ponerme — y deja las piernas en el suelo.

Me abrió las piernas, yo cogí un cojín y apoyé mi cabeza, me agarré a él.

Estaba sentado entre mis piernas, le dio un mordisco a una de mis nalgas, luego una palmada, me apretó bien fuerte.

— Vamos a ver que conseguimos por aquí — me puso un gel en el ano, realmente me ponía nerviosa, pero lo deseaba, era toda una contradicción.

Puso algo a la entrada, una especie de sensación de ano, pero algo más pequeña, comenzó a jugar en la entrada con el gel y eso, lo iba metiendo muy lentamente, casi en forma de círculo, yo me contraí y él me dio una palmada en el culo para que me relajara, fue seca, no me la esperaba, pero yo estaba dispuesta a probar todo, quería saber si aquella forma de jugar que él tenía a mí me gustaba, estaba dispuesta a todo con él.

El aparato fue entrando lentamente, parecía de silicona, notaba una presión enorme, parecía como si se hinchara y se acomodara a la zona, noté eso entrar hasta que ya no cabía más, fue cuando dejó colgando algo por fuera, gemí de placer y de tener eso ahí apretando molesto, pero a la vez placentero.

— Ahora vas a notar un líquido en tu interior — abrió los labios delanteros con una mano, casi apresurando la parte de la vagina y noté cómo metió algo y de repente soltó un líquido, como si fuera una inyección y la sacó, aquello comenzó a salir entre mis piernas, yo seguía boca abajo, con eso en mi ano y ahora aquel líquido que me estaba poniendo más a tope aún.

Luego repitió la jugada, pero con otro líquido más caliente, aquello me estaba matando. Metió dos de sus dedos y lo comenzó a expandir bien, me apretaba hacia abajo cuando llegaba al final, eso me dolía un poco, pero no dejaba de hacerlo continuamente, luego sacó sus dedos y metió un gel frío, la mezcla me hizo chillar, me comenzó a meter un aparato que notaba grandísimo, creía que iba a explotar, aquello me lo dejó colocado dentro, luego me dio un mordisco en el culo.

Puso un aparato en mi clítoris, como una pinza que quedaba con una bola interior y algo plano afuera, hizo algo y eso comenzó a moverse, con fuerzas, vibrando y haciendo que me volviera loca, chillaba y agarraba la almohada con todas mis fuerzas, noté que estaba de pie, agarrando ambos lados de mi espalda para que no me moviera.

Grité como nunca lo había hecho, como si no hubiera un mañana, casi caí desfallecida y él paró eso en cuando vio que ya no podía más, lo quitó con cuidado y noté que se sentó entre mis piernas

de nuevo.

Me quitó el de delante, lo sacó con mucho cuidado y me entró un alivio increíble, luego sacó el de detrás muy lentamente, respiré aliviada.

Romeo se tiró a mi lado y me agarró por la cintura, yo lo miré con cara de asesina.

— ¿Te gustó? — preguntó con descaro.

— No me disgustó — reí sin fuerzas.

— ¿Seguirás?

— ¿Qué puede haber después de esto? — puse los ojos en blanco.

— Muchas cosas, pero tienes que seguir dispuesta, mañana más, ahora vamos a descansar. Para empezar, estuvo genial.

— ¿Muchas cosas? Pues como no uses mis orejas y la nariz, no sé qué más cosas — reí vistiéndome y siguiendo a Romeo hasta la barra, donde iba a echar dos cubatas.

— No me harán falta, — rio — pero de verdad, disfruto mucho contigo, me pierde tu cuerpo, podría estar jugando con él todo el tiempo.

— ¡Exagerado!

— Para nada — sirvió las copas.

— Me da a mí que viene un huracán...

— ¿Por qué dices eso?

— Siempre lo acierto, además ya es época, pero presiento que viene uno de camino.

— Espero que te equivoques — me dio un beso mientras ponía los ojos en blanco.

Estuvimos toda la noche tonteando, charlado y luego nos fuimos a la cama a dormir, no pasó más nada, solo me puso sobre su pecho y así nos quedamos dormidos.

Por la mañana sus arrumacos me hicieron desvelarme.

— Querido jefe, hoy no es día laboral como para que me tengas que hacer de despertador — dije acurrucándome a su pecho.

— Tienes razón, pero estás tan apetecible que no pude contener los deseos de acariciarte...

— Ya veo. Necesito un café, además por el bien de los dos, de lo contrario se me hinchará la vena del cuello y no habrá Dios que me quite el enfado.

— Vamos — besó mi frente y nos levantamos.

Comenzó a pelar frutar y a hacer un jugo de naranjas, yo me encargué de las tostadas mientras el café se hacía. Nos fuimos a la terraza, eran apenas las ocho de la mañana, el sol estaba más triste de lo normal.

— Te he dicho que viene un huracán — dije mirando al cielo.

— Déjame poner las noticias. — Se levantó y encendió la tele que tenía colgando de la pared de la terraza.

— ¡Bingo! — Era lo primero que estaban avisando, venía un huracán cogiendo velocidad para costa de la Florida, pero sobre todo, en dirección a Miami.

— Habrá que estar atento para tomar las precauciones, parece fuerte, está arrasando con todo lo que pilla a su paso — dijo sin dejar de mirar hacia arriba mientras desayunaba.

— Si no cambia el rumbo, el martes estará aquí, así que el lunes habrá que prepararlo todo. De todas formas esta casa está preparada, con meter bastante comida y medios de luz por las horas que se permanezca incomunicado, vas bien.

— Esta casa está preparada, tiene ventanas y puertas de seguridad, víveres tengo para un mes, al igual que bebidas, lo que me preocupa es la zona exterior, recogeré todo.

— Mañana te ayudo, si sigue la cosa igual, no esperes al lunes, mañana lo recogemos todo.

— Vale, acepto la ayuda — rio mientras seguía viendo las noticias — ¿Dónde sueles pasar tú el paso de los huracanes?

— Pues con mi amiga Brenda, siempre con ella, en su casa o en la mía, hace dos años nos fuimos a casa de mis padres, ese venía fuerte, la cosa se estuvo poniendo fea y nos fuimos allí, estábamos más seguras, fue cuando arrasó tan brutalmente Puerto Rico.

— Lo recuerdo, hizo un daño muy grande, estuvieron mucho tiempo sin luz, aquello fue todo un desastre.

— Si quieres puedes venirte con nosotras y lo pasamos en mi casa.

— Ya veremos — me hizo un guiño y sonrió, seguía muy atento a la televisión.

Cogí el mando y apagué la televisión.

— Ya no se ve más noticias hasta esta tarde, es sábado, da tiempo de sobra a preparar mañana todo — le hice un guiño.

— ¿Sabes que cada vez que estaba en Orlando y venía un huracán me iba a New York?

— ¿En serio?

— Siempre, solo viví uno y hace muchos años, pero intento evitarlos, eso de estar desconectado, no poder hacer nada libremente, me pone muy nervioso, pero ahora aquí tengo que estar, la revista está en mis manos y tengo que vigilar todo como lo hizo mi padre — carraspeó.

— Estás obsesionado con eso. — reí — En definitiva, que te vienes a mi casa y lo pasamos bebiendo, comiendo y riendo.

— ¿Solo eso?

— Hombre, si quieres hacemos un trío con Brenda.

— No me importaría — en ese momento se me quedó pegada en la cara la loncha de jamón de pavo que había sobre el plato de las tostadas, se la tiré sin pensarlo.

— Serás — reía mientras se la quitaba y se la comía.

— Serás tú, no es por lo del trío, no me dan miedo esas cosas — puse los ojos en blanco mientras sonreía — es por mi amiga, a esa no la tocas — le saqué la lengua.

— Así que no te dan miedo los tríos...

— Romeo, que sé lo que estás pensando — resoplé.

— Te recuerdo que los límites los pones tú — me hizo un guiño.

— Bueno vale, que sí Romeo, que tráeme una tropa si quieres, verás como la lidero — soltamos una carcajada.

— ¿Segura?

— Necesito un cigarro — los dos fumábamos poco, uno o dos al día, hasta para eso congeniábamos.

Se levantó y fue a por un paquete, me dio uno, él se encendió otro.

— ¿Te has puesto nerviosa? — me miró con esa mirada retadora.

— No, soy libre, puedo hacer con mi cuerpo lo que quiera, si es sexo y me apeteciera, no voy a

decir que no a un buen rato de placer — Para chulo él, chula yo.

— Genial — sonrió con misterio — He pensado que luego podríamos ir a comer a un restaurante que me hablaron muy bien de él, salimos un poco y luego volvemos ¿Qué te parece?

— Por mí, perfecto.

— Genial — se levantó para llevar todo a la cocina y lo seguí ayudándolo.

Me puse a fregar los vasos y platos, estaba en bragas y camiseta de tirantes, se puso detrás de mí y metió su mano por delante, comenzó a mordisquear mi cuello mientras acariciaba mi clítoris y conseguía volverme loca. Tiré mi cabeza hacia atrás, con su otra mano rodeo mi cuerpo para que me mantuviera quieta y pellizcó mis pezones con todas sus fuerzas, causándome dolor, pero de esos placenteros. Cuando me corrí, me hizo poner contra la encimera y me penetró con todas sus fuerzas, parecían contenidas, yo pensaba que me iba a reventar, además que palmeaba mi culo con mucha fuerza, pero me hacía gritar de placer, aquello era sexo, de otra manera, pero junto a él a mí me gustaba.

Cuando paró, me abrazó fuerte, luego me agarró de la mano, nos fuimos a ducharnos, tenía la cara aliviada, pero seguía igual de provocador que siempre. Se puso a untarme el gel de baño, hasta por dentro de mi interior.

— Me encanta sentir mis dedos aquí dentro — su voz era ronca y excitada.

Me dio la vuelta y me hizo apoyarme contra la ventana, apartó mis piernas y metió uno de sus dedos con gel por detrás, metí un chillido, fue con cuidado, pero rápido.

— Ya está — su dedo circulaba suavemente en mi interior.

Lo sacó y lo volvió a meter, por supuesto, volví a chillar, eso parecía que le excitara.

Me hizo girarme y me marcó para que se la comiera, eso hice mientras él tenía su cara hacia atrás, gimiendo hacia dentro, desgarrado de placer, volvió a correrse de nuevo, su cara de satisfacción lo decía todo.

Nos terminamos de duchar y fuimos a la habitación a vestirnos.

— Tírate un momento boca arriba, — dijo señalando la cama — abre bien las piernas. — Sacó algo de una de esas cajas y me enseñó dos bolas con una cuerda, una de ellas mucho mayor a la otra.

— La gente se piensa que esto es para que dé placer, nada que ver, esto es para que las mujeres trabajen la zona, es importante ejercitarla, te prepara mejor para muchas cosas, además de mantenerlo más activo.

— Pero ahora vamos a salir a comer — se sentó a los pies de la cama, en medio de mis piernas.

— Por eso, las llevarás puestas...

— ¡No! — reí.

— ¿Hasta aquí tu límite? — preguntó con una sonrisa pícaro.

— Para nada — reí — Si es lo que quieres, adelante.

— ¿Relajada? — me abrió los labios con una de sus manos, mientras yo afirmaba con la cabeza.

Y metió la primera, aquello lo notaba un poco pesado, como si fuera a reventarme por dentro, lo peor era que tenía que entrar la segunda y entró...

— Listo — jaló de mi mano para levantarme — anda a ver si estás cómoda.

— Qué sensación más rara — dije mientras daba unos pasos.

— ¿Pero te molesta mucho?

— No, tranquilo, podré aguantarlo — dije con ironía poniéndome la ropa interior mientras él sonreía de satisfacción.

Nos vestimos y salimos en su coche, él tenía una mano puesta en el volante y la otra en mi pierna, jugueteando con ella.

Llevaba una minifalda blanca, suelta con un lazo delante, una camiseta y unas sandalias del mismo color, amaba el blanco, él también iba con un pantalón corto y una camiseta del mismo color, le quedaban de muerte esos vaqueros pegados.

Llegamos a ese precioso restaurante, me quedé en shock, aquello eran habitaciones con frontales de cristal mirando al mar, como un hotel, pero de habitaciones para comer privadas, una cama gigante mirando hacia el ventanal, una mesa a un lado para comer de lo más cómoda y bonita, con una barra con bebidas y una cubitera de hielo, un sillón de esos que se pueden poner de mil maneras y un baño. El camarero que nos servía iba vestido normal, muy elegante, era un tipo extremadamente guapo, nos puso el vino, muy sonriente, luego pidió permiso y fue a traer los platos.

— Este lugar me da un poco de cosa rara, parece el silencio de un hospital, no sé, es algo extraño.

— Está todo insonorizado, ¿ves aquella pared que tiene la banda de aluminio?

— Sí.

— Está lleno de toda clase de juguetes sexuales...

— ¡Mentira!

— Verdad.

— ¿Y tú como lo sabes?

— Lo vi por internet, me habían hablado de esto, investigué, además un conocido había estado, estoy al tanto de todo.

— Estoy flipando, ósea que después de comer, la gracia está en echar un polvo aquí, teniendo tu casa o la mía — resoplé.

— En mi casa no metería a nadie, tú eres una excepción.

— No te entiendo...

En ese momento tocaron a la puerta y entró un hombre de unos cuarenta y cinco años más o menos, pero un bombón, muy sonriente, Romeo y él se abrazaron con mucha euforia.

— Él es Henry, un amigo de aquí de hace años, nos hemos tirado muchas fiestas juntos y estuvo muchas veces en Orlando visitándome, fue uno de los que me habló de este sitio.

— Ella es Jennifer.

Nos dimos dos besos sonriendo, a mí me entró una calor por el cuerpo impresionante, me veía ya lo que iba a pasar y no sabía si estaba preparada para ello, que tenía un marrón encima, lo tenía yo, pues no me quedaba otra que quedar a la expectativa de lo que surgiera.

— Tienes razón cuando dijiste que era tremendamente guapa — dijo sonriendo.

— ¿Lo ves?

— Lo veo — dijo sin mirarme, mientras yo solo quería que la tierra me tragara.

Brindamos los tres con el vino y comenzaron a contarme cosas de ellos, viajes que habían hecho juntos, la verdad que Henry era muy simpático y atractivo, tanto como Romeo, aunque a mí el que me gustaba era mi jefe, ese era mi capricho.

Nos trajeron unos entrantes independientes de una ensalada de marisco que estaba de lo más deliciosa, luego nos trajeron unas tostadas de pescado con una salsa especial que estaba de muerte.

Terminamos de comer y nos tomamos un café, yo estaba de lo más nerviosa sabía que algo iba a pasar en cualquier momento, no quería parecer una muñeca, quería ser yo, pero esto me imponía

mucho.

El camarero entró y nos trajo tres Gin Tonics. Solíamos beber otra cosa, pero en esta ocasión nos empezamos a tomar eso de pie, en una pequeña barra al lado de la cristalera.

Henry sin previo aviso y sin que Romeo se inmutara, deshizo el lazo de mi falda, mientras hablaba tan natural con nosotros, luego me quitó el botón, bajó la cremallera y la tiró al suelo, luego hizo lo mismo con mi braga, yo estaba conteniendo el aire, di un trago al vaso.

Me señaló al taburete para que me sentara en él, Romeo me hizo un gesto para que obedeciera, así que me senté y las manos de Henry abrieron mis piernas, dejándome abierta ante ellos.

— Vamos a quitar esto ya — se refirió a las bolas que tenía dentro, parecía que sabía que las llevaba. Agarró con una mano la cuerda y con la otra aguantaba una de mis piernas para que abriera bien. — Ya casi está. — había sacado la primera — Suelta el aire — hice caso y jaló sacando la segunda, resople fuerte al notar como salía.

— ¿Bien? — me preguntó Henry.

— Sí — dije entre cortada.

— Estupendo, ahora vamos a mover todo un poco, verás como cada vez se te prepara mejor para que tengas un sexo más placentero.

No entendí que quiso decir, ni que me fuera a estar acostando con él o jugando más veces, pero estaba claro que ese día sí, iba a entrar en el juego de los dos, eso era obvio, pero no creía que sucediera más, una vez por probar y ya, a mí me gustaba Romeo, era con el que quería estar, aunque realmente no me sentía mal con Henry, atraía y para un día, no estaba mal.

Estaba claro que otra cosa no, pero que aquello se iba a poner interesante, lo sabía, sus miradas parecían que hablaran por sí solas, yo le di un trago al vaso y solté una de las mías.

— Me estáis poniendo nerviosa — dije en tono amenazante, pero riendo, volví a dar otro trago, necesitaba beber y mucho.

— No tienes que preocuparte, relájate, no haremos nada que no desees, — dijo Romeo — ya sabes que los límites los pones tú.

— ¿No me digas? — pregunté con ironía soltando una carcajada.

— Me gusta tu forma de ser — dijo Henry señalándome con el dedo riendo y luego me quitó la camiseta, además del sujetador. Me dejó ahí desnuda, sentada ante los dos, expuesta a sus miradas.

Terminamos la copa y nos trajeron tres chupitos, en ese momento pensé que era lo mejor que nos

podían haber traído, en un amago de gracia, me bebí corriendo los tres ante la risa de los dos que negaban con la cabeza y volvían a rellenarse los suyos, pero yo ya me los había bebido, me iban a dar más aguante.

— Échate en ese sillón y pon las piernas a cada lado de los brazos que tiene, ahora la acomodo — dijo Henry produciendo un cosquilleo y nerviosismo en mi interior mientras Romeo asentía con la cabeza.

Aquel sillón estaba preparado para eso, quedaban como los de los ginecólogos, pero mucho más cómodo. Con un mando, Henry lo echó totalmente para atrás, la piernas quedaron al aire, pero no tan altas, bien abiertas, tuve que decirle que parase, entonces me las recogió un poco.

Romeo me puso el antifaz en los ojos, luego me dio un beso en la boca, pensé con ironía que era un caballero por el beso.

Noté que me ataban la cintura con un cinturón que traía el propio sillón, me di cuenta de que no me podría mover a penas, al igual que las piernas, también me las ataron.

— ¿Estás cómoda? — preguntó Henry y descubrí que era él quien me estaba atando.

— Sí — dije antes de soltar el aire.

— Vale, iremos despacio, si algo te molesta que creas que no aguantas, lo dices, pero iremos con cuidado.

Noté como se ponía unos guantes y era Henry, sentado sobre una silla entre mis piernas, Romeo le traía cosas y se la ponía sobre la cama que estaba al lado.

Se puso de pie y comenzó a llenar todo mi cuerpo de un gel distinto al que había usado Romeo, me echó una buena cantidad en cada pezón.

— Esto te va a doler un poco, pero aguanta todo lo que puedas.

Engancho una pinza en un pezón, comencé a chillar como una loca.

— Aguanta, ya se pasa — dijo tocándome alrededor del pecho en forma de masaje.

Solté todo el aire, dolía, pero lo peor fue al ponerlo, pero claro, en ese momento me colocó el segundo y pensé que me partía los pezones.

Llevé mis manos al pecho y rápidamente noté como me la sujetaron a la camilla, dejándome ahora sí totalmente sin poderme mover. Agarré mis manos a la piel del sillón haciendo mucha fuerza, aquello dolía y mucho, pero cada vez iba aguantando mejor, pero aquello había sido brutal.

— ¿Mejor? — preguntó tocando las pinzas para ver si estaban bien colocadas, mientras yo

afirmaba con la cabeza — esto está bien, verás que se te olvida en nada. Ahora voy a ver cómo estás por dentro — metió dos de sus dedos en mi interior, por dentro apretaba fuerte, moviendo para ver el hueco. — El número tres Romeo, yo creo que le entrará perfecto — entendí que le estaba pidiendo algo.

Noté como ponía algo en la entrada de mi vagina, algo bien grande. Comenzó a meterlo con cuidado, no me dolía, pero si molestaba y mucho, no paraba de resoplar.

— Jennifer, ya casi está, aguanta ahí un poco más, no te contraigas que me cuesta meterlo.

— ¿Pero eso qué es? — Me quejé al ver como rellenaba todo mi interior dejándome casi sin aliento.

— Esto ahora se acomoda y lo vacío, pero no te muevas, está lleno de líquido, puede romperse. Ya casi está, tranquila, eso es para limpiarte bien por dentro y que luego te sea más placentero.

Aquello se quedó ahuecado, pesaba mucho, notaba algo raro.

— Ahora lo tengo que pinchar, va a salir un líquido, no te muevas mucho para que vaya saliendo de forma natural, no lo obligues tú a salir de golpe, de lo contrario no valdrá.

— Vale — dije conteniendo el aire.

Metió sus dedos y lo explotó como un globo, le costó un poco de trabajo, pero lo consiguió, notaba como salía ese líquido de mí y él me lo iba limpiando con unas servilletas.

Luego hizo lo mismo por atrás.

— ¿Preparada? Ya sabes que no es para tanto.

— Veremos — dije soltando el aire.

Ahí lo fue introduciendo, poco a poco, con más cuidado, yo intentaba ni moverme, no quería que se rompiera, pero me dolía un poco, ese malestar que no me dejaba respirar hasta notarlo totalmente dentro, además me concentré en el dolor de pezones, aún estaban ahí como puñales clavados.

Cuando lo colocó bien, metió sus dedos un poco, chillé con todas mis fuerzas, él no me hizo caso hasta que lo rompió y me dio dos palmadas en mi cadera, fuertes y secas.

— Ya están todas las zonas limpias y preparadas — dijo tocándome un poco el clítoris, como estimulándome.

Quitó sus dedos y con una especie de vibrador lo apretó contra mi zona, haciendo movimientos circulatorios a la vez que apretaba. Comencé a excitarme tanto que no paraba de chillar, su otra

mano iba combinando sus dedos, metiéndolos tanto por delante como por detrás, yo me iba a volver loca, hasta que caí desgastada en ese orgasmo.

— Genial, buena chica — dijo tocando mi zona por fuera, acariciándola bien fuerte.

Note como me soltaban y Romeo me quitó la venda, lo miré con cara de asesina, él sonreía.

— Va a ser verdad que no tienes límites — sonrió.

— Te voy a matar otro día, que lo sepas.

— Vale, hoy te queda por disfrutar.

Me levanté y exigí otra copa, me la puso Romeo, Henry sonreía mirándome.

Me fui a poner al menos la camiseta, pero no me dejaron.

— Ahora toca un poco más — dijo Henry quitando las pinzas de mis pechos.

— Qué alivio.

— Pues no son de las más fuertes, verás cómo te acostumbras.

— Necesito beber — di un trago grande por no contestarle.

Romeo se sentó en una banqueta y me puse frente a él, tumbo medio cuerpo en sus piernas y me dejó expuesta a Henry, que noté como se ponía un preservativo y abría mis cachetes del culo, cogí aire y ahí estaba, a punto de entrar.

— Auchhh — grité de dolor al ver como entraba y Romeo me dio una palmada fuerte en el culo.

— Agárrame fuerte — dijo Romeo mientras volvía a darme otra palmada.

Henry comenzó a embestir mientras Romeo me aguantaba y yo me agarraba a su cintura mientras me mordía la mano, pensaba que iba a reventar, que me iba a desmayar, pero poco a poco se hizo más sostenible hasta que Henry se corrió y salió inmediatamente.

— Muy bien, muy bien — dijo Henry.

Yo no podía ni hablar, me levanté y fui directa a tirarme a la cama.

— Habéis acabado conmigo — dije haciéndome la muerta.

— Aun no, preciosa — dijo Romeo desde la silla tomando su copa.

— Ven — dijo dándome su mano. Henry, se sentó en una banqueta y me sentó de espaldas sobre él.

Me abrió las piernas con las suyas, levantándolas un poco con sus manos y aguantando mientras Romeo se ponía el preservativo y me embestía por delante.

Me pellizcaba demasiado los pechos, me hacía chillar de dolor, de placer, pero Henry me tenía inmóvil.

Cuando se corrió, su cara de felicidad era máxima.

— ¿Ya me puedo vestir? — dije mientras cogía la copa para dar un trago.

— Ponte solo la camiseta, tómate un rato de relax, luego rematamos — dijo Henry.

— ¿Pero qué falta por hacer? — pregunté alucinando.

— Una cosita más, tranquila, disfruta, es lo que queremos. — Henry era muy gracioso, tenía su punto diciendo las cosas, pero me daban ganas de matarlos a los dos.

Nos fumamos los tres un cigarro, luego tomamos un café, las copas se iban a acabar por ahora.

Un rato después ya estaba Henry cogiendo mi mano y poniéndome de pie, Romeo estaba en la barra poniéndose un preservativo y Henry comenzó a ponerse otro, yo me iba a desmayar solo de imaginar lo que iba a pasar.

Me pusieron mirando a la barra, apoyada en ella, con las piernas abiertas, Henry me penetró por delante, hasta llegar al orgasmo, luego vino Romeo y me penetró por atrás, sin piedad, dándome palmadas en el culo cuando me quejaba, eso me ponía más nerviosa y excitada, cuando se corrió me exigió que me tirara en el sillón y me tocara para ellos.

Eso hice, hasta llegar al orgasmo, ante la mirada de los dos, hasta caer agotada por ese intenso día.

Henry cogió algo y vino hacia mí y vi que eran las bolas que yo traía puesta por la mañana, me las colocó, sin decir nada, abrió mis piernas, mis partes y las colocó.

— Ya te puedes vestir — me ayudó a levantarme.

A cuadros estaba, pero había disfrutado de esa nueva experiencia, nos despedimos los tres y salimos de allí, me monté en el coche de Romeo que estaba sonriente, empezaba a caer la noche, nos fuimos directos a su casa.

— Me quiero quitar esto, — dije nada más entrar — estoy agotada.

— Ahora te lo quito yo, desnúdate de cintura para abajo — dijo señalándome al sofá para que me echara ahí.

Me tumbé, abrí las piernas y me las sacó, luego introdujo sus dedos con mucha fuerza y comenzó a jugar dentro de mí.

— Romeo... — me quejé.

— Tu pones los límites — se quitó en pantalón se tiró encima de mí y me penetró como con rabia, con fuerza, con esas palmadas desmesuradas, como si hubiera perdido la cabeza, o era yo, que estaba ya muy agotada.

De ahí nos fuimos a dormir, me sentí extraña después de esta última vez, pero me tiré en su pecho y ahí me quedé dormida.

No estaba en la habitación cuando me desperté, fui a buscarlo y ya estaba el desayuno sobre la mesa, además de viendo las noticias.

— Buenos días, el huracán se desvió, ya no viene para Miami.

— Qué lástima, veía unos días libres sin trabajar — dije bromeando.

— ¿Qué tal te encuentras? — Me sirvió el café.

— Bien, tranquilo, tampoco fue tan dura la guerra — dije chuleando.

— Me alegra saberlo, me has dejado impactado, no pensaba que ibas a aguantar hasta donde lo hiciste.

— Yo tampoco, créeme — solté una carcajada.

— ¿Cómo te imaginas el día hoy?

— Uy, esa pregunta no sé si contestarla o echarme a temblar — reí.

— Tranquila, con ayer ya hicimos bastante por ahora, hoy me gustaría que fuera más normal, más personal, ya me entiendes.

— Follar sin tanta parafernalia — puse los ojos en blanco.

— Efectivamente, quiero disfrutar de tu cuerpo, de ti, sin usar ningún juguete.

— Me parece genial, mis partes necesitan un merecido descanso.

Se reía con mis cosas, la verdad que yo lo veía cómodo. Tras el desayuno, nos fuimos a la piscina, ahí lo hicimos, yo entrelazada a su cintura, como algo normal, botando encima de él hasta volverme loca.

Luego me sentó al borde de la piscina, me hizo tirar atrás con las piernas en el filo y comenzó a comerme y toquetear mis partes hasta correrme, era el rey del sexo, me tenía en una nube en esa cuestión.

Me acosté un rato en la cama del jardín, junto a él, descansando, luego otra vez tuvimos nuestro momento íntimo, al igual que después de comer, con él era todo fogosidad, hasta que llegó la hora de despedirnos, sin quedar en nada, con esa sonrisa por el fin de semana vivido.

Capítulo 8



Me levanté más pronto de lo normal, las noticias decían que el huracán se había vuelto a desviar hacia Miami, que había cogido una velocidad cinco y que entrábamos en alerta máxima.

Brenda me llamó casi al momento, ella sí que madrugaba.

— Te llamo porque vi tu conexión a WhatsApp. ¿Estás viendo las noticias?

— Sí — miraba por la ventana, el cielo estaba ya nublado por completo — ¿En tu casa o en la mía? — reí.

— En la tuya, luego voy por allí, dicen que se aproxima mañana, así que, esta tarde voy con bastante agua y comida.

— Hay de todo, tampoco te pases, yo también iré a por cosas.

— Hoy cancelaré todas las citas para los tres próximos días, ya cuando llegue a tu casa no me muevo hasta que pase Damon — era el nombre que le habían puesto a este huracán.

— Nosotros imagino que como siempre, trabajaremos desde casa y cerraremos la revista, ya luego me dirá algo Romeo, que por cierto, ya te contaré esta noche.

— ¿Bien?

— No sé si bien o mal, pero increíble — solté una carcajada — ¿Y tú con tu chico?

— Eso te quería contar, luego lo hago, pero en resumen, ayer me dijo que había vuelto con su ex...

— ¿¿¿Qué???

— Me dio el día, pero si no caí mal con la anterior relación, paso de caer con esta enferma en pena.

— Yo no lo permitiría, que le den al cerdo.

— Pues sí, luego nos vemos. Te quiero.

— Yo también te quiero, Brenda.

Me daba rabia, pues ella estaba muy ilusionada con aquel chico, pero parecía que el destino estaba un poco revuelto y nos la pensaba jugar de alguna forma, el Karma, como yo lo llamaba.

Me monté en el coche y me dirigí a la revista. Al entrar, Fifi me notaba ansiosa.

— Novedades a la de ya — dijo al verme.

— Me duele todo mi cuerpo. — reí provocando una carcajada en ella — ¿Ya llegó?

— Sí, ha activado el protocolo de huracán, la revista no sale hasta que pase Damon, salimos todos de aquí y ya no volvemos hasta que todo pase.

— Es como el padre en ese sentido.

— Hoy lo vi un poco serio, de mal humor, como si le hubiera pasado algo.

Las puertas del ascensor se abrieron y apareció una chica un poco perdida.

— ¿El despacho del director?

— Hola — dijo Fifi, ante la poca educación de la cursi esa — ¿Tienes cita con él?

— Ni la tengo, ni falta me hace, llévame hasta él que vengo desde Orlando preocupada para que no pase el huracán solo y no tengo ganas de esperar mucho.

— Tendré que llamarlo. ¿Quién le digo que está aquí?

— No lo vas a llamar, vas a acompañar a su prometida, o sea yo, hasta su despacho.

Fifi y yo nos miramos alucinando. ¿Su prometida? ¿De dónde había salido esta? ¿Cómo es que el muy cretino no me lo dijo?

— Lo siento, pero lo tengo que llamar.

Levantó el teléfono y le dijo a Romeo que estaba su prometida ahí, colgó rápidamente, me miró y luego a ella.

— Acompáñame...

Dios, como me había engañado, pues sí que le gustaba jugar y no de la manera que yo creía. Entré

a mi despacho y me puse a llorar como tonta, me dolía, más de lo que podía imaginar, me acaban de desgarrar el alma, no me habían prometido nada, pero tampoco me habían dicho la verdad, eso me partía en dos, me sentía sucia, cretina, asqueada, no quería ni estar ahí, pero cogí el bolso, me dirigí a la oficina de él y llamé a la puerta.

— Adelante...

Entré y ahí estaba sentado con ella en la ventana, tomando un café, su cara estaba descompuesta.

— Buenos días, venía a decirle que a mi perra Lulú le duele la barriga, me llamaron mis padres y yo con esa perra tengo pasión, prefiero hasta perder mi puesto de trabajo — hablaba de forma borde — y como veo que estás entretenido por ahora y no me vas a necesitar, nos vemos a la vuelta de que pase la tempestad, nunca mejor dicho.

— Vale — dijo casi tartamudeando.

— Pues venga, que disfrutéis — cerré la puerta con descaro.

Me fui hacia recepción.

— Fifi, me voy, me tomo lo que queda de mañana, ya le dije al puto jefe que me iba a llevar a mi perra al veterinario, pues no decirle que me iba a cagar en su puta madre, que no tiene culpa de nada.

— Lo siento, cariño.

— Más lo va a sentir ese, le voy a dar la vida madre, se va a cagar, si le gusta el juego, no sabe con quién dio.

— Relájate, ¿sí?

— Claro, hoy me voy a tomar unas cuantas copas a mi salud, por superarme como gilipollas, — llamé al ascensor — pero créeme, a este le va a faltar vida para esconderse, no sabe la que le cayó conmigo.

Me metí en el ascensor y le di para que me llevara al garaje, iba a explotar, ni quería gimnasio ni nada ese día, pasé por el súper, compré de todo y recogí a Lulú, que se vino conmigo muy contenta, mis padres me dijeron mil veces las precauciones a tomar ante el huracán.

Llegué a casa y comencé a colocar todo, avisé a Brenda de que iba a preparar la comida, que no comprara nada que ya había cogido yo de todo, que la esperaba para comer.

En ese momento me llegó un mensaje de Romeo.

Romeo: Cuando todo pase, tenemos una conversación pendiente.

Yo: ¿De trabajo?

Este iba a cobrar antes de tiempo.

Romeo: De lo sucedido...

Yo: Si no es de trabajo, tú y yo no tenemos nada de qué hablar, métete eso en la cabeza ya, no quiero verte en nada que no tenga relación con lo laboral, por mí puedes irte a la mierda.

Uf, que bien sentaba mandar al carajo todo aquello que hacía mal.

Romeo: No saques las cosas de quicio, por favor.

Este quería guerra y no sabía que lo mejor era callarse.

Yo: Mira estúpido, engreído, límitate a mantener conmigo una relación estrictamente profesional, y ve a darle por culo a otra.

Venga, a ver si le quedaba claro. Me puse a hacer la comida y me refugié en la cocina, escuchando música, llorando, como una gilipollas, pero aquello me había hecho mucho daño.

Lulú, estaba en mis pies acostada, en la cocina conmigo, me notaba triste y se ponía nerviosa, me daba pena, pero no podía hacer nada, sí, ese tonto me había dejado con la moral por los suelos.

Me dediqué a preparar una ensalada de pasta grande, para tener de reserva, un pollo en salsa que me salía riquísimo, preparé bastante verdura, unos filetes en salsa a la plancha y con todo ello tendría para ese día y dos más. En caso de que no hubiera luz, lo podríamos comer en frío, también había comprado cosas preparadas, ya estaba preparada para ese huracán, y para el terremoto Romeo, que asco le tenía en ese momento.

Volvió a mandarme un mensaje.

Romeo: Te lo podré explicar...

¿Este era tonto? Me estaba poniendo de los nervios, pasé de contestarle, lo dejé en visto, ese lo que quería que yo no enfureciera y le contara la verdad a su novia, por eso podía estar tranquilo, ni me iba a meter, pero a él lo iba a volver majara, no tenía ni remota idea de con quién había dado.

Me tiré un *selfie* y lo subí al Instagram, por supuesto que no se me viera tristeza, con toda la cocina en su apogeo, puse un estado.

“Cocinando para tener todo listo para la llegada del huracán, podremos con ello. Cocinando, bebiendo y con la gente que realmente merece la pena. Los demás, que el Karma los tenga a la vista.”

A la mierda, publicada, pero asombrosamente de las primeras reacciones fue la de él, estaba atento a todo, así que le iba a dar para el pelo.

Cambié mi foto del WhatsApp, puse una en el gimnasio de unos días atrás y cambié el estado.

“No hay nada mejor que ejercitarse para acabar con las malas energías causantes de una mala compañía”.

Brenda llegó, me abracé a ella, ya no lloré, tenía mucha rabia, venía cargada de bolsas y la colocamos, cuando nos sentamos a comer le conté todo el fin de semana con pelos y detalles, además de lo vivido hoy.

— Qué cabrones son los hombres, nos mienten como bellacos, es más, a mí este me dio un palo fuerte — se refirió al que había estado últimamente — a mí que no me diga que volvió con su ex así, ese ya estaba viéndose con las dos — dijo con rabia.

— Qué asco de tíos, te lo juro — negué con la cabeza.

Una hora estuvimos poniéndolos verdes, pero nos prometimos pasar de ellos, comenzar a vivir nuestras vidas, no se merecían ni una lágrima nuestra.

Nos tiramos en el sofá, con palomitas incluidas, a ese paso del huracán lo íbamos a recibir a golpe de chuches, tonterías y sin mirar lo que engordan, el chocolate sería nuestro aliado, además de unas botellas de vino que teníamos preparada.

Pasamos toda la tarde viendo una serie, la noche se ponía más brava, pero aún no había grandes cortes, los móviles perdían un poco de cobertura pero poco más.

Por la noche me entró un mensaje de Romeo y se lo leí en voz alta a Brenda.

Romeo: Tened mucho cuidado, cualquier cosa me lo dices.

Nos entró un ataque de risa, ni que fuera un superhéroe, desde luego que tonto era un rato y sobre todo si se pensaba que le iba a contestar, iba apañado.

El viento azotaba fuerte, ya teníamos todo preparado, en el edificio se encargaron de sellar las ventanas, así que nos quedamos dormidas con ese ruido emitido por aquel viento que ponía los bellos de punta.

Por la mañana nos levantamos y todo estaba más revuelto, nos asomamos por una parte minúscula, la ciudad era oscura, todo volaba, los carteles, los cubos de basura, todo, absolutamente todo.

La Luz se había ido, los móviles ya no tenían cobertura y el huracán parecía que iba a pasar por encima en cualquier momento.

Nos preparamos unos sándwiches y nos echamos un café, habíamos dejado listo dos termos la noche anterior, eran buenos y el café estaba bastante caliente.

Las dos estábamos apagadas ese día, en el fondo nos sentíamos como con una traición gorda a la espalda, para mí aquello me había hecho tocar fondo, a ella el doctor con el que se veía también.

Lulú estaba muy nerviosa, no se quitaba de mi falda.

El día fue desastroso, las dos maldiciendo a estos hombres, bebiendo vino, agobiadas encerradas y escuchando como volaba parte de la ciudad, hasta el día siguiente, el miércoles por la mañana, que sonaron las alarmas del edificio en señal de que ya se podía abrir ventanas y salir a la calle.

Un rato después volvió el tema eléctrico, con él las señales de móviles. Me quedé alucinada al ver el aluvión de mensajes que me entraron de Romeo.

Romeo: ¿Estáis bien?

Romeo: ¿Tenéis luz?

Romeo: Me gustaría estar contigo.

Romeo: Te echo de menos.

Romeo: Necesito hablar contigo cuando podamos, las cosas no son como crees.

— No, no son como crees, Jenny, tiene explicación para todo, seguro — dijo Brenda con ironía.

— A mí me puede decir lo que quiera que primero, no lo pienso escuchar, segundo le pueden dar por culo y tercero, conmigo que no cuente más que en lo laboral. Me da asco — hice un gesto de vomitar.

Por la tarde la acompañé hasta su casa, vivía cerca, así que aproveché para sacar a Lulú. Ya todo iba cobrando vida, me había llegado un email de la empresa que al día siguiente se reanudaba el trabajo, excepto a aquellas personas que hubieran tenidos problemas derivado de ello, que se le daba hasta el lunes para la incorporación.

Miraba todo y daba pena verlo, había hecho mucho daño a la ciudad, como siempre, así que ahí estaban todas las personas encargadas de restablecer y limpiar todo dejándose la vida.

Tenía un sentimiento muy feo en mí, algo así como asco por la situación en la que me había vuelto envuelta con él, no me arrepentía de haber jugado, pero sí de haberlo hecho con él, no se merecía nada, por cerdo, odiaba las lealtades y él le había sido desleal a esa estúpida, que no tenía nada en contra de ella, pero es que lo era, además que a mí me lo había ocultado, un cínico es lo que era.

Esa noche lloré sola, de rabia, impotencia, decepción, de todo un poco, me venían las imágenes con él del fin de semana, había sido eso, solo un asqueroso juego para él.

Capítulo 9



— Buenos días, Fifi — dije con tristeza.

— Buenos días. Romeo te está esperando en su despacho — dijo con temor.

— Pues ahí se va a quedar — hice caso omiso y me fui a mi despacho.

Me preparé un café y dieron dos toques a la puerta, sabía que era él.

— Adelante... — soné a desgana.

— Buenos días ¿Estás bien? — fue directo a la cafetera sin pedir esta vez permiso.

— Estoy más que bien. ¿No lo ves?

— No la esperaba, te lo juro — se refirió a su novia.

— Tienes un morro... Pero vamos, que me importa una mierda ella, tú y tu puta vida de asco.

— No es justo que digas eso — dijo enfadado subiendo el tono.

— Mira, a chillarle vas a tu puñetera madre que no tiene culpa de nada, pero a mí con ese tono, ni se te ocurra.

— ¡¡¡Soy tu jefe!!!

— Pues actúa como tal, no te pases ni un pelo, no quiero saber nada que no tenga que ver con lo laboral, que te quede muy claro.

— No tienes derecho...

— ¿Qué dices? ¿Estás fumado? ¿Drogado? ¿Bebido? Qué no tengo derecho dice. Será gilipollas...

— Vale ya de insultar... — su tono era muy enfadado.

— Pues deja ya de perseguirme, cíñete a lo laboral, que te quede claro.

— Tenemos que hablar, a la salida te espero para comer.

— Mira, no sé cómo decírtelo para que te quede claro, pero contigo no voy a ir a ninguna parte, no quiero saber nada de ti y el juego se acabó, claro que tengo límites y ya hemos llegado a ellos.

— ¿No entiendes que te debo una explicación?

— No, es tu problema, no entiendes que no la necesito, que me da asco hablar contigo de temas personales, que para mí eres un cero a la izquierda y que el Karma te va a poner en tu sitio.

— Esto no se va a quedar así...

— A mí no me amenes que salgo a los medios y te cagas, luego dejo el trabajo, pero me van a pagar una millonada por contar la clase de persona que eres...

— No serías capaz, no eres de esa pasta.

— Ponme a prueba, Romeo, ponme a prueba que te vas a cagar.

Se fue muy indignado, negando con la cabeza, rojo como un tomate, impotente, todo eso que sentí yo al descubrir que jugaba a doble filo.

Esa mañana terminó sin más incidencias. Al salir charlé un poco con Fifi y la tranquilicé, estaba muy preocupada.

Me fui a comer y luego al gimnasio.

— Pero qué sorpresa — dijo una voz conocida.

Levante la cabeza y no me lo podía creer.

— Hola, Henry ¿Qué haces aquí?

— Yo vengo a este gimnasio, pero siempre de noche, sobre las ocho, pero hoy no trabajé y decidí venir antes.

— No te esperaba aquí — reí con ironía.

— Me alegro de verte.

— Igualmente.

Él se fue para máquinas y yo para cardio, lo veía a lo lejos, él también me miraba a mí, en el fondo seguro que también era igual que el otro, al igual que también sabía que tenía novia, seguro, pero no tenía culpa de nada, entró al juego que le pidió su amigo y lo disfrutó, por lo demás no tenía nada que recriminarle a él.

Salí del gimnasio y lo volví a despedir, no me paré, solo le dije hasta otro día, me fui para casa, necesitaba relax, no conseguía quitarme a Romeo de la cabeza, todo aquello me estaba causando mucho dolor.

Jueves por la mañana, no veía la hora de que terminara la jornada laboral, ese día no me encontré a Romeo, me fui al gimnasio, tampoco coincidí con Henry, cosa que agradecía, lo quisiera o no, me recordaba a esos momentos con él y mi jefe.

Ese día comí con mis padres, les prometí que el domingo comeríamos juntos en la calle, se quedaron muy contentos con aquello.

El viernes decidí tomar mejor actitud, esa noche iba a salir, lo tenía claro, había quedado con Brenda, nos íbamos a vivir la noche, a nuestra manera, solas, como siempre lo habíamos hecho.

Fui al gimnasio, luego para casa, descansé un rato y por la noche me preparé, Brenda no tardó en llegar y nos fuimos a un pub cercano.

Un rato después no me lo podía creer, levanté la mano y ahí estaba Romeo, encima con Henry ¿Cómo cojones habían dado connigo? ¿Coincidencia? ¿Me habían seguido?

— Brenda, disimula, los dos del fondo, el de la camiseta blanca es Romeo y el otro Henry.

— La hostia. ¿No podemos hacer una orgía? — dijo después de beber de un trago el chupito y me hizo soltar una carcajada.

— Están para hacerla, pero por mi parte se van a comer una mierda y bien grande.

— Muy bien dicho — le dio un trago al cubata y miró al camarero — Otros dos chupitos, a estos cuerpos que no le falte de nada.

El camarero sonrió, sirvió otros dos chupitos, la noche prometía, ese rebujo de cubata y chupitos de tequila nos iban a pasar factura.

Nos volvimos a tomar otro chupito y ya le dije que solo a cubatas, yo ya me notaba achispada y los dos tontos del fondo nos miraban sin quitar la vista, no sabía quién estaba más descarado, si Henry o Romeo.

— Están deseando venir — dije mientras bailaba pegada a la barra al ritmo de Shakira.

— Déjalos venir y les damos la noche.

— Lo estaba pensando, lo ponemos a pagar todo, nos reímos de ellos y nada más allá de eso.

— Bueno, pero yo me puedo tirar al Henry ese, ¿no? A mí no me hizo nada — dijo a trabas, el tono de su voz ya era nefasto y yo me moría de la risa.

— No, aquí no nos tiramos nada, aquí los puteamos.

— Bien, dicho, los quiero putear — dijo estirando el brazo.

— Bueno, pero no le vamos a decir que vengan, tu baila, que verás como ya se inventan algo para acercarse.

— Y si no, nos lo inventamos nosotras — dijo decidida y contundente provocándome una risa.

— Nosotras no vamos a mover ni un dedo, que se arrastren ellos.

— Y si puede ser a la altura de mis ovarios mejor — dijo medio borracha.

— Y tú no vas a beber más chupitos, ¿entendido?

— Entendido, entendido — cogió su copa y dio otro trago, puse los ojos en blanco, iba a acabar fatal.

Seguimos bailando, sin mirarlos, diez minutos después ya estaban en la barra a nuestro lado, haciéndose los suecos, como si hubieran cogido hueco.

— Un placer, mi nombre es Brenda y soy doctora, por si les pasa algo — dijo ante mi asombro, volviéndose a ellos y dándoles la mano, no me dio tiempo a frenarla, me quedé muerta.

Ellos se presentaron sonrientes, pero Brenda era mucha Brenda.

— *Wala*, tu eres el jefe putón y tú el folla amigas de tus amigos, ¿no?

— ¡Brenda! — la jalé del brazo, pero se soltó.

— Déjala que se explique, no va mal encaminada — dijo Henry provocando una risa en las dos.

— Y digo yo, ¿qué hacéis aquí, que se os han perdido dos bolas chinas?

Mi cara fue de rojo tirando a morado, no sabía dónde meterme, pero tampoco podía aguantar la risa.

— No, precisamente eso no — dijo Henry, el otro estaba mudo, ni gesticulaba.

— Pues entonces, ustedes me diréis — Brenda se cruzó de brazos esperando respuesta.

— Cuatro copas por favor — dijo Romeo al camarero.

— A mí no me pidas nada, tuyo ni el aire — solté con descaro.

Ignoró mi comentario y el camarero las sirvió y Henry lo puso en el lugar de cada uno.

— A ver que yo me entere. ¿Qué os pica a ustedes para que yo os rasque? — Me daba, esa noche me daba, Brenda estaba que se salía del pellejo, estaba sembrada, escupí el cubata y puse a Henry bonito, al otro ni le rozó.

— Eres cubana, ¿verdad? — preguntó Henry a Brenda mientras intentaba secarse.

— Y ciudadana americana, pero soy de la Habana, del primer piso, — yo estaba muerta de risa escuchando a mi amiga — pero una doctora bien reconocida en los Estados Unidos — dijo con orgullo.

— Eso es estupendo — Henry intentaba mantener la conversación sin que corriera la sangre.

— Y te digo una cosa, mijo, que quién se mete con esta — me señaló y negué con la cabeza — se las ve conmigo.

— Ya veo que eres buena amiga — Henry le seguía el rollo.

— Y lo que le hacen a mi amiga, me lo hacen a mí — se dio un golpe en el pecho.

— Te entiendo...

— Pues entonces, dime cuándo nos vemos en ese restaurante donde estuvisteis el sábado — me la veía venir, sabía que lo que había dicho iba con doble sentido, los chicos rompieron a llorar de la risa, como yo.

— Cuando quieras... — dijo sin despeinarse Henry, pero tendría que hablarlo con él o buscar un suplente — me hizo un guiño a mí en señal de que estaba bromeando, en el fondo me caía muy bien Henry, hasta me ponía cachonda.

— Ah no, el trio es tú, ésta — me señaló — y yo. A ese lo dejamos con la novia que tiene que respetarla y amarla todos los días de su vida.

Romeo rio, pero estaba triste, al menos hacia el papel de puta madre, yo en cambio, dientes, dientes que eso es lo que más jodía.

— A mí no me metas en tus cosas — dije a Brenda a carcajadas.

— Vaya, me había hecho ilusiones — dijo bromeando Henry, pero a Romeo se le cambió la cara y me dije que esa era la mía.

— Bueno, pero no descarto nada — dije guiñándole el ojo y viendo de reojo a Romeo que no paraba de resoplar.

— Pues lo dicho, organizaremos una folla quedada — no paraba mi amiga, cuando el alcohol le afectaba, le afectaba bien.

— ¿Os apetece salir a la terraza a una de las mesas? — preguntó Henry.

— Claro, vamos — salió Brenda corriendo hacia fuera antes de que yo me negara.

Puse los ojos en blanco, resoplé y salí tras ella, ellos también, ya estaba sentada en una mesa, toda desparramada y con cara de pasar de todo.

Nos sentamos fuera, con las copas que Henry había pedido, Romeo seguía en silencio, solo sonreía según la conversación o se le ponía el rostro descompuesto, eran sus dos gestos de la noche.

— Bueno ahora en serio ¿Como habéis dado con nosotros? — preguntó Brenda con las manos a modo de no entender.

— Fue casualidad, de verdad, me dijo: vamos a entrar a ese pub y os vimos...

— Entonces el culpable es él — Brenda señaló con descaro a Romeo, que negaba con la cabeza — Tenía la información de alguna manera de que mi amiga estaba dentro y a ti te dijo de entrar y hacer como si todo hubiera sido una casualidad. Ya lo he pillado. Debí ser inspectora, lo mío es descubrir todos los delitos — hizo que los tres soltáramos una carcajada.

Si digo que nos tomamos tres copas con ellos y solo hablaba Henry y ella, yo de vez en cuando me reía, otra resoplaba, otra la quería matar, al igual que Romeo, que se le cambiaba el semblante con cada cosa que esta soltaba, pero entre nosotros no hablamos, yo porque no me daba la gana y él porque se veía venir lo que iba a pasar si se atrevía a emitir una sola palabra.

Nos despedimos de ellos, Brenda no podía con su cuerpo, la acompañamos a su casa, luego sin aceptar un no por respuesta, me acompañaron a la mía, me despedí de ellos. Romeo llevaba una cara de tristeza impresionante, pero lo mejor de todo es que yo me alegraba, que bebiera de su propia medicina, demasiado daño me había hecho ya.

Capítulo 10



Por la mañana mientras desayunaba no dejaba de negar con la cabeza, recordaba la noche anterior y la que había liado Brenda y me moría de la risa, encima, Romeo, como un corderillo sin abrir la boca, fue espectacular verlo contenido, estaba evitando una tercera guerra mundial y ya conocía mis arranques, quería evitarlo a toda costa, aunque realmente de mala leche no me había visto jamás, no tenía ni idea de lo que yo era capaz, pues a educada no me ganaba nadie, pero si me tocaban la fibra... Ay, entonces sí que liaba la tercera guerra mundial.

Miré el móvil y tenía un mensaje de mi amiga.

Brenda: Me quiero morir...

Yo: Y si no te mueres, te mato yo...

Me entró un ataque de risa.

Brenda: ¿Qué hice? No me acuerdo de nada.

Yo: ¿No te acuerdas de verdad?

Brenda: Por mi propia vida, de nada, no recuerdo ni como llegué a mi casa.

Yo: La que liaste para hacer la orgía e ir al restaurante de los juegos, para no acordarte, no sé por qué te hice caso.

Me moría de la risa, a esta la iba a dejar unos días con eso en la cabeza, le iba a pagar la nohcecita que me había dado.

Brenda: ¿¿¿Hicimos una orgía???

Yo: Una muy fuerte orgía...

Me iba a dar algo de tanto reírme, me la imaginaba sofocada, con la mano en la frente y dando vueltas por su casa intentando recordar.

Brenda: Por la tarde voy a tu casa, esta noche salimos a cenar, nada de copas, solo un vino, pero me lo vas a contar en esa cena todo.

Yo: Vale, tú pagas.

Brenda: Por supuesto.

Pasé el día tirada en el sofá, por la noche me preparé y nos fuimos en mi coche para el restaurante donde se celebró el cumpleaños de mi madre, tenía una preciosa terraza y la noche estaba espectacular.

Nos sentamos en una mesa mirando al mar, nos pusieron un vino y...

— Esto ya es coña — dije mirando como venían hacia nosotras Romeo y Henry, este haciéndose el sorprendido.

— ¡Hostias! Los de la orgía — gritó en toda sus narices y yo por poco me quedo sin respiración, quería que la tierra me tragara.

¿Lo bueno? Qué ellos se rieron, pensaba que se refería al trío que hicieron conmigo, además ella la noche anterior les dijo mil veces que quería una orgía, así que también se lo podían tomar por ahí.

— La verdad es que cuando el destino se empeña en que te encuentres con alguien, te lo encuentras todos los días, oye — Henry tenía un morro peor que el de Romeo, tuve que soltar una carcajada.

— Sentaos — dijo Brenda sin mirarme, para que no pudiera hacerle ninguna advertencia con la mirada.

Ni se lo pensaron, vamos, que lo tenían todo muy bien planeado, ya estaban sentado ante nosotras.

— Hoy no soy la Brenda de ayer, bueno sí, pero que hoy me voy a portar mejor — rio con sarcasmo.

— No sonó convincente — dijo Romeo sonriendo, para mi asombro y el de Brenda, ya tenía voz ese hombre.

— Ni falta que hace — soltó con descaro, Brenda cuando quería era Miss borde.

— También es verdad — dijo Henry levantando la ceja, como lo hacía Romeo a menudo, tal para cual eran.

El camarero se acercó y Brenda les dijo a ellos que pidieran por nosotras, que no estábamos para pensar mucho, la quería matar, pero era ella, en todo su esplendor, esa que solo cambiaba cuando

se ponía la bata de médico, el resto del día, era así, buscona, pícaro, bromista, irónica...

La cena fue todo un caos, la verdad que no recordaba tanta risa junta en tan poco tiempo, la que lio Brenda y los otros que no se enteraban de nada.

— Pues que pena de vida — dijo Brenda cogiendo la copa — que no recuerde la noche de pasión y sexo desenfrenado que tuve, es para matarme — Yo me quedé a cuadros de nuevo.

— Vaya por Dios — dijo Henry levantando la ceja.

— Pero de nada, nada — Brenda insistente, pensando que ellos sabían de lo que hablaba.

— Qué lástima — respondió de nuevo Henry, como pensando que ella se acostó con alguien la noche anterior y no se acordaba, además de pensar que en qué momento ya que le habíamos acompañado a su casa, pero bueno la pudo visitar un amante...

— Pero vamos, no me importaría repetir — dijo con descaro y yo escupí de la risa sobre la mesa.

— ¡Perdón! — me iba a mear encima.

— Nada, tranquila — dijo Romeo, los dos sonreían y Brenda me miraba negando.

Terminó la cena, nos tomamos una copa y nos despedimos, mi amiga se fue pensando que había tenido orgía con ellos y ellos se fueron sin saber que mi amiga pensaba algo que no era real, me daba un dolor en el lado de pensarlo.

Me metí en la cama y sonó un mensaje en mi móvil.

Romeo: Gracias por no haberme echado.

Ay la hostia, qué le daba a este.

Yo: No lo hice por respeto, esa palabra que tu no conoces...

No tardó en contestar.

Romeo: Te pido por favor que me des la oportunidad de explicarme.

Yo: Váyase a la mierda, jefe.

Como me gustaba esa palabra, me ponía toda cachonda, como él, pero yo era muy rencorosa y a este no le iba a perdonar en la vida, es más, lo deseaba, pero lo maldecía, lo odiaba, bueno odiar no, esa palabra no existía en mi persona, pero que me daba asco, a la vez que deseo.

Llegó el domingo y mis padres me recogieron, nos fuimos a comer al restaurante, nos sentamos y

cinco minutos después...

— Buenas tardes, qué sorpresa veros de nuevo — ahí estaba Romeo, sonriendo ante mi mirada asesina.

Mis padres se levantaron felices al verlo, lo obligaron a sentarse a comer con nosotros, él debatía como si no quisiera molestar, vamos, como si no se fuera a sentar, como si no hubiera venido para ello. ¿Pero cómo cojones sabía en todo momento dónde estaba?

Saqué mi móvil con disimulo y lo de la ubicación lo tenía desactivado, no podía de ninguna forma localizarme así, me estaba siguiendo fijo, estaría frente a mi casa horas, no quedaba otra.

No veas si estuvo charlatán en la comida, claro, sabía que ante mis padres no le iba a montar un numerito y se aprovechaba de eso.

Después de la comida tomamos el postre y el café, luego nos despedimos, yo por supuesto me fui con mis padres, no pensaba irme jamás con él de nuevo, eso que lo tuviera claro, por mucho que me persiguiese.

Esa tarde no me mandó mensajes, mejor, pues lo iba a poner de vuelta y media, esa noche me acosté bien temprano, estaba agotada psicológicamente, aunque no quisiera todo me afectaba muchísimo.

Capítulo 11



Llegué a la oficina y Fifi estaba descompuesta.

— ¿Y esa cara?

— No sé si decírtelo, pero no me lo puedo callar.

— ¿Está su novia?

— No, no es eso, antes habló por teléfono en la escalerilla fumando un cigarro, no sabía que lo estaban escuchando y le decía a un tal Henry que tenía que quitarte del monedero el chip de localización.

— ¿¿¿Qué??? No digas nada, me encargo yo, tú no escuchaste nada.

Me fui a mi oficina alucinando, abrí el bolso, saqué el monedero y allí estaba entre uno de los lados interiores que no solía usar, lo iba a matar, por mi vida que se iba a enterar. ¿Desde cuándo lo tenía? Ahora entendía todo, hijo de...

Salí disparada con él en la mano, Fifi me vio y se persignó, llegué y ni llamé a la puerta, abrí y le tiré eso en la cara.

— Eres un cerdo, estás loco ¡¿Cómo te atreviste?!

— Tiene una explicación, relájate...

— Sí, como lo de tu prometida, estás fatal — lo miré con asco — Eres el peor error de mi vida, maldito el día que se fue tu padre — escupí, pero mal, fue a parar la saliva a mi pecho, solté un chillido y le metí una patada a la puerta, luego volví a mi oficina con ganas de partir algo, pero no hizo falta, de la rabia al sentarme salió la taza de café disparada y cayó sobre el suelo, partiéndose en mil pedazos.

¿Estaba loco? Por favor, eso era lo último que imaginaba, encima con el descaro que fue a la comida con mis padres, vamos, que lo tenía todo a huevo, sabía cuándo salía de mi casa y a dónde

me dirigía. Comencé a reír, era para volverme loca, miedo me daba que en el fondo esa actitud a mí me gustara, al menos me hacía sentir especial. ¡Para matarme!

Un mensaje entró en mi móvil.

Romeo: Ven a mi despacho.

Eso sí que había estado bueno.

Yo: Si voy es para darte una patada en la boca, es lo que te mereces.

Joder me había pasado, yo tenía lo mío, pero violenta no era.

Romeo: Aquí te espero para que me la des.

Reí, no me quedaba otra, encima es que me provocaba.

Yo: No, no voy a ir.

— Ni falta que hace — dijo entrando sin llamar, cogiéndome por sorpresa y lo peor de todo es que estaba riéndome y no podía parar — ¿Te hace gracia?

— Venga, ligero, que no quiero perder el tiempo — hice unos sonidos con los dedos a mano palillos para que hablara rápido.

— ¿Ligero el qué? Te guste o no, trabajas para mí, me tienes que aguantar y si quiero pasar aquí todas las mañanas a tu lado, las pasaré. ¿Lo entiendes?

— Joder, qué fuerte ha venido mi jefe... — dije con sarcasmo — Ahí te puedes quedar... — Me senté y me puse a hacer la que trabajaba.

— Esa revista es de hace dos semanas — dijo mirando la pantalla de mi ordenador.

Mierda, era verdad, que mal disimulaba.

— ¿Y? Estaba mirando un posible cambio en una relación para ver como lo pueden enfocar los redactores con una nueva noticia, listillo.

— Ya...

— Si no te lo crees es tu problema, además, necesito trabajar, no me molestes.

— ¿Estás llamando molestia a tu jefe?

— Mira Romeo, si me vas a tocar los ovarios, hazlo bien, al menos que disfrute — dije con

ironía.

— Ven...

— ¿A dónde? — pregunté incrédula.

— A mi despacho — se levantó.

— Yo no voy a ir...

— Acompáñame, te lo pido como jefe — se esperó apoyado en la puerta.

— Sí es por eso... — me levanté de mala gana y lo seguí, bueno, me siguió él, yo iba delante resoplando ante la mirada de Fifi que no sabía dónde meterse al vernos pasar.

Entré a su despacho cuando abrió la puerta, de seguido entró él y cerró el pestillo.

— No es necesario — dije con descaro.

— Lo es — me señaló para que me sentara en el sofá.

— No me voy a sentar ahí — se vino para mí sin pensarlo.

Me pegó contra él.

— Ya está bien — besó mis labios.

— Quita — lo empujé, pero él tenía más fuerzas y me dejó contra él.

— No me voy a quitar.

— Entiende que no quiero saber más nada de ti. ¿Tan difícil es respetar eso?

— No, pues estás mintiendo, pero me vas a escuchar, por las buenas o las malas, lo vas a hacer.

— ¿Me estás amenazando?

— Para nada, jamás lo haría, pero de que me vas a escuchar, lo vas a hacer.

— No pienso hablar en mi lugar de trabajo...

— Está bien — cogió su móvil, las llaves del coche y su cartera. — Vamos a por tus cosas, salgamos de aquí.

— No me voy a ir, no trabajé aún.

— Ni hoy lo harás, pero de que vamos a hablar , lo vamos a hacer.

— No hablo contigo si no es en presencia de Henry — le hice un guiño para joderlo más.

— ¿Eso quieres?

— Ajá.

Levantó el teléfono y se lo puso en su oreja mientras salíamos de su despacho.

— Hermano — se llamaban así — necesito que vayas para mi casa.

— Está bien, a las cuatro entonces, allí te esperaremos cuando salgas de trabajar.

Lo miré alucinando, no me lo podía creer.

— No me pienso ir a tu casa y encima todo el día, tenlo claro.

— Ya veremos cuanto tiempo — iba directo a mi oficina. Entró, apagó el ordenador, cogió mi bolso y mi móvil, lo puso en mis manos y caminó al ascensor. Yo iba atrás resoplando y quejándome. Miré a Fifi, que estaba a cuadros. — Hoy que no nos moleste nadie, no desvíes llamada, solo mantenme informado sí es algo que consideras urgente, lo mismo con ella.

Miré a Fifi resoplando, con ojos en blanco, ella estaba pálida y sin saber que decir.

— Deja tu coche ahí, ya vendremos a por él — me abrió la puerta de copiloto de su coche.

— Mira Romeo, ¿quieres jugar? ¡Juguemos! Pero prepárate, advertido quedas.

— Vale — sonrió y salió de allí.

Llegamos a su casa y no eran ni las diez de la mañana, me preparó café, unas tostadas y jugo de naranja, me senté a esperarlo en el porche, en el fondo estaba deseando acostarme con él, que me tocara como lo hacía, así de gilipollas me sentía, pero era algo que no podía remediar, aunque estaba claro que no se lo iba a poner fácil.

Puso todo sobre la mesa y se sentó.

— ¿Podemos hablar civilizadamente? — preguntó.

— Inténtalo — cogí la tostada y la mordisqueé.

— Vamos por partes. ¿En qué momento te mentí sobre mi situación sentimental?

— Desde el primer momento — sonreí con ironía.

— Mentira, nunca hablamos sobre ello, nunca me preguntaste, nunca tuve la oportunidad de hablarte de mi vida personal en todos los aspectos.

— Pero te guardaste la información.

— Pero a ti no te mentí. ¿Te prometí lealtad o algo de compromiso?

— No, eso no, pero como persona me deberías de haber dado la opción de yo decidir si quería acostarme con un hombre comprometido o no — hice una mueca.

— La engañaba a ella, no a ti ¿No entiendes que tu eres libre? Soy yo el responsable de las consecuencias, pero no hacia ti, jamás te falté a la verdad.

— Pero te repito, que la ocultaste y me siento con el derecho a decidir.

— ¿En que hubiera cambiado?

— Bueno, lo que tú digas. ¿Y lo del localizador?

— Eso es otro tema, te pido perdón, fui un capullo, fue una broma, lo puse el día que fuiste a mi casa la primera vez, quería ir sorprendiéndote en algunos lugares, para colmo pasó lo de la aparición de ella y ya se lio la cosa.

— ¿Lo ves normal?

— No, pero lo hice, en esa parte te permito que me recrimines todo lo que quieras, pero quiero que sepas algo, me gustas y mucho, te deseo más que a nada en este mundo y solo con verte me cambia el estado de ánimo.

— ¡Qué bonito! — aplaudí con ironía.

— Es la verdad, puedes reírte si quieres.

— ¿Y ella?

— Ella está en Orlando ya, es otro tema, ahora no quiero hablar de ello.

— Debe ser divertido poder estar con varias a la vez...

— No estoy con varias y créeme que últimamente solo contigo.

— Claro, si la dejas a una distancia considerable, normal que te refugies en mí.

— No, lo tuyo fue algo que me pasó sin esperarlo, me llenaste de alegría el día que te conocí y eso es algo que no se puede evitar.

— Solo te pido una cosa, llama a Henry y dile que anulas lo de venir, no pienso hacer ninguna estupidez.

— No tengo que llamarlo, no hablé con él, era un método para callarte un poco.

— Eres un estúpido — resoplé negando con la cabeza.

— Pero este estúpido siente mucho por ti, de eso que no te quepa duda.

— ¿Qué quieres de mí?

— Nunca te he pedido nada, solo quiero que estés, que no evites lo que sientes, que me dejes estar en tu vida.

— En la mía, en la de ella... Chico listo.

— No vayas por ahí, por favor. Dame tiempo, déjame hacer las cosas a mi modo.

— Vamos, como sí no lo estuvieras haciendo en todo momento.

— Ahora no — se levantó y cogió mi mano, me puso en pie.

Me pegó contra él con fogosidad, comenzó a besarme con mucha tensión contenida, yo me desvanecí en su boca, entre sus brazos, a mí me encantaba él, jugaba con eso a su favor.

— No puedo contigo — negué mientras él sonreía mirándome fijamente.

— Vamos a pasar un día bonito. ¿Vale?

— ¿Y el trabajo?

— Mañana nos quedamos hasta por la tarde y nos ponemos al día.

— Vale — ya volvía a caer de nuevo en sus redes, pero no podía decir que no, me gustaba demasiado y tenía razón, cuando decía que no nos prometimos nada, a la que le debía la explicación era a ella, no a mí.

— Hoy te quedas aquí, mañana temprano te llevo a tu casa a cambiarte y nos vamos a las oficinas.

— Eso de dormir no, ¿eh?

— Sí — volvió a besarme con fuerzas, apretándome contra él con todas sus ganas.

— ¿Puedo opinar algo?
— Dime — seguía agarrado a mi cintura.

— Vamos a mi casa, cojo ropa, bañador, a mi perrita para llevarla a casa de mis padres y luego acepto quedarme contigo.

— Vamos — cogió mi mano y me llevó a su coche, sonriente.

Llegamos a mi casa, le enseñé el apartamento, solo había estado en la puerta, cogí a Lulú, que no paraba de jugar con él, la ropa y fuimos hasta casa de mis padres, entramos los dos, le dije que me iba a una reunión todo el día y que se quedaran con la perrita.

Nos fuimos de nuevo para su casa, pero antes paramos a coger comida en un restaurante, Romeo se veía feliz de nuevo y yo, bueno yo también, pero odiaba que tuviera novia, no sabía si tenía la posibilidad de robarle el corazón para mí solita, pero como era caprichosa, me las iba a ingeniar para conseguirlo.

Preparamos la comida, yo me senté con la parte de abajo del bikini y una camiseta sin nada debajo, lista para después darme un baño.

— Te cuento algo — dijo mientras echaba un vino.

— Sorpréndeme — soné irónica.

— Henry está colado por tu amiga — arqueó la ceja.

— Me di cuenta, además ella también se le cae la sonrisa hablando de él.

— También me di cuenta. Además soltó muchas veces lo de la orgía como para buscarlo.

— ¡No! — me puse las manos en la frente.

Le expliqué la broma que le dije a mi amiga de lo sucedido cuando estaba borracha y que por eso ella lo soltaba, como para que le recordaran.

— Eres tremenda — negó con la cabeza riendo. ¿Aún no lo sabe?

— No — reí.

— Vamos a tener que organizar con ellos una cena o una salida, yo le voy a contar la broma a Henry, verás la que liamos, tendrán más juego.

— ¡Vale! — dije emocionada, me encantaban esas cosas.

Terminamos de comer y nos fuimos a la piscina, yo me quedé solo con la parte baja del bikini, no

me hacía falta más, así lo provocaba, en el fondo estaba deseando que comenzará a jugar conmigo.

Nos llevamos una copa de vino a la piscina, yo me senté en el borde, Romeo se metió dentro y se puso entre mis piernas agarrándome por mis glúteos y dándole besos a mi zona, mientras me miraba y sonreía.

— Perdóname si en algún momento te hice daño, jamás lo haría con intención, todo lo contrario, me encanta verte feliz, y que yo sea el motivo mucho más.

— Pero así no podremos estar mucho tiempo, eso lo sabes, ¿no?

— Así no podría estarlo ni yo — su tono era triste, puso la cabeza entre mis piernas besando mi parte y me abrazó fuerte rodeándome por la cintura.

Eso lo entendí como que algo le pasaba, algo que no quería decirme o no se atrevía a contarme.

— ¿Estás bien? — pregunté al ver que no levantaba la cabeza.

— Sí — la levantó — perdona.

— Me puedes contar lo que quieras, intentaré siempre apoyarte.

— Gracias — besó mi barriga.

Lo notaba realmente triste, me hacía sentir impotente el hecho de estar ajena a algo y no poderlo ayudar, quise buscarlo bromeando para ver si lo alegraba.

— Y yo que pensé que hoy me iba a entrar algo por mi cuerpo — negué con la cabeza provocando una risa en él.

— Por supuesto — jaló de las dos partes de mi bikini y me lo quitó, ya me tenía desnuda frente a él.

— Me encantas. — soltó el aire, no dejaba de acariciar mi entrepierna — Donde me ves, estoy ahora mismo aquí y no.

— No te entiendo.

— Estoy apagado hoy, por otro lado me pones a mil, dividido entre esas dos cosas.

— Yo si quieres me visto - bromeé.

— ¡No! Si se va la parte que me anima, caigo en picado.

— No - abrí totalmente de piernas — trae esas cosas de la caja que ahora mismo quiero alegría

para mi cuerpo — solté con descaro.

Me cogió por la cintura y me bajó al agua.

— Hoy no quiero juego, hoy te quiero a ti — comenzó a besarme con todas sus fuerzas, abrazándome y colocándome mi vagina a la altura de su pene, no sé cómo lo hizo, pero ya no tenía el bañador.

— ¿No te has puesto preservativo? — pregunté al no notarlo.

— No , tranquila no te voy a pegar nada — movía su cuerpo mientras me sujetaba por los glúteos, dando estocadas bien fuertes.

— ¡No es por eso! Qué también lo debería de ser, pero no quiero jugármela de esta manera — dije casi sin alientos, entre gemidos.

— No te la jugarás, no puedo tener hijos, así que tranquila.

— ¿Eres impotente?

Tuvo que parar para poderse reír, hasta me bajo para poder doblarse, hasta yo estaba muerta de risa por la forma que lo había dicho.

— No, además creo que te he demostrado que impotente precisamente no soy, pero digamos que no puedo tener más hijos... — cerró los ojos y se mordió el labio con miedo a mi contestación.

— ¿Tienes hijos?

— Ajá — arqueó la ceja.

— Lo que me faltaba por oír — me fui a coger la copa y le di un trago, agarré la botella me la rellené y me la volví a beber de otro trago — Cuenta, ahora creo que con esas dos copas, lo digeriré mejor.

— Son gemelos — cogió su copa — se llaman Romeo y Erika, como ella.

— ¿Tienes dos hijos con tu novia?

— Más que novia es la madre mis hijos — puso los ojos en blanco.

— ¿Cuántos años tienen tus hijos?

— Diecisiete — sonrió.

— ¿Me estás vacilando?

— No, los tuvimos muy jóvenes, no lo esperábamos, no llegó por sorpresa, pero en cuanto los conocí, sabía que eran lo mejor que me había pasado en la vida.

— ¿Están en Orlando?

— No, en Europa, en Inglaterra, querían estudiar allí, conocer otro país y lo vi algo muy acertado, están juntos compartiendo piso. Y ya, déjame explicar, que hace unos años decidí hacerme la vasectomía, así que por eso te decía que no podía pasar nada.

— Entonces llevas muchos años con ella.

— Sin acostarnos, sí. — puso los ojos en blanco. — Hace muchos años que no existe nada entre nosotros, pero ella prefiere fingir por el bien de los niños, parecer que estamos unidos, ahora con esto de Miami espero terminar de despegarme de ella, en el fondo cada uno vivimos nuestra vida, pero ante los ojos de la sociedad, familia y nuestros hijos, estamos juntos.

— No me lo puedo creer...

— Los otros días vino a hacer el papel de mujer preocupada ante un huracán que tendría que pasar su prometido solo, ella como no, su salvadora, buena mujer tenía que estar con él...

— Tú lo permites.

— Lo sé, pero quiero tanto a mis hijos que me duele saber que les tengo que hacer pasar por un mal trago.

— Pero en algún momento lo tendrás que hacer, digo yo, si estás tan seguro de que con ella solo te unen los niños.

— Lo sé, pero siempre lo aplazo, me duele verlos sufrir, nunca veo el momento y por supuesto con Erika no queda nada, de eso estate segura, además ella tiene alguna que otra relación por ahí.

— Dos hijos de diecisiete años — repetí alucinando.

— Y una niña de treinta — volvió a cogerme en brazos dentro del agua — Una niña que adoro, que amo y que me devolvió la alegría a mi vida — me dio un beso.

Me penetró con fuerzas, en ese momento me di cuenta que estaba dolida por una cosa que ya casi no tenía importancia, pero que había otras dos más importantes, no sabía si quería que la tierra me tragara o intentar ser feliz, comprender que el pasado pertenece a cada uno, de todos modos ni era su novia para tener que preocuparme, pero ahí estaba pensando en todo, asimilando, agarrada a su cuerpo mientras él desfogaba contra mi interior.

— Estoy en shock — dije cuando llegó al orgasmo y me abrazaba fuerte.

— Confía en mí. ¿Vale?

— Eso hago. ¿No lo parece? — puse cara triste.

— No quiero que te afecte nada. Te propongo algo...

— Dime — me mordí el labio.

Vámonos el fin de semana por ahí, lejos, solo los dos, olvidándonos del mundo, vamos a perdernos por alguna ciudad o playa.

— ¿Qué día es hoy? — pregunté sin quitar la cara de pena.

— Lunes...

— Queda mucho para el viernes — protesté como una niña chica.

— Nos vamos mañana, no hay más que hablar, ni preguntes y por lo laboral, ni te preocupes, tengo una coartada y nos llevaremos los portátiles y trabajaremos igual por las mañanas, tendremos todo controlado.

— ¿Qué vas a decir?

— Qué tenemos unas reuniones en Aruba.

— Joder que bien suena eso.

— Pues allí nos vamos, déjame hacer una llamada.

Fue a por el móvil y comenzó a hablar a lo lejos.

¿Me iba a Aruba con él? ¿En serio? Me moría, si eso era verdad, me moría, no me lo podía creer.

Lo miré como colgó y vino hacia a mí.

— Solucionado mañana nos vamos — me hizo un guiño y volvió a marcar otro número — Fifi, te van a llegar unos vuelos para Jennifer y para mí, tenemos unas reuniones mañana en Aruba, imprime las reservas y me las dejas sobre mi mesa, luego paso a por ellas. Estaremos trabajando desde allí, cualquier cosa me mantienes informado. Volvemos el domingo, así que nos incorporaremos el lunes.

Colgó y yo flipando, me iba seis días a Aruba, con Romeo, solos, sin nadie más. Me dio la mano y me sacó de la piscina.

— Ahora vamos a la oficina, recogemos los portátiles, la documentación de los vuelos, son las cinco, ya se irá Fifi, así que los dejará antes en mi despacho, luego cogemos tu coche, vamos a tu casa, lo dejamos, preparas la maleta y nos vamos a la mía, salimos en un vuelo temprano.

— No me lo puedo creer — me fui a por el teléfono para llamar a mi madre y decirle que se quedara toda la semana con Lulú.

Hicimos todo, oficina, mi coche, billetes, mi casa, maleta y para la suya, llegamos ya con unas pizzas, era ya tarde, nos habíamos entretenido mucho.

Estaba feliz, lo miraba y no dejaba de sonreír, volvíamos a estar relajados, con la sonrisa en la cara, sin reproches, olvidando lo sucedido, en aquel momento solo quería enamorar su corazón y si tenía que ir a Massachusetts andando, también lo haría.

Esa noche tuvimos otro momento de pasión, me hizo llegar a un brutal orgasmo, esos dedos tenían magia, al igual que su cuerpo dentro de mí me ponía a mil.

Nos acostamos, yo recostada sobre su pecho, mirando pensando en todo lo vivido en tan poco tiempo, imaginando un sueño de vida a su lado que me hiciera feliz eternamente, pero algo tenía claro, él seguía sin prometerme nada, yo tenía que conseguir su corazón en exclusiva como fuera, tenía que permanecer junto a él, aunque no quisiera admitirlo, ya que era lo que yo quería en mi vida, lo único que me causaba una sonrisa.

— ¿Estás bien? — preguntó al ver que no cerraba los ojos.

— Sí, solo recuerdo.

— ¿El qué?

— Todo lo vivido en tan poco tiempo — me sinceré.

— Nos queda una preciosa semana por delante, haré que no se te olvide — acarició mi pelo.

— Créeme cuando te digo que no se me olvida nada — lo abracé con fuerza.

Y caímos rendidos, después de la tempestad llegaba la calma...

Capítulo 12



Me avisó ya con un café en mano.

— Buenos días, remolona, vamos mal de tiempo, ya vienen a por nosotros — dijo poniendo el café delante de mí.

— Buenos días ¿Quién viene a por nosotros?

— El taxi — sonrió — te recuerdo que vamos al aeropuerto.

— Es verdad — puse los ojos en blanco.

Me tomé el café, me duché y salimos, ya nos estaban esperando, de ahí para el aeropuerto, donde facturamos y fuimos directos al embarque, al ir en primera clase ni tuvimos que esperar.

Me senté en ventanilla, él a mi lado, una cortina nos daba la intimidad del resto de los de primera clase, eso no lo había visto así nunca.

Tal como el avión despegó nos trajeron un desayuno de esos de película, era lo bueno de ir en primera clase, todo iba cuidado al detalle y se iba de lo más cómodo.

— Me estás mirando muy pícaro — mordí la magdalena rellena de un exquisito chocolate.

— Estaba imaginándote aquí con dos dedos dentro de ti — soltó con descaro.

— Romeo... — lo miré amenazante, pero ya tenía su mano por debajo de mi mesa metiéndose entre mis muslos.

— ¿Qué? — pregunto con voz baja y aire seductor.

— Aquí no — dije mientras notaba sus dedos ya por debajo de mis bragas, buscando el hueco.

— No van a venir hasta que llamemos, relájate....

— Romeo — contuve el aire al notar sus dos dedos dentro y su cara de felicidad.

— ¿Mejor? — sus dedos se movían por dentro, a la vez que salían y entraban suavemente.

— Estás loco... — no podía ni respirar.

Noté como metía esta vez tres dedos, yo ya solo cogía aire y lo soltaba, me dio un buen meneo interiormente, con fuerza, luego sacó sus dedos y se fue a mi clítoris, comenzó a tocarlo de forma desmesurada, me agarré a la mesa y resoplé por no chillar de placer, me estaba volviendo loca, caí hacia la ventana al llegar al orgasmo.

Sonrió y se secó con la servilleta los dedos, lo miré resoplando.

— ¿Nunca has estado en Aruba? — me preguntó sonriendo.

— Nunca... ¿Y tú?

— Muchas veces, tengo clientes y amigos allí.

— Entonces serás un buen guía — sonreí negando, aún intentaba reponerme del orgasmo.

— Seré una excelente compañía — me hizo un guiño.

Me encantaba, él me encantaba en todo, esa era la verdad, pasamos todo el vuelo bromeando, era un vuelo de dos horas y media, corto, así que cuando nos dimos cuenta ya estábamos aterrizando en la isla.

Nos recogieron en pista con un carrito, nos llevaron directos a un coche y momentos después trajeron nuestras maletas y pusimos rumbo al hotel que había reservado.

Bueno, hotel, una cabaña con una terraza que daba directamente al mar, o sea, bajabas las escaleras y estabas en el agua, era una pasada, pero la cabaña estaba apoyada sobre un acantilado pequeño, era una pasada, un resort muy tranquilo, muy exótico, con bares en su exterior, restaurantes al aire libre, barbacoas, aquello era precioso, un lugar de ensueño, parecía que todos los huéspedes estaban de luna de miel, no había visto cosa más bonita en mi vida.

La cabaña era una pasada, una cama mirando al mar, con un sofá a un lado, una butaca y una mesa. Todo el frontal era de cristal, tenía en la terraza una piscina pequeña, una mesa con dos sillas y dos tumbonas, todo muy recogido, pero aquello era precioso, por dentro tenía un gran baño todo de caña y madera, precioso, con techo movable, no tenía palabras para describir tanta belleza, con un mar cristalino donde se podía ver los peces de colores como si los tuviera en la mano.

— Esto es un alucine — dije sin dejar de observar todo mientras colocaba mi ropa.

— No te mereces menos — sonrió mientras que él sacaba también la suya de la maleta.

Nos pusimos los bañadores, yo me eché por encima un caftán, me encantaban, nos fuimos a comer a uno de los restaurantes exteriores, una carne a la brasa se estaba de lujo, nos pedimos una botella de vino.

— Quiero que quede algo claro, esto lo tomo de mis días de vacaciones, no es justo...

— No digas tonterías, además por la mañana tendremos los portátiles encendidos y revisaremos todo, lo dejaremos al día siempre.

— Vale, contigo es imposible discutir.

— No, pero sabes que no voy a permitir que la restes de tus días, así que ni lo pienses, es más, si te portas bien, te puedo dar hasta más.

Nos fuimos a la cabaña después de comer, no habíamos casi entrado cuando su móvil sonó y vi que ponía Erika, él me pidió un momento y salió a la terraza, veía como hablaba con ella, hasta escuchaba, no había cerrado la puerta, él solo respondía sí o no, o me da igual, ganas no le ponía, se notaba que amor no regalaba, todo lo contrario, desganado.

Volvió sonriente.

— Vamos a darnos un baño — dijo pegándose contra él.

— Vamos — sonreí y lo besé, no quería que me viera que la llamada me había afectado, es más, no lo había hecho.

Nos metimos en el agua, estábamos solos, aquello era una pasada, se estaba de lujo, hicimos un poco de snorkel con los tubos que llevaba Romeo, era súper precavido, todo lo tenía controlado.

Luego nos tomamos una copa en la terraza, nos metimos con ella en la piscina, había un minibar en la habitación y un dispensador de hielo, era una pasada.

Me senté en la escalera de la piscina, él estaba tumbado flotando boca abajo en el agua agarrado a mis muslos, yo solo tenía la parte de abajo puesta, me la quitó sin preguntar.

— Me gustas desnuda — carraspeó y lo tiró en la tumbona.

— Romeo... — reí, era incansable, estaba cargado de fogosidad.

— ¿Te apetece un masaje? — Metió su cara entre mis piernas y mordió mis labios.

— Auch ¿A esto llamas masaje? — reí.

— No, pero me provocas. Ven — se levantó y cogió mi mano.

Me hizo tirarme boca abajo en la cama, a un lado, él se sentó en una banqueta que había la puso a mi lado, lo bueno era que la cama era alta y hueca por un lado, se puso de lo más cómodo, yo tenía la cabeza apoyada sobre mis manos.

— Relájate — me dio un golpe en la mano y se levantó, luego volvió con algo.

Era gel, la expandió por toda mi espalda, al igual que entre mis glúteos y entrada de la vagina.

Comenzó a masajear mi espalda, se puso de pie, apretaba, pero a la vez acariciaba, era una sensación extraña, pero sus manos eran especiales. Cuando llegó a mis glúteos, los acarició con fuerza, apretando y separándolo con sus manos, sabía que me miraba, le daba morbo, me había dado cuenta de eso.

— ¿Estás relajada? — preguntó con su voz excitada y afirmé con la cabeza.

Me abrió bien las piernas y comenzó a meter el gel en sus dedos en el interior de mi vagina, era brusco, le gustaba causarme reacción, cuando intentaba moverme él me frenaba con su otra mano.

Volvió a poner gel en abundancia en la entrada de mi ano, resoplé, aún me costaba asimilarlo, me imponía, pero sabía que le gustaba y mucho, así que me relajé y noté su dedo entrar con cuidado, pero sin pausas, ya iba más directo, luego lo sacó y noté que iba a meter dos.

— Romeo — dije temiendo.

— Relájate, pongo más gel — noté como sus dedos se ponían de nuevo con un buen pegote y cerré las piernas — Abre, relájate, confía en mí.

Estaba excitada, pero me daba nerviosismo, comenzó a meterlos mientras que aguantaba mi cuerpo.

— Ahhh — grité cuando entraron.

— ¿Puedes aguantarlo?

— No sé — dije soltando el aire.

Me aguantó la cintura y comenzó a moverlos por el interior. Yo no dejaba de moverme, aquello me causaba mucha impresión, pero él seguía, se hacía hueco, yo apretaba fuerte la almohada, comenzó a salir y a entrar, ya gritaba de dolor y placer, él no escatimaba en moverlos, le daba igual, sabía que estaba consiguiendo lo que quería, al final conseguí relajarme un poco, pero me estaba poniendo por las nubes. Noté que con su otra mano me puso el aparato del clítoris, luego me metió una bola grande por la vagina, sin sacar sus dedos de mi culo y le dio para que se moviera el delantero, fuera, contra mi clítoris en círculos y comencé a chillar mientras él movía sus dedos y yo llegaba al orgasmo.

Caí casi desfallecida, él sacó sus dedos y me quitó lo del clítoris, la bola la dejó dentro, fue al baño y volvió, me sacó un poco para afuera dejando mis piernas en el suelo y mi cuerpo sobre la cama, puso su miembro en mi ano, notaba el peso de la bola en la vagina, agarré bien la almohada y noté como me la iba metiendo, yo chillaba, él me agarraba con una mano el pelo, la otra sobre mi espalda y comenzó a moverse de forma sincronizada, gimiendo mientras escuchaba mis chillidos, hasta llegar a correrse, sabiendo que me había dejado sin fuerzas, salió y volvió al baño, de esa no me levantaba.

— Vamos a vestirnos, nos vamos a pasear por la ciudad.

— ¿Qué dices? Yo paso de moverme de aquí no tengo fuerzas... — metí mi cabeza debajo de la almohada.

— Entonces te tendré que hacer otro masaje — sus manos se fueron a mi espalda.

— ¡No! — me levanté de seguida — ¡Vámonos!

Soltó una risa mientras negaba con la cabeza, nos duchamos y nos fuimos a pasear por una calle llena de vida, de bares, de tiendas, nos metimos en el corazón de la isla, donde estaba todo el ambiente.

Nos pusimos a caminar a entrar en tiendas, paseando de la mano, por el hombro, como una pareja disfrutando de sus vacaciones, aquello me daba un buen rollo impresionante, él tan galán, yo tan caprichosa, éramos la pareja perfecta, evité reírme solo de pensarlo.

Paramos a cenar en un lugar típico de comida local, la verdad es que probamos un Keshi Yena, que era un exquisito queso fundido con trozos de pollo y especias del Caribe, lo acompañaban con arroz, verduras y cómo no, plátano frito.

Después de la cena, nos fuimos a tomar algo y de allí terminamos en una discoteca bailando a golpe de salsa... ¡Cómo bailaba! No me lo imaginaba ni de broma, tenía un ritmo impresionante y sabía llevar como nunca nadie me había llevado, estuvimos bailando dos horas, hasta que decidimos volver al hotel, nuestra cabaña nos esperaba y sobre todo, descansar era lo que necesitábamos.

Caímos rendidos tal y como llegamos, abrazados, pero sin casi ni hablar.

Capítulo 13



Esa mañana me levanté y ya estaba Romeo en la terraza con su portátil a la vez que tomaba un café.

— Buenos días, jefe — le di un beso.

— Buenos días, preciosa, siéntate — apartó el portátil.

Me sirvió un café y abrió la bandeja con todo el desayuno que habían traído.

— ¿Por qué no me despertaste?

— ¿Y por qué debía hacerlo? — arqueó la ceja.

— Paso de ti — le saqué la lengua mientras sonreía.

Desayunamos y luego nos pusimos a trabajar toda la mañana, tomando café, dándonos un baño tanto en el mar como en la piscina, hasta las dos de la tarde que cerramos los portátiles y nos fuimos a comer.

Las instalaciones del hotel ese día estaban preciosas, habían puesto unas macetas de flores blancas rodeando todo los pasillos, me gustaba la sensación que allí tenía.

— Estaba pensando en irme la semana que viene a Orlando un par de días, — dijo mientras comíamos — he pensado ya en hablar seriamente con Erika, no puedo seguir con esa vida, ya es hora de que cuando vengan los niños les contemos la verdad.

— Te entiendo... — Por dentro lo deseaba, quería verlo totalmente libre, no sabía si era para mí, pero deseaba verlo de aquella manera.

— Me iré el lunes por la tarde, después de trabajar, intentaré volver antes del jueves, el viernes como muy tarde, tengo que preparar demasiadas cosas.

— No te preocupes por el trabajo , yo me ocupare de todo como vine haciendo los últimos dos meses.

— Por eso me voy tranquilo — me acarició la mano por encima de la mesa.

Aquello me había dado un subidón increíble. Tras la comida, nos fuimos a Aruba, queríamos pasar la tarde allí, además teníamos que frenar esos calentones, no había manera de parar de tener sexo con ese hombre tan fogoso.

La misma rutina el miércoles y jueves, por la mañana nos quedábamos en la cabaña desayunando, trabajando y dándonos alguno que otro baño, al igual que entre medio satisfacíamos nuestros deseos, pero sin nada de juegos, sexo, de ese que era todo contacto de piel con piel, me encantaba en todos los ámbitos.

El viernes por la mañana Romeo estaba muy sonriente, habíamos pasado la mañana trabajando hasta las doce, luego cerramos todo hasta la vuelta y ahora solo disfrutar del fin de semana en Aruba. Nos metimos en el agua, era estar bañándose en el paraíso, esa transparencia era algo descomunal, Romeo estaba de lo más sonriente ese día, con aire misterioso, me tenía muy nerviosa.

A la hora de la comida, vino un chico del servicio y puso dos sillas más y cambió la mesa por una más grande.

— Es que he pedido mucha comida — dijo él a mi oído mientras colocaban aquello.

— ¿Y para qué traen dos sillas?

— Es que pedí tanta comida que me daba vergüenza decir que era para nosotros solos y dije que otros huéspedes comerían con nosotros — volvió a decir flojo en mi oído.

— Pues lo veo una gilipollez — volteé los ojos.

— Yujuuu — escuché desde la terraza de la cabaña de al lado.

Me giré y...

— ¡¡¡Joder!!! ¿¿¿Qué haces aquí??? — grité al ver a Brenda y me apoyé en la barandilla al igual que estaba ella.

— Me invitó a pasar el fin de semana un bombón de hombre, ahí está colocando las cosas, me cogí la mañana de hoy libre — se mordió el labio y...

— ¡Coño! — exclamé al ver a Henry aparecer tras ella sonriendo.

— Mi bombón — dijo señalando hacia atrás y riendo.

Miré a Romeo y levantó los hombros.

— Así que mucha comida y las sillas para disimular...

— No hablo sin presencia de mi abogado — soltó una risita.

— Vamos para allá — dijo Brenda tirándose al mar para subir por las escaleras mías.

Podía haber entrado por la puerta de atrás, que estaba en suelo firme junto a su entrada principal, pero el mar invitaba a bañarse y eso hicieron antes de subir a comer.

— Él no le dijo nada de lo de la broma que tú le hiciste, se hace el sueco, te lo digo como dato — me hizo un guiño.

— Qué bien me lo voy a pasar — me froté las manos riendo.

Estaba feliz de tenerlos allí, me hizo gracia verlos juntos, no me lo esperaba, pero Romeo seguro que lo ayudó a preparar todo esto.

— Esto es vida — me dio un abrazo Brenda.

— Hola, preciosa — me agarró por la cintura Henry y me dio un beso cariñoso en la mejilla.

Nos trajeron la comida mientras tomábamos el vino. Un delicioso arroz con marisco y una langosta para cada uno.

— Esto es vida — dijo Brenda — Eres una asquerosa, llevas aquí casi cuatro días — me miró con asco bromeando.

— Te jodes — reí.

— Me pierdo todas, me perdí los días aquí, la orgía del fin de semana, más desgraciada y no nazco.

Miré a Romeo y a Henry, que aguantaban la risa.

— Me hubieras llamado esta semana y te hubiera hecho un intento de recordatorio — dijo Henry arqueando la ceja y poniendo cara de circunstancias. Nos echamos todos a reír.

— Haberme llamado tú — contestó Brenda sin dejar de comer la langosta, con chulería.

— También es verdad, no caí — hizo un gesto de despistado, yo no podía dejar de reír, tenía un humor irónico Henry que era buenísimo.

— Pues nada, tienes tres días para recordármelo — sonrió con ironía.

— Lo intentaré — ladeó la cara levantando la ceja y carraspeó.

Brenda negaba mientras volteaba los ojos, yo no paraba de reír, veía que iba a tener por delante un bonito fin de semana, sobre todo de risas.

Las copas de vino eran un visto y no visto, las botellas volaban, no parábamos de charlar, bromear y relajarnos en ese lugar que era digno de admirar. Nos metimos en la piscina los cuatro, con las copas sobre el borde, como no, esas eran inseparables nuestras.

— Esto es vida — volvió a decir Brenda quitándose la parte de arriba del bikini, siempre lo hacía, ese día no iba a ser menos, yo también lo hice.

— Creo que me voy a tener que ir a dormir — dijo Henry bromeando, al vernos a las dos así.

— Qué cobarde eres — negó con la cabeza.

— Las mujeres me dais miedo — levantó las manos.

Los chicos estaban dentro de la piscina, a la mitad, mirando hacia nosotras, sonriendo, la música de Romeo se escuchaba desde el móvil de Romeo para mayor ironía, sonaba, en ese momento, la canción de Inocente me encantaba, estaba en un momento perfecto, ahí, con ellos, con esas vistas...

— Entonces que yo me enteré. ¿Vamos a repetir la orgía? — dijo Brenda y yo escupí todo el vino en la piscina.

— Por mí no hay problema — dijo Henry.

— Yo, lo que diga ella — me tiró la pelota Romeo aguantando la risa.

— Pues yo, no tengo el cuerpo hoy muy para allá la verdad — hice una mueca sin que ella me viera.

— Uy tuvo que ir muy mal la cosa para que no le pongáis muchas ganas — dijo Brenda en tono irónico.

— Estos, yo ahora mismo — dijo Henry.

— Estos dice — negó con la cabeza.

— Nosotros estamos relajados, ya llevamos varios días aquí — dije con cara de agotada.

— No, ahora vamos a hacerlo todos, porque lo digo yo — se puso las manos en la cintura.

— Uy, que calentita te veo — reí.

— No tanto como tú, que vas inventando orgías — me hizo un guiño.

— ¿Y eso? — pregunté muerta de risa.

— Qué me he reído de todos vosotros, no vosotros de mí, que no soy tonta, que recordé todo, hasta como me acompañasteis hasta la puerta, que te seguí el rollo a ti y a todos— puso los dedos en forma de victoria y nos echamos a reír todos.

— Cobardes, las cabezas agachadas cuando ahora le habéis visto las orejas al lobo.

— Habló Miss puterío — dije en broma.

— Anda, no me hagas hablar amiga, que me tienes contenta — alargó la mano con la copa para que se la llenara de nuevo.

— Yo no quiero saber nada — me levanté, me quité la parte de abajo del bikini y me tiré al mar — Libertadddd — grité mientras me tiraba.

No tardé en ver saltar a mi amiga, también desnuda, luego a los chicos, los dos a la vez, cualquiera que nos viera pensaría que estábamos locos.

Henry había saltado con la botella y comenzamos a pasarla y beber de ella, lo nuestro era llevar la botella a cuesta.

Luego subimos cada uno a sus cabañas a ducharnos e irnos a salir por la isla. Mi amiga apareció muy sonriente, ya sabía yo que había pasado algo entre ellos en ese momento ducha.

— Olvídate de Henry. — dijo en mi oído — Ya es mío, para ti tu Romeo. No veas como folla — dijo riendo en voz floja.

— Ya — puse los ojos en blanco recordando el momento trío.

— Me deberías prestar a los dos un rato para estar en paz.

— No te lo crees ni tú — iba agarrada de su brazo y los chicos delante.

— ¡Mala amiga! — exclamó en mi oído.

— Lo que quieras, pero a ese no lo tocas o te mato — dije señalando a Romeo.

— Bueno, no me puedo quejar con Henry, a ese lo voy a tener desnudo hasta el domingo — dijo

mirándolo mientras andaba con Romeo.

Nos sentamos en una terraza a comer fritura de pescado de la zona con una ensalada, sin olvidar el vino, por favor, ese no nos podía faltar.

A Henry y a Brenda se les veía muy cómplices, me encantaban como pareja, ojalá llegaran a algo, como la esperanza que yo tenía con Romeo.

Estuvimos de discoteca, bailamos, nos reímos, nos emborrachamos y llegamos a la cabaña como una cuba, eran las cuatro de la mañana, íbamos descalzas y cantando la canción de Gente de Zona, la de la Gozadera, además de que intentábamos ir moviendo la cabeza rotándola como el videoclip. En el hotel nos miraron los trabajadores riendo, en el fondo estaban acostumbrado a ver llegar a los clientes así.

Cuando entramos a la cabaña a los poco minutos, escuchamos unos estruendos en el mar, salimos y allí estaba Brenda, mientras Henry la miraba con la mano en la boca.

— ¿Pero qué haces en el agua alma de cántaro? — pregunté sentándome a fumar un cigarro en las escaleras.

— No me dio tiempo a frenarla — dijo Henry riéndose.

— Ni la ropa se quitó — intervino Romeo mientras negaba con la cabeza.

— Vamos, sal ya, Brenda — dije cuando acabé el cigarro.

— No quiero — sonrió y siguió flotando ahí tan pancha.

Me quité la ropa, el sujetador y me tiré en bragas.

— Esa es mi amiga — dijo chocando la mano.

— La verdad es que se está de vicio aquí.

— ¿A que sí?

— Jennifer, te espero dentro, tomate el tiempo que necesites — dijo Romeo, se le veía que le daba vueltas todo.

Henry se metió en el agua con nosotras.

— Al final me habéis dado envidia — sonrió.

— Oye Henry, yo quiero aprender uno de esos jueguitos que me contó un pajarito que sabes hacer — soltó Brenda causando una risa en mí y ganas de matarla.

— ¿Seguro que te contaron eso de mí? — arqueó la ceja.

— Segurísima. ¿Verdad Jenny que nos enteramos?

— Totalmente cierto — reí negando.— Por cierto, me voy, os dejo en vuestra intimidad, tienes mucho que aprender — le di un beso en la frente mientras reía y me fui hacia la cabaña.

Romeo ya dormía, estaba con una borrachera increíble, sonreí y me tiré al lado, yo también necesitaba dormir.

Capítulo 14



El ruido me despertó, ya estaban los tres desayunado en la terraza, salí con la camiseta de tirantes y las bragas, confianza había bastante, hasta Brenda estaba así.

— ¿Te has enterado de que esta tarde es la fiesta aquí en Aruba de Jacob? — preguntó Henry a Romeo.

— ¿Sí?

— Sí, puso un mensaje en el grupo, yo contesté que estábamos aquí, que te lo comentaría y a nuestras acompañantes por si querían ir.

— No sé yo si será buena idea — La cara de Romeo con esa media sonrisa me escamó y mucho.

— ¿Qué pasa con la fiesta? — Brenda no se iba a quedar con la duda.

— Es erótica... — dijo sin pensarlo Henry.

— ¿Cómo de erótica? — pregunté yo alucinando.

— Pues erótica — intervino Romeo. — El anfitrión, que es Jacob, invita a gente, van quienes quieran, solteros, casados, todo el que quiera.

— ¿Pero por qué erótica? — preguntó Brenda.

— A ver, es una fiesta normal, pero el anfitrión puede tocar, someter, penetrar u ordenar algo a cualquiera de las mujeres que haya allí, toda la que elija debe entregarse al momento a sus peticiones.

— Me quedo muerta. ¿Esas cosas existen?

— Claro — dijo Henry riendo.

— Pero una cosa, al menos estará bueno, pues como lo pintas, lo que faltaba es comerse a un viejo

feo — dijo Brenda alucinada.

— Jacob es un tipo seductor, guapo, muy cuidado, sensual, suele gustar a las mujeres.

— Entonces que me quede claro ¿Solo folla el tal Jacob? — pregunté.

— No, si tú vas con Romeo, podéis tener sexo, normalmente la gente se va a una camas que tiene de esas de jardín, separadas por paneles, pero abierta al frente, tienes intimidad, pero si alguien pasa te ve.

— Bueno, también te encuentras a alguno follando contra la barra — dijo Romeo recordando algo que afirmaba con la cabeza riendo Henry.

— Yo quiero ir — dijo Brenda convencida ante mi asombro.

— Pues vamos — dijo Henry riendo y luego nos miró.

— Ella decide — dijo Romeo señalándome.

— Pues sí hay que ir se va, que sea lo que Dios quiera — me persigné.

— Eso sí, las mujeres pueden ir vestidas como quieran, pero sin ropa interior, ni pantalones — dijo Henry y Romeo asintió.

— Pues yo me pongo mi traje negro pegado, me ajusta el pecho y sin bragas mejor, así no se me marcan — dijo Brenda riendo.

— Yo me pondré una falda corta que tengo de saco, queda suelta y muy mona, con una camiseta de tirantes fino que tiene un falso agarre como sujetador, veremos que nos encontramos allí — puse los ojos en blanco mientras me echaba otro café.

— Pues a mí que me hagan todo lo que quiera, yo voy a vivir esa experiencia — dijo con descaro.

— Es un poco brusco — advirtió Romeo.

— ¿Cómo de brusco? — pregunté dudosa.

— No tiene el miramiento que podemos tener Henry o yo, es más conciso, va directo a lo que quiere y aunque sabe cómo hacerlo, no se detiene a ir lentamente.

— Ay Dios, que me van a partir en dos — hizo ese comentario Brenda y yo me partí de la risa.

Pasamos la mañana relajadas, allí en la piscina, en el mar, comiendo también en la terraza, luego nos echamos un rato y nos preparamos para irnos.

No me había puesto una mano encima ese día, quería que fuera sin haber tenido relaciones, yo me puse nerviosa cuando el taxi nos dejó en la puerta de esa mansión en ese lugar tan mágico como era Aruba.

Había poca gente, algunas parejas y algunos grupos de amigos.

Jacob se presentó, era todo un conquistador, solo con su sonrisa y gestos ya se le veía venir, guapísimo, muy cuidado como habían dicho, con un cuerpo impresionante y un tono de piel dorado que saltaba a la vista.

— Estas preciosidades no las esperaba — dijo dándonos dos besos muy cariñoso, agarrándonos por la cintura.

Nos hizo pasar hacia dentro y rápidamente nos sirvieron unas copas, nos pusimos en un lado, sobre una mesa alta, allí nos pusimos a charlar y desde allí vi los primeros toqueteos de gente que estaban tomando en el jardín, algunos ya fueron a esas famosas camas.

Tomamos unos chupitos, unas copas, estábamos muertos de risa haciendo comentarios sobre lo que pasaba allí, yo estaba ya achispada como mi amiga, relajada, la cosa no había tenido ningún sobresalto hasta que más tarde, cuando Henry y Brenda se fueron a sentar a una de esas camas, Jacob se acercó a Romeo y a mí.

— ¿Me acompañáis dentro? — dijo señalando con su mano.

— Claro — sonrió Romeo y yo solté el aire, algo me decía que me había tocado.

Nos pasó a una habitación que parecía de un médico, una camilla de esas de urgencias donde te hacen la primera evaluación.

— Puedes desnudarte y acostarte allí con las piernas arqueadas — dijo mientras se lavaba las manos y Romeo se sentaba en una encimera frente a mí, pero a un lado más lejano. Se sirvió una copa, allí había una botella, hielo y refresco — La tenía pendiente, pero me lie y lie — dijo refiriéndose a mí — Ábrete más — dijo acercándose a mí — Cierra los ojos en todo momento, si quieres te pongo algo sobre ellos.

— Como quieras — dije con un poco de rubor.

— Venga, estarás más relajada — abrió un mueble, saco uno de una bolsa y me lo puso.

— ¿Estás preparada? — preguntó tocándome la pierna.

— Sí — dije flojito, intentando relajarme.

— Vale, relájate, iremos poco a poco — dijo dándome unos golpes en la pierna a modo cariñoso.

Metió sus dedos en mi vagina, juraría que tres del tirón, me apretaba en el bajo vientre, sus dedos eran brusco, intentaban llegar bien hondos, notaba como apretaba e intentaba echar mi interior hacia afuera.

— Relájate, no te haré nada que te pueda hacer daño, lo tengo todo controlado, pero no despegues el culo de la camilla, sino sí que te puedo lastimar.

— Vale— dije casi sin respiración.

— Esta bien de hueco, pásame lo que hay dentro de la primera bolsa — dijo a Romeo, que escuché como la abría y se la daba. Había sacado sus dedos, con los mismos que ahora me abrió la entrada — Esto te va a resultar incómodo hasta que lo coloqué, pero será medio minuto, me tienes que ayudar abriendo bien y relajando para que lo encaje.

— Vale — mis manos las puse a cada lado de la camilla y me agarré a ella.

— No, te tienes que relajar, no aprietes, te estás adelantando a lo que te voy a hacer.

Intenté ponerme relajada, me ponía nerviosa no ver, no saber qué iba a entrar en mí.

Sus dedos me volvieron a abrir y colocó algo que tenía como rugosidad, lo empezó a meter mientras apretaba mi muslo con mucha fuerza, en advertencia a que no me moviera, yo creía que eso no iba a entrar, era muy grande, demasiado volumen.

— Ya casi está. Coge aire.

Lo cogí y aproveché para colocarlo dentro, con su dedos notaba que lo colocaba bien, era como una bola de silicona, quedó colgando algo fino.

— Muy bien, ya dentro, luego la activo — dijo sin yo entender nada, pero imaginando que aquello podía hacer algo.

— Ahora tengo que colocar lo mismo atrás, necesito que te relajes más. ¿Serás capaz o quieres que Romeo te bloquee?

— No lo sé — dije riendo con debilidad.

— Romeo ven, agarra sus lados de la cadera desde ese lado, déjala fija.

— Ahora mismo — dijo acercándose y poniendo sus manos en mí.

— Chilla lo que quieras, pero intenta no moverte— advirtió Jacob.

Noté eso en la entrada de mi culo, con mucho gel, comenzó a meterlo y aquello pensaba que me partiría en dos, grité como loca, Romeo no me dejaba moverme, Jacob con su cuerpo sujetaba mis

piernas y con sus dedos lo metía hasta el interior y luego lo colocaba con su dedo, resoplé cuando lo sacó.

Escuché a Romeo volver a su sitio, Henry estaba cogiendo algo.

— Siéntate en el borde — dijo dándome la mano y ayudando a sentarme, me quitó el antifaz —
¿Bien?

— Bueno, presionada, pero ahora bien — sonreí.

Sus manos se pusieron en mis pezones y comenzó a tirarle pellizcos.

— Auchhh — grité de dolor y me eché hacia adelante.

— Relájate, el dolor es el que causa mayor placer — seguía apretando con ganas, yo pensaba que me los iba a romper.

Romeo miraba todos los movimientos, sin dejar de perder de vista ninguno.

El dolor era insoportable, chillaba, pero de nada valía, él seguía ahí dándole pellizcos con pretensión de causar dolor.

Me abrió las piernas y metió uno de sus dedos en mi vagina, eso se activó y comenzó a moverse y a vibrar.

— Échate para atrás, sube las piernas — su dedo fue a mi ano.

— Ahhh — volví a chillar al notarlo dentro y aquello también se activó y yo me iba a volver loca.

Cogió una especie de aparato y lo puso en mi clítoris, lo comenzó a mover apretando fuertemente, yo me quejaba, pero a la vez me excitaba, aquello era una bomba. Terminé gimiendo como loca, hasta que acabé corriéndome y me dio una palmada muy fuerte en la cadera.

— Muy bien, muy bien, esta chica es un tesoro — dijo metiendo sus dedos en la vagina y sacando eso.

Luego me quitó el del culo, ya más que doloroso era incómodo.

— Siéntate y tú Romeo, siéntate detrás de ella y ábrele las piernas bien, la pones en el filo.

— Claro.

Me senté y él se puso detrás, me abrió las piernas y Jacob se quitó el pantalón, los calzoncillos y se puso un preservativo, me penetró por delante un rato y luego me ordenó ponerme a cuatro patas agarrada a Romeo para penetrarme por detrás.

Chillé como loca, era muy duro, daba fuerte a la vez que daba grandes cachetes en el culo que causaban dolor.

Cuando terminé pensé que todo había acabado, pero no, me hizo así de espalda sentarme encima del miembro de Romeo y comenzar a hacerlo, además de tocarme para Jacob, que estaba en frente mirando y tocando mi pecho.

Volví a correrme al igual que Romeo, que mordió mi cuello con deseos cuando llegó al orgasmo.

No podía más, me sentía totalmente agotada y temblando, me dijo que me vistiera y puso una mano en mi pecho, lo apretó y me dijo que más tarde me veía.

Salimos de allí y fue a por Henry y Brenda, ese tío quería probar todo lo nuevo hoy.

— Otra vez no entro — dije mientras bebía de la copa.

— ¿Hasta aquí llegó tu límite? — preguntó desafiante Romeo.

— Me duele todo — puse los ojos en blanco — Pero aguantaré como una campeona — saqué la lengua — Me quema todo por dentro.

— Ven — jaló de mi mano y me llevó a dentro de una de las barras.

— Tiene resquemor — dijo al chico ante mi asombro, no entendía nada.

— Sígueme — me llevó detrás del panel, había otra barra, Romeo se esperó fuera y yo me quedé sin entender nada.

— Separa las piernas y déjate caer ahí.

La de Dios y ahora que pasaba, eso no lo esperaba.

Me metió una pequeña cápsula de gel por delante y luego por detrás, noté un alivio increíble.

— ¿Mejor?

— Sí, gracias.

— Si en diez minutos te sientes molesta, vienes que te pongo otra.

— Vale.

Joder aquello parecía hasta la consulta del médico, un rato después salió mi amiga riendo, esa se lo había pasado bomba, estaba borracha como una cuba.

— Yo quiero fiestas de estas todos los días — dijo riendo.

— Calla que me duele todo.

— Exagerada — cogió mi copa y dio un trago.

Dos horas después ya estábamos decididos a irnos cuando apareció Jacob y me llevó a una de esas camas, solo a mí, allí en el exterior, ante la vista de los que pudieran pasar.

— ¿Mejor? — me preguntó.

— Bueno, algo mejor —reí.

— Ya te queda poco, veo que os vais — levantó mi falda y me hizo sentarme frente a él, que tenía las piernas fuera de la hamaca.

Puso mis piernas abiertas sobre las suyas y me tiró hacia atrás.

Comenzó a tocar mi clítoris suavemente y a meter sus dedos por atrás, iba buscando que me corriera de aquella forma y lo consiguió, a base de mucha fuerza y presión, llegué enseguida a ese brutal orgasmo, luego me sentó frente a él, me penetró y compenetró los movimientos, me iba levantando y me mordía los pezones con fuerza, cuando acabamos sonrió.

— Gracias por la visita.

— De nada — sonreí y nos despedimos.

Salimos de allí y nos llevó un taxi, Brenda iba emocionada, yo iba que no me podía mover, llegué a la habitación y caí redonda.

Por la mañana me dolía todo el cuerpo, literalmente, los volví a escuchar a los tres desayunando fuera. ¿Como lo hacían?

— Ni me habléis — dije sentándome — Ni los buenos días os doy, me quiero morir.

— Mírala, parece que le dieron una paliza en vez de un buen meneo — dijo Brenda causando la risa en todos.

— Me duele hasta el estar sentada. — puse los ojos en blanco — ¿A qué hora se termina lo bueno?

— Pues en dos horas tenemos que salir de aquí — dijo Romeo.

— Qué asco que lo bueno se acabe tan pronto — dijo Brenda poniendo cara de tristeza.

— Venga, tendremos tiempo para hacer otra escapada — reí.

— Pero como la tuya, que tú llevas prácticamente toda la semana — volteó los ojos.

— Vale, como la mía — le contesté como una niña pequeña.

A Henry y a Brenda se les veía muy compenetrados, sonrientes, eso me encantaba, me gustaba verlos así.

El vuelo lo pasamos muertos de risa, la que lio Brenda a la azafata por no haber jugo de manzana, para matarla, no sabíamos dónde meternos.

Nos montamos en el coche de Henry al llegar a Miami, nos llevó a cada uno a su casa, Romeo me dijo que nos veríamos el lunes en la oficina y luego él partiría para Orlando.

Ese día lo pasé en casa comiéndome la cabeza, en el fondo me daba miedo ese viaje de él para hablar con la mujer, no sabía por qué, pero una mala espina me daba, pensaba que podría pasar algo que empeorara las cosas, así que me tiré en el sofá, me puse a leer e intenté no pensar.

Capítulo 15



Fifi estaba sonriente, le di un beso.

— ¿Qué tal en Aruba?

— Bien, trabajamos mucho, tuvimos reuniones — mentí — y aprovechamos los ratos libres para disfrutar de lo que la isla nos brindaba.

— Tengo que decirte algo... — su voz era preocupada.

— Cuéntame.

— La novia de Romeo se coló esta mañana a primera hora aquí...

— ¿Qué dices?

— Sí, lo peor de todo es que montó un circo.

— ¿Qué pasó? — Mierda era Romeo el que tenía que ir.

— Pues llegó Romeo y detrás ella, él estaba hablándome de trabajo y salió ella del ascensor hecha una energúmena.

— ¿Pero que le recriminaba?

— Vino el viernes por la tarde por lo visto a darle una sorpresa, no estaba en casa, el fin de semana él tuvo el teléfono apagado, ella no tenía llaves, se quedó en un hotel, el sábado y domingo por la mañana fue a su casa y tampoco lo encontró, así que espero a hoy cogerlo aquí, le dijo de todo menos bonito.

— ¿Él que decía?

— La sacó de aquí, se la llevo, no decía nada, solo la invitaba a irse, pero ella estaba hecha una fiera, le dijo algo que me impactó.

— ¿Qué le dijo?

— Qué a falta de un mes para la boda no podía desaparecer de esa manera y dejarla con los preparativos así.

— Espera, — pensé que me desmayaba — ¿en serio dijo eso?

— Sí.

— Hijo de puta, mentiroso, cabrón, mal nacido — me fui a la oficina diciendo de todo por la boca.

La mañana la pasé echando fuego, para colmo no dejaba de tomar café, me daba asco todo aquello vivido con él, por segunda vez me engañó con sus palabras, con sus mentiras, este nada más quería sexo fuerte, ese que seguro que la pija esa no era capaz de darle, yo me iba a cagar en su puñetera madre, aunque no tuviera culpa, pero cuando cogiera a Romeo, le iba a faltar vida para correr.

Salí de la oficina esa mañana y me fui a por mi perra, comí con mis padres, pasaba hasta de ir al gimnasio, me pasé toda la tarde paseando con Lulú, me tiré un *selfie* con ella en la playa y yo salía sacando el dedo.

La subí al Instagram y puse una frase.

“Lulú y yo queremos que te montes aquí y pedalees”.

Venga, que se la chupara, no merecía otra cosa.

El martes ni señales de vida por la oficina, yo me limité a hacer mi trabajo, esta vez no lloré, estaba mal, obvio, pero más allá de llorar, no me lo iba a permitir a mí misma, aunque la herida estuviera muy abierta. Para colmo estaba con el periodo, las hormonas más a flor de piel y sensibles.

La semana pasó lenta, parecía que la tierra se lo hubiera tragado, yo le había contado todo a Brenda, que seguía viéndose con Henry, pero éste por lo visto no soltaba prenda acerca de su amigo, ni yo quería que me dijeran nada, en este punto no me creía ni a mí, menos a ellos.

El viernes salí de las oficinas y me fui a casa, ese fin de semana quedé en verme con Jakelin, una amiga con la que a veces salíamos, Brenda se iba a pasar el fin de semana con Henry a un Cayo.

No le conté nada a ella, cenamos, nos reímos, hablamos de nuestras vidas, pero no le nombré a Romeo para nada, ni ganas de hacerlo.

Después de la cena, nos fuimos a un club al que ella siempre solía ir, allí me presentó a unos amigos, entre ellos estaba Paul, un joven exitoso del mundo de la música, socio de una productora

muy reconocida en Latinoamérica, de esos que brillan con luz propia, que tienen un sentido del humor arrollador, me reí mucho con él esa noche buscando la lengua a Jakelin.

— Así que trabajas con el señor Patrick... — dijo con Paul ese aire seductor que últimamente veía en muchos hombres.

— Ya no, se jubiló, le dio paso a su hijo Romeo — dije con casi cara de asco al recordarlo.

— Lo conozco, — sonrió — tremendo tío, es de mi círculo de Orlando, quedo con él cuando voy por allí, muy buen chaval, un poco bala perdida con las mujeres, de ahí que no quiera que lo conozcan en el panorama televisivo.

— ¿Es un mujeriego? — pregunté riendo, en el fondo tenía ganas de partir algo.

— No pone en orden su cabeza, tiene a su novia de toda la vida, Erika, bueno de ella solo puedo decir que es la típica tonta rubia sin neuronas, pero que lo tiene en la palma de su mano, cogido por los huevos, pero que eso no implica que él se las ingenie para perderse en otras faldas. Precisamente ayer nos llegó a varios amigos una invitación por su parte en un club aquí en South Beach para mañana por la noche, quiere anunciar algo.

— Lo mismo hasta se casa con ella — dije sonriendo falsamente, quería matar a Romeo.

— Pensamos que ella le dio un ultimátum y que van a anunciar su enlace.

— Seguro que lo pasáis genial — volví a sonreír con ironía.

— Bueno, van todos en pareja menos yo, así que estoy dudando si ir a no ser que me salga una acompañante de aquí a mañana.

— ¡Aquí me tienes! No sabes lo que me gusta un cotilleo de esos y ver algo así de mi jefe, tiene hasta que producir excitación — sonreí rezando para que me dijera que fuera con él.

— ¿Te vendrías en serio? Yo encantado...

— Y yo, y yo — sonreí con maldad.

Si Romeo iba a anunciar su boda, lo iba a hacer mirándome a los ojos, o evitando mirarlos, pero notando mi presencia, si tenía un poco de dignidad, esa noche se le iba a caer la cara de vergüenza, me juré a mí misma que no me iba a poner una mano encima.

¿Qué hice? Pues tontear con él, llevarlo a mi terreno, a él se le veía que yo le gustaba y mucho, no hubo más que un fuerte tonto y unos besos como quinceañeros, muy de risas, de esos que te calientan, pero sabes que hasta ahí llegaría ese día.

Me acompañó a casa y ahí me beso con ganas, en la puerta, pero nos despedimos quedando que

me recogería al día siguiente para ir a la fiesta organizada por Orlando.

Pues imaginad esa noche en la cama, me quedé con las ganas de mandarle un mensaje poniéndolo de bonito para arriba, de decirle todo esos calificativos que me salían por la boca.

Lloré a pesar de haberme jurado a mí misma que no lo iba a hacer, lloré con todas mis ganas, con todas mis fuerzas, con todo el dolor de mi corazón.

Capítulo 16



Y me desperté de igual manera, con el corazón en mil pedazos.

Me pasé la mañana tirada en el sofá, luego bajé a comprar un delicioso sándwich que hacían en la cafetería de abajo, eso comí, me tumbé otro rato en el sofá hasta la hora en la que me preparé con un traje corto ceñido a mis caderas y suelto por delante con toda la espalda al descubierto.

Me dejé el pelo suelto, me sentaba genial con ese vestido celeste de brillo, las sandalias plateadas, estaba perfecta para ver como ese tipo pedía matrimonio a esa mujer, como ese canalla se iba a acordar de ese momento en toda su vida.

Paul me recogió, estaba guapísimo, una camisa hasta los codos en color rosa, abierta hasta el pecho en tono informal, con un pantalón corto de vestir blanco y unas zapatillas de lino en beige, con la suela de esparto, era una pasada.

Si me hubiera conocido en otra...

Me saludó dándome un efusivo beso, me montó en su flamante Ferrari y tonteó conmigo todo el camino.

Llegamos a la fiesta, me llevaba de la mano, eso era lo mejor y yo ponía sonrisa de tonta enamorada.

— Romeo — dijo Paul sonriente sin soltarme.

La cara de Romeo al vernos de la mano, yo sonriendo y pegada a su hombro como una loca enamorada, aquello era para haberlo grabado en vídeo.

— Hola — dijo intentando reaccionar y se dieron un abrazo.

— Ella es Jenny, bueno, la conoces, es tu empleada, mi nueva chica, pero algo me dice que la última ya — dijo guiñándole un ojo.

— Sí, es compañera mía — me miraba fijamente mientras le hablaba — Cuidala, no hay dos como

ella. Bienvenidos, pasad a tomar algo. Luego nos vemos.

— A éste le pasa algo, vaya cara, seguro que le montó un pollo su prometida — sonrió.

— Seguro — reí con ironía.

Aparecieron Henry y Brenda, les presenté como mi nuevo chico a ella, ellos se veían que se conocían y mucho, se quedaron a cuadros, Brenda me quiso separar para decirme algo, pero en ese momento pidieron nuestra atención y Romeo se plantó con un micrófono en una especie de altar.

— Sois pocos, hoy no quería más que a mis amigos de años, nada de adornar una fiesta llena de gente que no sabe realmente lo que pasa con tu vida. Gracias a todos por venir, he tenido que modificar un poco el discurso, sin alterar la realidad, pero cambiando algunas cosas que no esperaba de último momento. Hoy quería reuniros para sentir ya la paz del mañana y arrancar con una nueva vida, no tenerme que esconder de nada ante los ojos de nadie. Esta semana después de una batalla de abogados, ya conocéis el carácter de Erika la mayoría, pues hemos pactado y firmado nuestra separación definitiva. — me iba a desmayar, comencé a intentar reprimir las lágrimas — Sabéis que se empecinó en una boda que yo jamás me pronuncié, pero ella daba por hecho, nuestra separación no ha tenido que ser matrimonial, pues nunca se produjo el matrimonio, pero tenemos dos niños, aunque no tradicional, pero éramos una familia, así que hubo que llegar a un buen acuerdo para que cada uno pudiera tomar su rumbo — Brenda me miraba, sabía lo que me estaba pasando — y yo por fin hacer mi nueva vida en Miami y ella en Orlando quedándose la casa familiar, quería que supierais que ya no estábamos ligados el uno al otro, que todo se había acabado. Hoy no invité a una persona que quería que estuviera pues pensé que primero os debía de contar a ustedes, ser libre ante los ojos de todos los que me conocen y luego hacer algo que realmente mi corazón llevaba varias semanas pidiéndome, pero la vida se empecinó en complicarme todo y parece ser que no podré hacer la segunda parte — dijo con tristeza y los demás soltaron un ohhh sincronizado, yo me quería morir, solo eso — Qué gracias por estar aquí y que ya estáis informados del rumbo que tomará mi vida a partir de ahora, sin olvidar y tener presente a mis dos tesoros que están en Londres y que ya están al tanto de todo y por lo cual ya puedo retomar las riendas de mi vida con total libertad.

Salí corriendo al baño, Brenda me siguió.

— Solo tenías que esperar un día, te tenía una sorpresa muy fuerte — dijo reprochando lo que había hecho — No creo ni que estés con él, seguro que lo hiciste para hacerle daño, pensabas que esto era otro tipo de anuncio. ¿Verdad?

— Sí — me soné los mocos, no dejaba de llorar.

— Eres una tonta, cabezona, con unos impulsos muy fuertes, a pesar de ese corazón blanducho que tienes — me abrazó para consolarme.

Salimos y vi a Henry solo.

— ¿Y Paul? — pregunté

— Le he preguntado si de verdad tenéis algo serio, me respondió que no, le dije que si quería más a Romeo que a ti, le hiciera el regalo de desaparecer esta noche, que no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo y me dijo que me respetaba y que sabía que algo fuerte debía pasar para que yo le dijera eso, me dio un abrazo, me pidió que te llevara a tu casa y se fue.

— Gracias — volví a llorar, en el fondo era un alivio quitármelo de en medio.

— Yo me voy, yo ya no pinto nada.

— No te vas — me sobresaltó la voz de Romeo a mi espalda y me giré, lo miré llorando. — No llores, — su tono era seco y lleno de dolor — pero no te vayas, sí viniste te quedas, en mi vida nunca sobra y no eres menos importante que todos los que están aquí — me apartó un poco de mis amigos y me dio una copa de uno de los camareros que pasaban.

— Gracias.

— Ahora mismo podría odiarte, pero ese sentimiento es demasiado feo como para tenerlo dentro de mí...

— Te entiendo... — Su mano me advirtió que me callara.

— No te voy a odiar, encima te estoy agradecido, gracias a ti tomé la decisión y di el paso de hacer algo que debí de haberlo hecho hace mucho tiempo, pero no tenía la razón suficiente para que me empujara a hacerlo, gracias a ti conseguí liberarme, gracias a ti, ahora puedo empezar una nueva vida. Sé que no estás con él, que no pasó de cuatro besos y tu capricho de venir al enterarte de que yo iba a anunciar algo, pero me duele en el alma que hayas pensado mal de mí, que hayas preparado una acción tan repugnante para hacerme daño, yo hubiera evitado cualquier cosa con tal de no hacerte daño.

— No me merezco ni que me hables.

— No, no soy así, claro que te hablaré y estaré para lo que necesites, conmigo siempre podrás contar, eres mi compañera y has sido y todavía eres una persona muy importante para mí, me destroza que ya no podré mirarte con los ojos de futuro con lo que te había imaginado a mi lado, — ahora sí que comencé a llorar como una loca — que no tenga la fuerza para empezar algo que tenía preparado, pero no soy mala persona, fui un mujeriego porque no encontraba la mujer adecuada, pero cuando amo, amo de verdad, no hago mal a nadie, mucho menos te lo iba a hacer a ti, no soy malo como para apartarte del todo de mi vida, aunque se me pasara por la cabeza, pero sería hacer algo por un calentón, pero como te digo, no le haría daño a nadie.

— Necesito irme...

— Si tienes dignidad, cosa que no lo dudo, te quedarás aquí como una campeona, finge que te

alegras por fin verme libre y no montemos un numerito, que la gente sabe que si te vas es porque pasó algo.

No sabía ni cuánto tiempo había pasado, yo solo escuchaba a Brenda.

— Ya, cariño, te has desmayado, no te asustes...

Estaba tirada en una hamaca, todos los ojos puestos en mí y mi mano la sujetaba Romeo, con cara de preocupación.

Me incorporé y sentí una vergüenza enorme.

— No te has roto la cabeza porque Romeo te agarró en el momento justo.

— Gracias — dije mirándolo.

Me trajeron un jugo que mandó hacer Brenda.

— Tómate esto, te hará bien.

Vamos, estaba claro que me lo bebía, necesitaba recobrar fuerzas, todo esto había sido de la tensión del shock de todo.

Romeo se quedó en todo momento a mi lado, se fueron marchando todos y él le dijo a Brenda y Henry que se encargaba de mí.

Nos montamos en un taxi y dio la dirección de mi casa.

— Hoy no duermes sola, no me arriesgo a que tengas otra caída.

— Puede dejarme en casa de mis padres — dije con tristeza.

— No son horas — cortó la conversación.

Llegamos a su casa y me dio una camiseta blanca interior de las suyas, me la puse, estaba muy de bajón, triste, no dejaba de llorar, nos metimos en la cama y me abrazó contra su pecho.

— Duerme — besó mi cabeza y me abrazó.

Me costó dormir, me sentía una gilipollas, una desagradecida, mala persona, un bicho, no tenía un buen calificativo para describirme.

Por la mañana abrí los ojos y estaba aún en su pecho, despierto, pero parecía que no se quiso mover para no despertarme.

— Buenos días — tocó mi pelo, lo echó hacia atrás y besó mi frente.

— Buenos días — respondí con tristeza.

— No me gusta verte así— acariciaba mi pelo.

— Se me pasará, ahora debo irme.

— No, no te vas a ir, vamos a desayunar primero y luego vemos que hacemos, pero así no te voy a dejar ir.

— Quedarme aquí me hará más daño — comencé a llorar.

— No, el daño te lo haces tú sola, no culpes a nadie, mucho menos al lugar.

— Me hace mal tenerte al lado y no poderte tocar — dije en un arranque de sinceridad.

— A ver — se ladeo y me pegó más a él — eso que estás diciendo no puede ser en serio, estamos abrazados.

— Ya — me puse las manos en la cara y la pegue a su pecho, rompiendo a llorar más desconsoladamente.

— Jeniffer, no te quiero ver así, — quitó las manos y me pegó a él — abrázame fuerte — desahógate, pero deja de llorar, por favor — me acariciaba con cariño, encima era para comérselo.

— ¿Qué te gustaría ahora mismo para calmar ese dolor?

— Pues borrar lo sucedido — dije entre llantos.

— Eso es imposible, te dije ahora mismo — rio bromeando.

— Tenerte dentro de mí — solté en un arranque de sinceridad.

— Sí eso necesitas, no tienes que estar así, un poco más pegado podemos aún — me hizo un guiño y me quitó la camiseta para mi asombro.

Su mano comenzó a acariciar mi espalda y mis glúteos, pero de una manera diferente, no con fogosidad, sí con cariño, se levantó un poco y se desvistió, me quitó las bragas y me puso encima de él abrazándome.

— Abrázame bien fuerte, verás cómo te sentirás mejor — eso hice, apretarlo con todas mis fuerzas mientras lloraba.

Me acariciaba sin prisas, me daba abrazos que reconfortaban de alguna manera, besaba mi cara, mis labios, pero todo en plan muy romántico, nada de juegos, algo más personal, pero yo tenía mucho miedo a que ese día fuera nuestra última vez.

Me tumbó en la cama boca arriba y se puso entre mis piernas a besar mis partes, con delicadeza, subió hasta mis pechos, los cuales beso como nunca, sin morder, con cariño, con tacto.

Su mano se desplazó a mi clítoris y comenzó a estimularlo, yo solté el aire contenido y él no dejaba de besar mi piel mientras me tocaba, llegué al orgasmo, me abrazó bien fuerte, besó mi frente y se puso entre mis piernas, me penetró y comenzó a moverse de forma sincronizada, pero lenta, nada que ver con las embestidas que me había dado en cada momento.

Se corrió dentro de mí, después fuimos a ducharnos, estuvo muy cariñoso en todo momento, atento, yo estaba muy poco habladora.

Nos fuimos a la terraza a desayunar, yo me había puesto otra camiseta que me dio igual a la de la noche anterior.

— Perdóname — dije con tristeza.

— Lo hice desde el primer momento — respondió con dolor.

— Ven — señaló para que me sentara ladeada en su falda y tomamos el café ahí encima uno del otro, al igual que las tostadas, él solo quería que sintiera que estaba conmigo.

Sabía que ya nada sería igual, que no me quería ver sufrir, que me había perdonado pero que ya no tenía ningún plan conmigo.

Luego nos metimos en la piscina, yo estaba desnuda, no iba a mojar las bragas, además de esa manera me sentía cómoda con él, estuvimos toda la mañana besándonos, abrazándonos, haciendo de forma corriente, sin ningún juego, más que con la pretensión que notarnos uno dentro del otro.

Pasamos todo el día juntos, comimos, merendamos y por la noche no me dejó irme.

— Mañana te dejo temprano para que te cambies y cojas el coche.

— No quiero ser molestia...

— Si lo fueras, no te diría que te quedaras.

Esa noche vimos una película, yo tirada en sus piernas y él en todo momento acariciando mi pelo.

Nos acostamos y abrazamos hasta quedar dormidos, teníamos que madrugar.

Me despertó entre abrazos, con gestos de cariño, me sentía cada vez más estúpida, tomamos un café rápido y me dejó en la puerta de mi casa.

Me duché rápido, me vestí y salí para la oficina.

Al llegar, Fifi me miró con cara de muchas preguntas.

— Soy una gilipollas — dije con tristeza. Le puse al tanto de todo y alucinó, negando con la cabeza.

Me metí en mi despacho y a media mañana apareció Romeo.

— ¿Se puede?

— Claro, adelante. ¿Un café?

— Sí, por favor — dijo con deseo y me causó una sonrisa.

Comenzamos a hablar de trabajo, estaba muy sonriente, relajado, eso me gustaba, pero no hacía un amago de nada y mucho menos se pronunciaba al respecto.

Estuvo allí conmigo hasta media hora antes de la salida, en la que volvió al despacho, me había quedado con las ganas de que me hubiera propuesto ir a comer o cualquier otra cosa, pero entendía su dolor detrás del silencio.

Fui al gimnasio, luego me fui a pasear por la avenida de tiendas, cené un sándwich y llegué a casa, estaba ya oscureciendo, no quería meterme allí antes, lo justo para ducharme y acostarme.

Esa noche no me llegó ningún mensaje, pero lo veía en línea, eso me mataba.

Por la mañana llegué a la oficina y estaba hablando con Fifi, los dos me saludaron sonriente, entablé conversación con ellos, luego me encerré en mi oficina y ni señales de él en toda la mañana.

La tarde la pasé encerrada en casa, no había ido al gimnasio, comí con mis padres y aparenté que no me pasaba nada, esa noche estuve a punto de darle las buenas noches por mensaje, pero no lo quería agobiar.

El miércoles pasó lo mismo que el martes, sin noticias de él, sabía que estaba en las instalaciones, me mandaba correos estrictamente profesionales y poco más.

Ese día quedé para merendar con Brenda, así que después del gimnasio fui a darle encuentro y estuvimos hablando de todo lo sucedido, ella me decía que pensaba que todo se solucionaría, que veía a Romeo muy enamorado de mí, yo a decir eso no me atrevía, pero que tenía atracción sí.

Me comentó que el viernes era el cumpleaños de Henry, que me había pedido que fuera, así que acepté, sabía que seguramente estaría allí Romeo y eso le daba una luz de esperanza al fin de semana.

El jueves y viernes por la mañana hizo una visita Romeo a mi despacho, pero muy profesional, nada de hablar de nosotros, se tomaba un café y estaba un rato, intercambiábamos opiniones y nada más.

Capítulo 17



Brenda y yo cogimos un taxi hacia casa de Henry, había llegado el momento, ella me había confirmado que Romeo estaría y eso me hizo ponerme algo contenta.

Llegamos a la casa de Henry, una preciosa mansión pequeñita frente a un canal tenía hasta un pequeño yate varado en su propio muelle. Estaban Romeo y él solos, me quedé extrañada.

— ¿Y los demás? — preguntó Brenda.

— No hay demás — rio Henry mientras nos saludaba y Romeo me daba un beso en la mejilla — ¿Para qué más gente?

— Alucino — dijo Brenda riendo.

Una preciosa mesa con muchos entrantes y una mariscada estaban sobre una mesa en la terraza de madera que tenía preparada en el jardín, nos sentamos allí y abrió la botella de vino.

Le di su regalo, un bolígrafo exclusivo que me grabaron con su nombre en una joyería de mi calle, Brenda le regaló un libro y un cinturón, Romeo una botella exclusiva de un Whisky escocés.

Le gustó cada uno de los regalos, lo agradeció mil veces, un tipo con muchas posibilidades, pero con mucho agradecimiento, se notaba que valoraba todo.

Comimos entre risas, luego puso música y pasamos a las copas, Romeo me miraba sonriendo en todo momento, como si sus ojos quisieran decir algo. Al finalizar la noche, me dijo que él había pedido un taxi, que me montara. Brenda se quedó con Henry, nos despedimos de ellos y pidió al taxista que nos llevara a su casa.

Ni le pregunté, no quería ni hablar, nos bajamos y entramos, sobre el porche una bolsa de Woman Secret y otra bolsa de la marca Levi's.

— Es para ti — dijo señalándola para que la abriera.

— ¿Y eso?

— Para que te pongas cómoda y mañana tengas cómo cambiarte.

— Romeo — reí abriendo primero la de Woman secret. Unas cuantas de bragas preciosas, tipo de la que yo usaba y dos camisones de tirantes cortos que eran precioso, un par de sujetadores también.

— Hoy puedes usarlo — rio invitando a cambiarme.

Eso hice, me quité el vestido, el sujetador y me puse uno de los dos camisones, el blanco, me sentía de lo más cómoda.

— Gracias — comencé a abrir la ropa de Levi's.

— No hay de qué — sonrió.

Dentro una minifalda vaquera, un pantalón corto pero más arreglado, tres camisetas de manga corta y dos de tirantes.

— No debiste meterte en tanto... — puse los ojos en blanco.

— Todo esto se quedará aquí, para cuando vengas por cualquier motivo como hoy en el que coincidamos.

— Gracias — le había quedado genial eso, pero si lo hacía, a mí me daba una pequeña luz para poder conseguir que se ganara mi confianza.

Nos tomamos una copa sentados en de las camas del jardín, yo estaba con las piernas cruzada frente a él, al igual que él de mí, nos encendimos un cigarrillo y tomamos las copas que estaban apoyadas en una pequeña mesa de madera al lado de la hamaca.

— ¿Qué tal la semana? — preguntó acariciando mi muslo.

— Bueno, pudo ser peor — reí.

— Vaya, lo siento.

— Nada, ya pasó — le saqué la lengua.

— Estuve muchas noches a punto de pedirte que vinieras — dijo con tristeza.

— ¿Y por qué no lo hiciste?

— No me siento bien, no quería forzar a nada, necesito mi tiempo...

— Entiendo, te daré todo el del mundo — se acercó y me besó, mordisqueando mi labio, luego dio un trago a su copa y siguió acariciando mi muslo — No quiero que te sientas mal con nada, haz las cosas como las tengas que hacer, cuando me necesites aquí estaré, cuando tengas ganas de abrazarme llámame, cuando tengas ganas de jugar, llámame — arqueé la ceja sonriendo mientras me lo decía — cuando tengas ganas de no verme, no lo hagas, pero cuenta conmigo para lo que quieras o necesites.

— Gracias — apretó mi muslo.

— ¿Hoy te apetecía que estuviera aquí verdad?

— Sí — acarició mi mandíbula.

— Haz todo lo que desees — dije dándole un beso a su mano.

— Estar aquí contigo es lo que deseo en estos momentos, quedarme todo el fin de semana a tu lado.

— Pues ropa tengo — dije señalando a las bolsas que seguían en la mesa del porche.

— Por eso lo hice, no me apetece salir, cargue todo de comida para no poner un pie en la calle mañana.

— Pues la comeremos — le hice un guiño y me puse sobre su falda.

Encima de sus pies cruzados, de lado, agarrada a su pecho, era lo que yo necesitaba y pensaba que él también.

— ¿Estarías dispuesta a todo por mí? — preguntó mirándome a los ojos.

— No te entiendo...

— Si vieras que tengo necesidad de hacer algo para sentirme liberado. ¿Lo harías?

— Depende, si me dices que me tires de un quinto piso, obvio que no lo haría, pero algo que esté en mis manos y no me ponga en peligro, no te quepa duda de que lo haría.

— Sabes que nunca te haría daño.

— Lo sé. ¿Qué necesitas?

— Necesito que mañana juguemos a un juego, será un rato, quiero quitarme una espina de mi interior.

— Lo haré por ti.

— ¿Segura?

— Segura — dije con tristeza, no lo entendía, pero estaba dispuesta a todo.

Nos fuimos a dormir abrazados, no pasó nada entre nosotros, al igual que al despertar, que no estaba a mi lado, escuché en la cocina como preparaba el desayuno y fui hacia allí.

Le di un beso y los buenos días, con un abrazo, él me pegó contra su cuerpo y me besó con pasión, salimos a la terraza a desayunar.

— Espero que no me odies por lo que necesito que hagas hoy — dijo en tono cabizbajo.

— No podría odiarte, pero me estás preocupando.

— Necesito verlo personalmente, necesito quitarme esa espina que tengo...

— No entiendo nada, — resoplé — pero haré lo que me pidas.

Un claxon sonó en la puerta y abrió con el mando la verja, al entrar vi el Ferrari de Paul, no me lo podía creer.

— Está al tanto de todo, le pedí lo mismo que a Henry.

— Quieres que hagamos un juego los tres verdad... — dije con temor.

— Bueno, yo miraré, quiero solo mirar...

— ¿Estás seguro?

— Completamente — dijo mientras se acercaba Paul sonriente, se abrazaron y luego me dio dos besos cariñoso.

— Anda qué, cómo me utilizaste, — dijo a modo de reprimenda mirándome, pero bromeando.

Sonreí, pero me quería morir, no entendía por qué tenía la necesidad de verme expuesta a otros brazos que habían sido los causantes de como estábamos, o quizá quería asegurarse de que si pasaba algo entre Paul y yo, sería delante de él, no entendía nada, pero le iba a dar lo que me había pedido.

Tomó un café con nosotros, Paul era gracioso y consiguió que nos relajáramos todos con sus bromas, pero yo estaba realmente nerviosa, más relajada, pero nerviosa, pero no podía parar de reír.

Terminamos de comer, recogimos todo y nos fuimos a la barra exterior, Paul se puso por dentro y

nosotros dos por fuera, sirvió unas copas de vino, eran las doce más o menos, la hora perfecta.

Di un trago y noté como una de las manos de Paul entraba por debajo de mi camisón, Romeo se había dado cuenta, pero seguía charlando amigablemente mientras yo lo miraba, sin quitarle la vista.

La mano de Paul entró directamente entre mis labios, se hizo hueco y me los metió por la vagina, yo resoplé sin dejar de mirar a Romeo, lo hacía con una naturalidad que me quedaba perpleja, entendí que estos hombres estaban hechos de otra pasta.

Mis bragas bajaron entre sus manos, se agachó y todo, luego las puso sobre la barra y Romeo las puso a un lado, veía dolor en sus ojos, al menos eso me transmitía, yo no dejaba de mirarlo mientras Paul, a mi espalda, iba tocándome a su antojo.

Romeo Santos sonaba de fondo, flojito, yo intentaba concentrarme en la letra, cantarla interiormente, no quería ni pensar en lo que estaba sucediendo, ese día me sentía extraña, solo quería estar con mi jefe, ese que me había llegado a lo más hondo de mi corazón.

Paul abrió la caja que tenía sobre la barra Romeo, sacó un gel, se lo puso en las manos y me pidió que me dejara caer sobre la barra. Sin hablar, con el gesto de su mano, puso mi cara mirando para el otro lado de la caja, parecía que no quería que viera nada, yo estaba sujeta al borde de dentro, sabía que aquello en esos momentos me iba a doler más que gustar, pero si era lo que quería Romeo, yo se lo iba a dar.

Noté un azote seco sobre mi culo destapado, el camisón estaba sobre mi espalda levantado, me había dado con una especie de cuerda.

— Ahhh — grité apretando mis manos contra la barra.

Eché un gel en mi nalga, que me hizo ver que era para aliviar el dolor, pero para mi sorpresa dio otra golpe seco con aquello, resoplé con todas mis fuerzas.

Romeo me miraba sin dejar de quitar la vista, se encendió un cigarrillo y me hizo un gesto con la cabeza como que estaba bien, también lo interpreté como que aguantara.

Puso un pegote de gel en sus dedos y lo metió en mi vagina, con fuerza, apretando hacia bajo y hacia mí al final, yo soltaba el aire. Paul era demasiado efusivo, demasiado controlador, se le notaba que quería hacerse notar y vaya si lo estaba consiguiendo, yo seguía ahí tirada en la barra.

Sacó sus dedos, abrió mi culo y puso algo con mucho gel en la entrada, pero algo más grande de lo normal, estuve a punto de decirle que parará, pero miraba a Romeo y confiaba en que él no iba a permitir que me pasara nada malo.

— Ahora sí tengo que ir con cuidado — dijo Paul abriendo mis piernas más con las suyas.

Eso comenzó a entrar de forma que dolía y mucho, era demasiado grande, demasiado para mí, pero intenté relajarme y mordí una de mis manos, hasta que noté que lo había colocado dentro y lo dejó con una cuerda colgando en el exterior.

— Muy bien, buena chica — dijo para que me pusiera ya recta.

Resoplé mirando a Romeo, no pensaba quitarle la vista de encima y sobre todo, si quería verme así yo lo iba a permitir, aunque lo quisiera matar, pues ganas no me faltaban.

Me encendí un cigarro en lo que parecía que era un tregua, seguía con eso dentro, mi camisón puesto, me bebí de un buche la copa de vino.

Unos momentos después, Paul me quitó el camisón, casi me echo a temblar cuando vi que cogía las pinzas para los pezones, resoplé, no estaba disfrutando, tenía hasta rabia, pero aparenté que estaba bien.

Los acarició con gel y los pellizco, luego me puso las dos pinzas a la vez, sin pensarlo, grité como loca y me doblé, me levantó y me puso recta, de espalda a él, mirando a Romeo, resoplando de dolor, otro latigazo me hizo volver a la realidad, aquello era como en las películas, puro sado.

Cogí la copa de vino y me la bebí de un trago, me puso boca abajo y metió sus dedos en mi culo y partió lo que había dentro, aguantándome con su otra mano, aquello comenzó a soltar un líquido, pero noté que me aliviaba e incluso me excitaba un poco, luego jaló de la cuerda y me lo sacó.

— Muy bien, Jenny — dijo acariciando mi culo y dejándome de nuevo suelta, aproveché corriendo para fumarme otro cigarrillo. — Vamos a una de esas camas — dijo señalando a las que estaban frente a la piscina.

Romeo se metió en el agua y a mí me hizo ponerme a cuatro patas, mirando hacia Romeo, que no me perdía de vista.

Metió en mi vagina un vibrador, además sin pautas, dentro del tirón y lo puso a funcionar, me dio otro latigazo, me iba a poner la cadera buena, estaba resoplando en todo momento y luego me penetró por el culo, a velocidad de la luz, dándome golpes con sus manos en mis glúteos, gimiendo de placer mientras yo me agarraba con fuerzas a esa cama y miraba a Romeo.

Cuando terminó, se fue a la ducha, como lo hacía ese que estaba en la piscina, yo me tumbé boca abajo, el vibrador lo había parado, luego vino y me lo sacó sin mediar palabras.

Me señaló a que me sentara en el borde de la piscina, él se metió dentro con Romeo y me abrió las piernas, su cabeza fue directo a mi clítoris, me recliné un poco atrás apoyada sobre mis brazos, su lengua era una serpiente, sus dientes mordían con desgarro todo lo que pillaba y yo chillaba de placer, volviéndome loca, hasta que me corrí y me tiré hacia atrás.

Me metí en el agua, me di una zambullida y me fui hacia la barra, ellos me siguieron, me quería

poner el camisón, pero pedí permiso para entrar y ducharme, aproveché para ponerme unas bragas limpias y una de las camisetas Levi's que me había regalado Romeo, no me sentía sucia, pero sí que no me sentía bien.

Al salir, ni rastro de Paul, ni de su coche, lo miré sorprendida.

— Ya se fue, gracias — dijo dándome un abrazo, pero yo estaba un poco tensa, quería decirle unas cuantas cosas, pero me mordí antes de liarla.

— ¿Mejor? — pregunté intentando salir de dudas, él era el que necesitaba lo que había pasado.

— Sí — besó mi frente.

— ¿Qué esperabas con ello?

— Ver si te hacían disfrutar tanto como yo, descubrir en tus ojos si me mirabas con más deseo que a él.

Me dieron ganas de darle una bofetada, pero conté hasta diez, eso me iba bien en momentos como ese.

— ¿Y qué has descubierto?

— Me quedé más tranquilo...

— ¿Más? — se merecía la hostia, pero volví a contar hasta diez.

— Tranquila, no te volveré a pedir algo más así.

— Eso espero — dije con rabia encendiendo un cigarrillo.

Sacó una pomada y me la juntó en los glúteos, donde me había llevado esos azotes.

Comimos en la terraza, él intentaba darme charla, yo tenía una mezcla de sentimientos muy fuerte, lo quería matar, lo quería abrazar, me quería ir, me quería quedar, pero disimulé intentando que todo eso desapareciera de mí.

De ahí nos fuimos a la cama exterior, nos echamos, me puso sobre su pecho, debajo de una sombrilla, ese día había una ligera brisa, se estaba bien.

Esa sensación extraña que tanto daño me hacía no se quitaba de mi corazón, estaba ahí abrazada al hombre que amaba, pero con rabia de lo que él había necesitado vivir para llegar a una conclusión, yo me sentía de algún modo asqueada, él estaba cariñoso, pero no llegaba a ser él y yo, yo estaba dejada caer con mil preguntas en mi cabeza.

Nos quedamos dormidos, nos levantamos sudando dos horas después y nos tiramos a la piscina, él

había preparado dos cafés que nos habíamos tomado antes de entrar.

Me senté en la escalera y me encendí un cigarrillo, con mis piernas en el agua.

El silencio era continuo, nos mirábamos, sonreíamos, me acariciaba brevemente y las miradas eran las que hablaban por sí solas, pero muchas cosas no me las podía contestar al igual que yo a él.

Pasamos la tarde hablando de cosas sin importancias, lo veía más relajado, yo también lo estaba, intentaba ponerme en su lugar, algunas cosas las podía llegar a entender y otras no, pero los dos nos habíamos hecho daño.

Cenamos una ensalada y unos sándwiches de pollo, luego preparó en la barra dos copas, me encantaba estar allí con él, descalza, en bragas con camiseta, me sentía de lo más cómoda, daba mi vida por poder tener algo así, pero de verdad, lo nuestro era algo que parecía que iba a ser momentáneo, por otro momento no, pensaba que todo iría a más, al menos tenía esa esperanza.

Se sentó en un taburete cuando salió de poner los cubatas y yo me subí a la barra y me senté frente a él, quería estar cómoda y abrazarlo, eso hice, él sujetó mis glúteos y se echó hacia delante, quedó muy pegado a mí desde ese taburete, recostado en mis piernas mientras me apretaba con masajes suaves el culo.

Nos tomamos el cubata de forma relajada, él apoyado en mis piernas, un rato después se levantó y me abrazó con ganas, quitó mis bragas y comenzó a acariciarme, con calma, con ojos de deseo, mirándome sin quitar la mirada en ningún momento mientras sus manos me acariciaban mis partes y por debajo de la camiseta los pechos.

Su lengua se fue a mi clítoris y comenzó a comerme, pero suave, despacio, haciéndome gemir de desespero, deseando que fuera a más, noté como su semblante se cambiaba, verme así con él, con más ganas de la que me vio con nadie, lo hizo sentir mejor, así que me dejé llevar y me abrí todo lo que pude a él, disfrutando de sus manos y de su lengua, de sus pequeños mordiscos llenos de deseo, luego se desnudó se quitó el pantalón y me cogió por su cintura, me entró y comenzó a moverse dejándome apoyada contra la barra y se corrió dentro de mí, quedando abrazado a mi cuerpo mientras me sentaba en el taburete, respirando aliviando toda la tensión contenida y no dijimos nada, pero ese momento fue mágico.

Nos fuimos a dormir, abrazados, desnudos, piel con piel, se me habían olvidado todos los momentos de tensión vividos con lo de Paul.

Por la mañana se levantó muy sonriente.

— Perdona por lo de ayer — dijo con tristeza y vi como sus ojos estaban húmedos.

— Nada que perdonar, me lo merecía.

— No te lo merecías, no digas eso, no disfrutaste, me demostraste que era yo a quién deseabas, la culpa fue mía por dudar — acariciaba mi cabello.

— No hablemos más de ello...

— Jamás te expondré a nadie, te lo prometo.

— ¡Qué lástima! — dije bromeando y causándole una risa — Aunque eso se puede interpretar como me dejarás estar en tus brazos más veces.

— Siempre que lo desees — no sonaba a compromiso, pero tampoco a que me fuera a apartar de su vida.

Me puse de cuclillas encima de él y metí su miembro en mi vagina, comencé a mirarle la cara de placer y a moverme con sensualidad, me sujetaba las caderas ayudándome a galopar encima de él, gemía, estaba disfrutando y yo de que disfrutara conmigo.

Después de ese momentazo, nos fuimos a desayunar a la calle, estrené el pantalón corto y otra de las camiseta, el día era precioso, nos fuimos a pasear, a comer, a unos rastrillos, me llevaba de la mano, estaba cariñoso, me abrazaba, tomamos un helado, nos sentamos en un banco a charlar, un día que para mí me hizo sentirme realmente bien.

Por la noche, me dejó en casa y nos despedimos, sin quedar en nada, estaba segura de que todo aquello iba a fluir, confiaba en que él no me iba a apartar de su vida, había notado que lo que sentía por mí era mucho más que deseo.

Eché de menos a Lulú, se la llevaron mis padres, así que me abracé fuerte a la almohada hasta conseguir quedarme dormida. Al día siguiente empezaba una nueva semana y con ella esperaba y deseaba una nueva oportunidad para disfrutar de algo que quería a su lado.

Capítulo 18



Estaba en el despacho con mi primer café cuando entró Romeo, sonriente, ni llamó a la puerta, se vino hacia mí y me dio un abrazo, luego besó mi frente, pero yo me fui hacia sus labios, lo deseaba, aunque respetaba mi trabajo es lo que quería en esos momentos.

— Necesito que viajes conmigo esta misma tarde, olvida el trabajo, ya nos vamos poniendo al día con el ordenador, me gustaría que me acompañes a Londres, quiero ir a ver a mis hijos personalmente, tengo que hablar con ellos, les solté todo por vídeo llamada y quiero verlos, mientras, me esperas en el hotel, el resto de los momentos los pasaremos juntos para visitar la ciudad.

— Claro, te acompaño — estaba a punto de ponerme a saltar de felicidad.

— Esta noche sale el vuelo, a las seis te recojo en tu casa, vete ya a preparar todo para una semana más más o menos, no sé cuándo regresaremos, pero deja todo listo.

— Vale.

Me dio un abrazo y se fue, yo comencé a saltar de alegría, mandé varios emails, guardé el ordenador en mi bolsa y me lo llevé, me despedí de Fifi antes de irme.

Pasé por casa de mis padres, les conté que iba con mi jefe por motivos de trabajo, ellos se alegraron, luego me fui a mi casa e hice la maleta.

A las seis me recogió con un taxi y nos fuimos al aeropuerto, tocaba volar toda la noche, así que llevé un vestido de mangas cortas suelto, caído hasta los tobillos, de escote redondo, me encantaba como quedaba.

El vuelo salió y después de cenar abrazados, nos echamos a dormir. Los sillones se reclinaban totalmente y eran de lo más cómodos, no nos despertamos hasta que por la mañana nos pusieron el desayuno un rato antes de aterrizar en Gran Bretaña, en Londres para ser más exactos.

Cuando salimos del avión, me dio una sensación rarísima, nada de humedad, acostumbrada a ese

clima tropical que teníamos en Miami, aquello era frescura, me dio la sensación de frío a pesar de que era verano, pero apenas eran las siete de la mañana.

Nos esperaba un coche que nos llevó al hotel situado en Hyde Park, un precioso hotel situado frente a uno de los parques más impresionantes de Londres, además de ser un parque real.

Dejamos las cosas en la habitación y bajamos a desayunar de nuevo, necesitábamos un buen café y aire, sobre todo que nos diera el aire, Romeo estaba de lo más simpático y divertido, sobre todo muy cariñoso, atento y bondadoso.

Pasamos el día visitando varios atractivos turísticos, nos hicimos fotos, por la noche volvimos al hotel, él habló con sus hijos y quedó para comer con ellos al medio día siguiente.

Esa noche lo hicimos de lo más sensual, juguetón, pero sin juguetes, con su mano, mi cuerpo, con roces, lamidas, de mil maneras, pero un tú y yo, eso que lo hacía sonreír de esa manera tan hermosa.

Era nuestro segundo día en Londres, miércoles, un día que yo consideraba el final del comienzo de semana y el inicio para llegar al fin de semana, era ese día que me dejaba en medio, pero esta vez como en Aruba, era diferente, me notaba en paz, sin ganas de llegar al fin de semana, solo disfrutar del momento.

Desayunamos y luego él se fue a comer con sus hijos, le pedí que me dejara en Harrods, tenía ganas de conocer el centro comercial más importante de Londres.

Me despedí de él, quedamos en hablar por el móvil y antes de meterme en el centro comercial, lo hice en un restaurante chino, me apetecía comer algo asiático, así que me di el capricho y luego me adentré en el centro comercial.

Compré un buen vino, una caja de bombones y unos suvenires de regalo para mis padres, aquello era impresionante, estuve dentro tres horas hasta que me llamó Romeo, me dijo que me fuera a una cafetería que estaba frente a la entrada donde me había dejado.

Al entrar, me quedé a cuadros, estaba con un chico y una chica, sabía que eran Romeo y Erika, sus gemelos.

— Hola — dije sonriendo.

— Hola — me saludaron de forma sincronizada y me dieron dos besos, los dos muy simpáticos, no me lo esperaba, Romeo sonreía.

Estuvieron charlando sobre su vida allí, estaban contentos y emocionados, Erika cogió rápidamente mucha complicidad conmigo hasta me añadió a sus redes y me pidió el teléfono,

pasamos la tarde con ellos paseando e incluso cenamos en un Burger como a ellos les gustaba.

Estaban ahora muy libres, pues el curso aún no había comenzado, era verano, pero estaban apuntados a un proyecto de universidad que querían sacarse, así que el verano lo pasaban allí, solo usaban tres horas al día de su tiempo en eso, el resto estaban bien adaptados a la ciudad y les gustaba esa vida, Erika decía que hasta más que la de los Estados Unidos.

Por la noche los dejamos en su residencia, como especies de apartamento que compartían los dos, en el campus, pero a las afueras, les daba más independencia y libertad a los chicos, además se les veían muy responsables.

Nos despedimos de ellos y volvimos al hotel, habíamos quedado en vernos al día siguiente con ellos, le hacía mucha ilusión estar con su padre y a mí, la verdad es que me habían acogido con mucho cariño, en calidad de no sé qué, pero tontos no eran.

Ese día caí rendida, el cambio de horario aún se dejaba notar, pero estaba emocionada, no esperaba por nada del mundo que Romeo fuera a presentarme a sus hijos, imaginaba que en esa comida los puso al día de todo lo que creyó necesario, pero en ese punto ni sabía lo que era yo de él, pero me gustaba como me sentía.

Por la mañana desayunamos en la habitación, Romeo pidió el desayuno por teléfono y entre que lo pidió y lo subieron, nos volvimos a desfogar, en esa ventana hacia la calle, en el borde estaba sentada abierta ante él, penetrándome de una manera muy sentimental y carnal, notaba que sus emociones se iban convirtiendo en algo más liviano y emocional.

Ese día nos fuimos de shopping todo el día con sus hijos, los cargo de ropas y de caprichos, a mí también me compró muchas cosas, cualquiera le decía que no, así que salí como con Erika con muchas prendas iguales que nos gustaron a las dos, me encantaba la capacidad que tenía esa chica de adaptarse, al igual que su hijo, pero este estaba más con el padre. Erika no me soltaba en ningún momento, parecía mi amiga, iba en todo momento enganchada a mí y enseñándome cosas de su móvil, hasta las fotos del chico que le gustaba.

Nos quedamos con ellos hasta el sábado, que volvimos, aterrizamos en Miami bien temprano, después de unos días cargados de momentos bonitos, inesperados y que me llenaron por completo. Romeo ya me abrazaba delante de ellos los últimos días, inclusive me llevaba de la mano, del otro brazo llevaba enganchada a mi Erika, esa que nada más aterricé en Miami, tenía un mensaje de ella diciendo que ya me echaba de menos, era para comerla, me habían enamorado el alma sus dos hijos, nada que ver con la prepotencia y *pijerío* estúpido que se gastaba la madre.

Fuimos primero a mi casa, me dejó allí, tenía que ir a por Lulú, poner una lavadora, hacer cosas, así que tenía que aprovechar el domingo, él vino por la tarde a cenar conmigo en mi casa, nos pusimos a charlar y luego se fue, estaba de una actitud preciosa, lucía muy feliz.

Capítulo 19



El lunes por la mañana llegué a la oficina y tenía un rosa sobre la mesa y una nota.

“Ten un excelente comienzo de semana. Te amo.”

Ese te amo me había llegado muy hondo, me hizo suspirar y sentir que Romeo era un hombre en toda regla, pero que nunca lo supieron amar.

No lo vi en toda la mañana, a última hora apareció por mi despacho y me invitó a comer, por supuesto accedí, antes dejamos el coche en mi garaje y nos fuimos en el suyo, además aproveché para coger a Lulú, íbamos a comer en una terraza y ella podía estar, esa mocosa de pelo blanco tan preciosa.

— El viernes voy a reunir a todos mis amigos, la pasada velada lo vi todo muy frío por lo que nos pasó, quiero que esta vez haya mejor armonía y aprovechar para estar con mi círculo más cercano y pasar una bonita noche, espero que esta vez vayas más relajada — arqueó la ceja y se echó a reír.

— Te lo juro por mi vida, que me parta un rayo, que se me caiga un edificio encima, que tiemble mi apartamento, que yo iré callada, con Brenda y Henry, pero sin liar ni un ápice de nada — solté una carcajada.

— Más te vale — me advirtió con el dedo.

— No te quepa duda, que aprendí la lección bien y no pienso volver a cagarla y que me plantes un Paul otro día — recordé por la que me hizo pasar y nos echamos a reír.

— Tranquila, que nadie más te pondrá un dedo encima, el juego se acabó — acarició mi mano por encima de la mesa.

— Me quedo tranquila — puse los ojos en blanco — Pero vamos, que entre los dos podemos jugar, que ya le pillé el gusto a que me metieran cosas — dije con descaro.

— ¿Quieres jugar? — arqueó la ceja.

— A ver, no tiene por qué ser ahora... — puse los ojos en blanco — hay mucha gente, no tenemos nada y no es buen lugar — puse cara de terror.

— Nos vamos a mi casa ahora. ¿Quieres?

— Ya me han entrado calores — resoplé mientras me abanicaba con la mano.
Tenía sobre su falda a Lulú, cogí el móvil para cambiar de tema y les tiré una foto, la verdad es que era de lo más gracioso, los dos ante la comida, Romeo comiendo y dándole trozos de comida.

— Me has evitado...

— ¿Yo? ¿Cuándo? — pregunté haciéndome la loca.

— ¿Te apetece venir a jugar?

Di un buen trago al vino.

— Pues claro — dije con descaro y nos echamos a reír.

Tras la comida, dejamos a Lulú en casa de mis padres, al día siguiente se iban a una ruta a andar y se la querían llevar, la perra estaba más mimada que yo cuando pequeña.

Llegamos a su casa y nos fuimos al sofá, hacía mucha calor ese día, así que nos tiramos un rato con el aire acondicionado, abrazados, descansando un poco.

Un rato después salimos a la piscina, ya ni bikini usaba, directamente en bragas, con las tetas al aire, no había nada mejor que sentirse como en casa.

Puso dos refrescos de cola cero sobre el borde, con mucho hielo, estaba perfecto, intentaba no consumir refresco por los gases y el mal que hacían, pero de vez en cuando sentaba de vicio.

Me encantaba sentarme en el borde de esa piscina, o en las escaleras, me daba una sensación increíble de paz, es lo único que le faltaba a mi apartamento, una piscina en la terraza, reí al pensarlo.

Romeo se sentó a mi lado, pegado a mí, en las escaleras, estaba muy bromista, sus miradas me provocaban muchas risas, parecía como si escuchara a su mente hablar.

— ¿Por dónde me lo vas a meter primero: por delante o por detrás? — pregunté bromeando, provocándole una risa.

— ¿Por dónde prefieres? — preguntó con esa media sonrisa.

— A estas alturas ya me da igual... — le saqué la lengua.

— ¿Suave? ¿Medio? ¿Duro? — ladeo la cara esperando respuesta.

— ¿Cómo te gusta jugar a ti ? — pregunté poniendo cara de interesante.

— Me gusta de muchas maneras, según el momento, contigo el juego me pone en cualquiera de sus niveles, aún no me has puesto límites, duro no lo hicimos, así que intento ir a un ritmo considerable.

— ¿Qué no me diste duro? — mi cara era de asombro.

— Contigo no usé algunos tipos de técnicas que me parecen más violentos o dolorosos...

— Yo me quedo muerta, no me puedo creer que todavía haya más ¿Me lo estás diciendo en serio?

— Totalmente.

— Dios mío, pues sí que estaba perdida yo en este mundo. — reí — Explícame algo.

Se puso entre mis piernas sentado mientras tomaba el refresco y charlábamos, su cara se puso pensativa y risueña.

— ¿Quieres probar una cosa nueva hoy?

— Miedo me da, pero quiero probar todo aquello que tú quieras.

Se levantó y me dio la mano para que lo siguiera hasta una de esas camas de exterior que tanto me gustaban, puso la caja sobre la mesa, la bendita caja de los juegos y sacó un antifaz.

— Ya me va a quitar la luz — reí mientras me lo ponía.

— Relájate — dijo ordenando con una ligera risa.

— Vale, jefe.

Me tumbé hacia atrás, pegué mi culo al borde y apoyé las piernas abiertas al filo, como siempre me pedía.

Extendió mis manos hacia arriba y las ató con unas telas sedosas a las patas de madera de esa cama, solté el aire, aquello me daba una extraña sensación de excitación, al igual que el silencio, solo el sonido de lo que iba haciendo.

Puso un hielo sobre mis senos, comenzó a refregarlo, por los pezones, por mi barriga, notaba como se derretía, como erizaba mi piel y como iba bajando hacia mi zona íntima, refregando por mi clítoris, por la entrada de mi vagina, de mi culo, parecía cristal clavándose en mi piel, estaba congelado, cuando estaba bastante derretido lo metió en mi vagina y lo dejó ahí.

Cogió otro y repitió la jugada, esta vez lo metió en el interior de mi ano, me producía una sensación extraña, me aceleraba mucho, pero me encantaba sentirme el deseo de sus juegos.

Puso un aparato en la entrada de mi vagina, era grande, duro, lo metió hacia dentro y comenzó a meterlo hasta el final, aquello era exagerado, pero yo estaba muy excitada, lo comenzó a mover durante un rato, volviéndome loca produciendo que mi cuerpo cada vez pidiera más, luego lo sacó y lo puso en la entrada de mi culo.

— Ahí no va a entrar — grité sin fuerzas.

— Relájate... — Lo empezó a meter y yo pensaba que explotaba, no me dejaba moverme, las manos atadas y mi barriga aguantada por una de sus manos.

— Nooo — grité cuando vi que lo movía en mi interior.

— Ya está, relájate, ahora está colocado, solo es moverlo con cuidado, pero te dejará bastante dilatada.

Lo sacó y noté como sacaba algo de la caja.

— Escúchame, te voy a colocar un triple juego, va enganchado al clítoris, el culo y la vagina, tengo que metértelo sincronizado, no me hagas aguantarte más que necesito hacerlo bien.

— ¿Tres a la vez? — pregunté acelerada.

— ¿Preparada?

— Romeo — dije cuando noté como un pegote de silicona en mi clítoris colocado y dos especies de penes que puso en mis dos orificios. — Dios, me voy a desmayar — dije en voz alta solo de pensar lo que me iba a entrar.

Y los metió de forma sincronizada, se activó todo y comenzó a vibrar por los tres lados, comencé a chillar como loca, aquello era algo impensable, él me aguantaba por la cintura para que no me moviera, para que el placer fuera más fuerte, a la vez me colocó esas pinzas en los pechos, eran dolorosas como siempre, pero con lo que tenía encima se me hizo más liviano, no podía hacer otra cosa que chillar, chillar y chillar, sin fuerzas, casi sin respiración hasta que llegué al orgasmo e intenté doblarme, pero no podía, todo se paró al momento, parecía como si lo hubiera activado y desactivado con un mando.

Noté como abría las piernas y me quitaba el aparato triple ese, lo del pecho no me lo quitó, desató

mis manos y me quitó el antifaz.

— ¿Qué tal?

— He sobrevivido — dije riendo sin fuerzas.

— Ven — tiró de mi hacia el interior de la casa y me dijo que me pusiera apoyada en el respaldar del sofá.

Me penetró por la vagina con todas sus fuerzas, comenzó a tirar de las pinzas del pecho provocándome una locura en mi interior, parecía que me iba a desgarrar a la vez que me provocaba una excitación muy grande, me daba azotes con fuerza y las estocadas eran desmesuradas, pero con él, me gustaba ese juego, que me sometiera de esa forma. Unos momentos después, me la metió por el culo, casi sin darme tiempo a reaccionar y comenzó a moverse de la misma manera, de forma desmesurada, me corrí a chillidos a la vez que él, que contenía esos gemidos que emitía, él llegó al orgasmo agarrando mis caderas con tantas fuerzas que me hacía daño, pero era un dolor que provocaba el llegar a más.

Ese día ya caímos rendidos, pero con una sonrisa en los labios, con él había descubierto lo más importante, que el sexo y el amor no van de la mano, pero que con la persona adecuada y los dos ingredientes, todo puede ser maravilloso.

Dormí en su casa, tenía ropa allí y por la mañana nos fuimos al trabajo.

Mientras tomaba mi café, me llegó un mensaje.

Romeo: Ven a mi despacho.

No entendía para que, pero fui, sonriente, me hacía muy feliz, estaba entrando en una etapa que me hacía sentir muy segura.

Llegué, cerró la puerta y me puso sobre la mesa, me bajó las bragas y me penetró.

— Romeo, estás loco.

— Loco por ti, esta mañana con la prisa me quedé sin mi premio, ahora lo reclamo — dijo entrando a mi vagina y embistiéndome.

Estaba claro que a mí me encantaba, no me sentía mal, que me deseara me hacía crecerme, así que disfruté de ese momento oficina y luego, me senté en la mesa, abierta ante su silla y me tocó el clítoris, me lamió y me hizo llegar a un brutal orgasmo.

Nos despedimos y me fui a mi oficina, un rato después me visitó él, justo antes de acabar la jornada laboral y me lo hizo en la mía, aquello se nos estaba yendo de madre, pero era algo que no podíamos controlar.

Ese día él tenía una reunión, así que me fui al gimnasio, a mi casa y me relajé. Por la noche nos intercambiamos mensajes y lo eché de menos en mi cama.

Esa semana estuvimos teniendo encuentros fugaces en la oficina, pero él tenía muchos compromisos, así que quedamos que el viernes me recogía, íbamos a la reunión de amigos que había preparado en el club y luego pasaría el fin de semana con él en su casa.

Me recogió el viernes y me estuvo piropeando hasta llegar al lugar, ya todos esperaban, incluso Brenda y Henry, que les dije que al final iba en el coche de Romeo.

Volvió a subir al escenario.

— Esta vez no vengo a decirles nada de ninguna ruptura, esta vez quiero compartir con ustedes algo, pero para eso necesito la ayuda de mi subdirectora. Jennifer, por favor. — me hizo subir ante un ataque de nervios. Me agarró la mano y sacó un anillo, pensé que me desmayaría, todos comenzaron a aplaudir y vitorear — Eres todo lo que busqué en mi vida. — agarraba mi mano e iba colocándolo en mi dedo — No te voy a pedir que te cases conmigo, te voy a obligar a que lo hagas, quiero compartir contigo mi vida, mi mundo, no quiero ni puedo vivir sin ti, espero que acates esta orden, — dijo en tono bromista — tengo la fecha, todo preparado, mi casa esperándote, solo te pido que aparezcas por el enlace el próximo día veintisiete, sé que solo son dos semanas, pero solo queda por comprar tu traje.

Comencé a llorar, no me lo creía, me estaba pidiendo que me casara con él en dos semanas, que quería compartir su vida conmigo, lo abracé muy fuerte y grité que sí para que se enterara todo el planeta.

Ahí me di cuenta de que todo había merecido la pena, que era verdad lo que sentía por mí y que yo no era solo un juego en su vida...

Capítulo 20



Y llegó el día de la boda...

Dormí en casa de mis padres, allí vino la peluquera, maquilladora, la de la tienda del vestido de novia, todos estaban allí dejándome lista para el enlace, mi padre me llevaría a entregarme a Romeo.

Había elegido un vestido de tipo griego, un solo hombro, mucha caída, pero ajustado de cintura, donde posaba una especie de cadena de plata envejecida, la misma que lleva sobre mi frente, mi pelo iba suelto y con blondas.

Llegamos hasta el lugar donde se haría el convite y las ceremonias, la madre de Romeo lo llevaría a él.

Al llegar, me topé con su padre, que se acercó a nosotros emocionado.

— No sabéis lo felices que me hacéis — me besó en la mejilla.

— Gracias Patrick — sonreí emocionada.

Ví a un lado a Erika y su hermano, los dos emocionados, se les veía felices con el enlace, al igual que todos los que habían ido. Brenda no dejaba de llorar, al igual que Romeo que me esperaba nervioso al fondo.

La ceremonia fue de lo más emotiva, Romeo no paraba de secarse las lágrimas y no me soltaba de la mano, parecía como si ese día echara afuera todo lo contenido en muchos años, sus caricias en mis manos eran una transmisión de sentimientos de lo más fuertes.

En el convite la lio Brenda y Henry, que nos estuvieron toda la noche bromeando y animando a los más de doscientos invitados que había ahí, gente que no había visto en mi vida, al igual le pasaba a Romeo con mis invitados.

Erika no me soltó en toda la noche, se pegó a mí como una lapa, parecía que encontraba en mí lo que en su madre no podía, era una sensación que me daba, pero yo le tenía mucho cariño y la hacía

partícipe en todo momento, era su hija, era lo que más debía de querer en el mundo y yo lo comprendía.

Hicimos una escapada Romeo y yo al baño en medio de toda la celebración, después de hartarnos de comer, el sexo no nos podía faltar en ese momento así que hicimos una locura rápida y volvimos con felicidad.

— Viva mi segunda mamá — dijo Erika medio borracha por dos vinos que se había tomado.

— ¡Viva! — gritaron todos.

— Viva los huevos de mi padre por haberme dado la vida...

Todos los miramos y comenzamos a reírnos, se había pasado tres pueblos, pero graciosa era, así que todos a la vez dijimos el ¡Viva! Y ella se puso a saltar emocionada al ver que el padre no la iba a coger por el cuello.

De repente salió una tarta gigante sobre ruedas, ya había una sobre una mesa, me quedé alucinando y comenzó a sonar la canción de Macho Man, no me lo podía creer cuando esa tarta se abrió y aparecieron Henry y Paul vestidos de policías, me iba a dar algo, me puse a reír nerviosa, mis padres y los demás no entendían más que una broma, yo miraba a Brenda que lloraba de risa viendo a su chico bailando y Romeo me miraba aguantando la risa y yo con ganas de matarlo.

Me metí en medio de los polis, levanté la mano y bailé con ellos, los fuegos artificiales comenzaron a explotar en el aire, todos comenzamos a bailar, se animaron hasta mis padres, yo por supuesto, no dejaba de reír.

Me fui a coger a Fifi, que estaba con los de la empresa bailando con vergüenza y la saqué, la senté en una silla y Paul le bailó encima, fue un momentazo el que vivimos en ese momento.

El ambiente estaba animado. Erika, bueno, esa petarda corría bailando por todas las instalaciones, paraba siempre a darle un beso a sus abuelos y a mis padres, que también los había bautizado como tales.

— Mi madre nunca me dio un abrazo, es una ¡Mala madre! — dijo agarrando mi hombro.

— Erika, no pienses en eso y disfruta, tu padre nunca dejará de dártelos.

— Lo digo por ti, por qué eres lo mejor que entró en nuestras vidas — seguía chillando, estaba ebria.

Le di un abrazo muy fuerte, la comí a besos y me la llevé a bailar. Romeo estaba bailando con su hijo e hice un intercambio, a él también lo adoraba, era respetuoso, cariñoso y nada problemático, sonreí mirándole, al igual que a su hermana se le veía muy feliz.

Paul estaba desfasado, le dio por Fifi, yo la miraba a ella resignándome y le hacía señas de que por nada del mundo cayera en sus redes, la iba a partir en dos, lo veía venir.

Fue una boda impresionante, risas, sorpresas y sobre todo felicidad.

Ese día comprendí muchas cosas, entre ellas que el amor llega cuando menos lo esperamos, por donde menos lo imaginamos y dándonos de lleno, incluso a mí, tan caprichosa y a él tan jefe...

Esa noche dormimos en un hotel de Miami, de lo más exclusivo, fue pocas horas, ya que salíamos de luna de miel.

Capítulo 21



— Vamos, que un coche nos espera para llevarnos al aeropuerto...— dijo tocando mi barriga.

— No puedo abrir los ojos, me muero...

— Venga, te pongo un café — había una cafetera de cápsulas en la habitación — y te doy la pastilla mágica.

— Me muero...

— Vamos, ahora duermes en el avión.

Me levanté con una cara que era para ponerme una careta, me duché, me maquillé como pude.

— Oye Romeo, — salí lista — ¿anoche follamos?

— No — dijo mientras reía y negaba con la cabeza.

— Menos mal, no me gustaría no haberme enterado — sonreí y lo besé.

— Eres un caso...

— Pero me amas.

— Más que a mi vida.

— Pues venga, vamos al aeropuerto, a ver cuál es el destino de mi luna de miel. ¡Qué misterio! — negué con la cabeza.

Él sonreía, pero no decía ni media, estaba claro que era toda una sorpresa, como todo lo que hacía él, siempre sorprendida, el señor misterio tenía para hacerlo constantemente.

Entramos directos, nos esperaron con unas tarjetas y nos retiraron las maletas, ni pasamos por la

ventanilla de facturación, él miraba todos los carteles y fue caminando, buscando la puerta de embarque.

— ¿Florenxia? ¿Italia? — Salté emocionada, era uno de mis destinos favoritos, con los que pensaba que me encantaba que estuviera en sus preferencias en este viaje.

Yo entré saltando, como una niña pequeña a la que le levantan un castigo, aquello me parecía de lo más acertado para nuestra luna de miel.

Aterrizamos en Florenxia después de un largo vuelo, en el que no me enteré, lo pasé durmiendo, tenía una resaca monumental.

Cuando nos pusieron el desayuno, conecté el móvil al *wifi* del avión y comenzaron a llegarme muchas imágenes de los invitados, miraba mi boda alucinando, no la pudo preparar mejor, era todo lo que cualquier persona podría soñar, no por lujos, ni nada de eso, no escatimó en gastos, pero lo hizo algo muy normal, sin faltar detalles, no sabría cómo explicarlo, pero fue alucinante.

Miraba las fotos y me partía con el momento Macho Man, inclusive me mandaron un vídeo, ese iba a quedar en mi retina para siempre.

Aterrizamos en Florenxia y un coche nos esperaba para trasladarnos al hotel, el día era perfecto, nos alojamos en una habitación cerca de la plaza de la Señoría, la más importante de la ciudad, totalmente ambientada, aquello era un museo al aire libre, una obra de arte.

En la plaza de la Señoría nos pedimos nuestro primer vino.

— Me parece tan romántico todo... — dije mirando el ir y venir de turistas, las esculturas, todo lo que daba esa magia a aquel rincón.

— Uy, pues esto no hizo más que empezar — sonrió y me hizo un guiño.

Pasamos dos días allí de lo más romántico, me regaló un anillo que era una verdadera joya, lo compró en una joyería del famoso y emblemático Ponte Vecchio.

Luego nos fuimos a Roma, donde estuvimos otros dos días paseando y visitando los lugares más importantes de la ciudad, también otra preciosidad, pero me gustaba más Florenxia, era más especial, tenía algo, más acogedor, pero las dos impresionantes.

Lo que me encantó fue tirar la moneda a la Fontana di Trevi, por poco salgo disparada a ella, mal empezaba con mi petición de deseo, nos reímos tela, Romeo no paraba de negar con la cabeza, pero yo era así, así tal cual le gustaba.

Con Romeo todo era sorpresas, había estudiado todo muy bien, me llevó a restaurantes impresionantes, nos hartamos de vino, de pasear, de hacer el amor carne a carne, de forma más carnal como decía yo.

Habíamos alquilado una *vespa*, era lo más cómodo para movernos rápidamente por la ciudad, aquello merecía ser visto de muchas maneras.

De allí nos fuimos a Venecia, cómo no, ese paseo en góndola escuchando el “O sole mío” era un momento para no olvidar, en esa ciudad llena de esos impresionantes canales y las calles a sus lados, era indescriptible.

Yo no dejaba de hacer fotos, ya llevaba cientos de ellas, todo me parecía impresionante, cualquier momento era de esos que merecían quedar siempre en el recuerdo.

Tras una semana en Italia en la que me sentía la mujer más feliz del mundo, volvimos al aeropuerto, iba triste por la finalización de la luna de miel, había sido perfecta, aunque me quedaba toda una vida para viajar con él.

— ¿Y eso? — pregunté sin entender nada al ver el cartel de Honolulu.

— ¿No te apetece unos días de relax en Hawái? — me hizo un guiño ante la sonrisa de la azafata que nos emitía las tarjetas de embarques y metía en la cinta las maletas.

— ¿¿¿Nos vamos a Hawái??? — pregunté saltando.

— Eso dice ahí — sonrió.

Ahí sí que me había matado, eso de haber conocido otra ciudad Europea y luego culminar la luna de miel en Hawái era la bomba, era como el comienzo de nuevo de la luna de miel.

— ¿Cuántos días vamos a estar? — dije mientras me acomodaba en el asiento de primera clase.

— No seas impaciente, relájate y disfruta.

Llegamos a Honolulu, después de un montón de horas de viaje que se me hicieron largas, pues íbamos de día viajando, menos mal que tenía *wifi* y aunque no iba ligero, iba...

Allí nos recogieron, era por la tarde, las seis más o menos, nos llevaron a una especie de casa privada, aquello era impresionante, como una mansión, nos dieron las llaves y dejamos las maletas en el salón, no me dejó ni mirar el interior.

Salimos a la terraza, daba al mar directamente, unas hamacas mirando a él, suelo de madera, una piscina preciosa, todo en plan jardines de lo más lindo preparado. Unas manos sobresalieron por encima con cuatro cócteles, eran dos manos en cada hamaca, salí corriendo para mirar quienes eran.

— ¡Brenda! ¡Henry! — grité emocionada.

— Mija, si tú te pensabas que después de irte sola por Europa, también nos íbamos a perder esto, ibas apañada — dijo levantándose y dándome una de las copas con un fuerte abrazo.

— No me lo creo — di dos besos a Henry — Por cierto, momentazo poli — reí.

— Nos prohibieron tocarte — dijo Henry dándole la copa a Romeo.

— Lástima, solo faltó el momento juego en la boda — reí mientras miraba a mi chico que arqueaba la ceja.

— Eso fue como mi orgía, me quedé con las ganas — soltó Brenda causándome una carcajada.

— Si estáis a falta de algo, nosotros podemos ayudaros. ¿Verdad Romeo?

— Opino como tú — dijo ante mi asombro.

— ¿Estás diciendo que quieres una orgía? — Lo miré con cara de asesina, pero aguantando la risa.

— Estoy diciendo que lo que pase aquí, se quedará aquí y que si tenemos que pasarlo bien, no seré yo quien ponga trabas — dio un trago del cóctel y se hizo el que no le daba importancia.

— Pues chica, yo lo pasaría genial, que quieres que te diga, el mejor regalo para el cuerpo que mucho amor y sexo — dijo Brenda causándome una risa — A mí me daría igual entrar en esos juegos, sé hacer el papel de sumisa perfectamente — me sacó la lengua.

— Paso de vosotros, voy a poner un lavado de ropa, aprovecho que hay lavadora, me cambio y vengo.

Entré y Romeo me siguió.

— ¿En serio lo del juego? — pregunté mientras metía ropa blanca de él y mía en la lavadora.

— Estamos de luna de miel, la pasamos bonito en Italia, cuando volvamos a Miami quiero una vida entre tú y yo, pero si estos días los quieres disfrutar y dejarte llevar, por mí no hay problema — dijo pegándose contra él.

— No me veo comiendo la concha a mi amiga — reí.

— No tiene por qué pasar nada de eso, solo tenéis que dejaros llevar — me hizo un guiño.

— Miedo me da. — reí y lo besé — Pero estoy dispuesta a pasarlo en grande — hice un gesto

suggerente.

Me puse la parte de abajo de un bikini, solo eso, como Brenda, para qué más, dejamos las cosas en la habitación.

Salimos y ya habían descorchado una botella, Brenda me volvió a abrazar feliz, estaba preciosa, la sonrisa que tenía con Henry la hacía especial.

— ¿Y esta joya? — dijo mirando mi anillo nuevo que estaba detrás de la alianza.

— Me la regaló en Florencia, la compró en una de las joyerías emblemáticas que había en el Ponte Vecchio en Florencia.

— Es una pasada.

— Me encanta — dije emocionada.

Nos sentamos en los taburetes de la barra que había exterior, me recordaba a la casa de Romeo, este era más Hawaiano, de cañas, como un kiosco de madera de helados, era súper gracioso, los chicos estaban por dentro, donde había cubitera, bebidas y...

— ¡Sorpresa! — gritó Henry sacando unas bolas chinas en cada mano.

— ¡Wala! — gritó Brenda emocionada mientras tocaba las palmas y a mí me daba un ataque de risa.

— ¿Preparadas? — dijo Henry ante la sonrisa de Romeo.

— A mí me puedes meter una caja de bolas — Brenda era tremenda.

— Yo me presto a todo — dije negando con la cabeza y riendo.

— Vale, me encargo yo — miró a Henry — Tú intenta que no falte las copas llena — ordenó sonriendo a Romeo.

— ¿Para mí no hay bolas? — preguntó Romeo bromeando.

— Claro, cariño. Ahora vengo y te las meto — le respondió Henry guiñándole el ojo.

Se puso detrás de Brenda primero, que estaba como yo sentada en un taburete, le abrió las piernas y metió su mano por debajo del bikini, yo miraba a Romeo sonriendo y escuchaba como soltaba un gemido Brenda.

— ¿Bien? — le preguntó una vez que se las metió.

— Muy bien — dijo con descaro mientras bebía de la copa de vino.

Se puso detrás de mí, sonreí mirando a Romeo, que me guiñaba el ojo, abrí mis piernas y metió sus dedos en mi interior, luego me abrió un poco y metió las bolas, dejando la cuerda por fuera de mi vagina y por dentro del bikini.

— ¿Qué tal, señora? — preguntó con segundas.

— Genial, estoy a punto de ponerme a botar — reí.

— Yo quiero más, mucho más — dijo Brenda haciendo la payasa.

Nos metimos en la piscina, bolas dentro, pero sin pasar nada más al menos por ahora, Henry y Romeo estaban en el mar charlando, nosotras desde ahí lo veíamos perfectamente, estábamos frente a frente, la piscina estaba estratégicamente puesta, nos tiramos un *selfie* y ellos salían de fondo.

— Lleva durmiendo en mi casa toda la semana — dijo emocionada.

— ¿En serio?

— Sí, menos dos días que nos fuimos a la suya.

— Al final los vamos a volver a estos hombres serios — reí.

— Lo malo es que ellos a nosotras no podrán...

— Tienes razón — brindamos con las copas muertas de risa.

Estaba feliz, contenta, tenía a mi amiga allí, a Henry, en el fondo lo adoraba, me caía genial, me parecía un tipo muy sensato, buena persona, educado, atento, encima jugaba de muerte, las cosas como eran, estaba radiante de felicidad, los veía felices y los tenía conmigo. ¿Qué más podía pedir?

Los chicos volvieron, ya que abrían la puerta, pues nos habían traído la cena, nosotras nos quedamos en la piscina mientras la colocaban, una langosta para cada uno y una ensalada de la zona, que tenía un aspecto delicioso, además de mucho vino, era lo que más nos gustaba a todos.

Nos sentamos a cenar, por supuesto aún manteníamos las bolas dentro, daban sensación de presión, pero molaba sentir las dentro.

Aprovechamos mientras cenamos para poner las fotos de Italia a modo diapositivas sobre la tablet de Romeo, me emocionaba hasta yo al verlas de nuevo, me traía muchos recuerdos, parecía que volví hacía un mes y solo había pasado unas horas.

Cuando terminamos de cenar, nos echamos Brenda y yo sobre la hamaca, con un cubata que nos habían preparado, ellos seguían en la mesa charlando de sus cosas, nosotras bromeando sobre todo, estábamos felices, relajadas y eso se notaba.

Los chicos vinieron y se sentaron entre los pies de cada una, comenzamos a charlar sobre la posibilidad de al día siguiente alquilar un barco y navegar durante todo el día, a nosotras nos encantó la idea.

— Vamos a jugar a un juego — dijo Henry sacando dos antifaces. Miré a Romeo y arqueé la ceja. Me miraba sonriente con deseo, era todo un misterio, a saber que estaba pensando. — Toma — le dio uno para que me lo pusiera.

Nos dejaron a ciegas y nos hicieron echar hacia atrás, cada una en cada hamaca. Noté como si ya Romeo no estuviera, pero escuché gemir a Brenda, sabía que le estaba o estaban haciendo algo, luego chillaba un poco, pero eran chillidos de placer, un poco bruscos, pero imaginé que algo le estaban haciendo que la hacía ponerse de esa forma, solté el aire cuando la dejé de escuchar y noté que alguien se ponía entre mis piernas y otro a un lado, lo pude notar.

Unos dedos se pusieron en la entrada de mi culo y comenzaron a entrar con fuerza, entrando y saliendo, cuando de repente pusieron algo ahí y lo metieron hacia dentro, dejándolo caer como en el vacío, chillé como loca, aquello pesaba mucho, me daba una sensación de querer hacer pipí, entre lo de la vagina y eso me estaba produciendo esa sensación.

Cuando estaba colocado, me dio uno de los dos unos toques en las piernas, para que me relajara.

— Quiero beber — dijo Brenda.

— Yo también — dije riendo casi sin aire.

— Tenéis la posibilidad de hacerlo y fumaros un cigarro, sin antifaz, con una condición — dijo Henry — en cuanto os coloque una cosa.

— A mí no me cabe más nada — dijo Brenda chillando.

— Tranquila...

— Ahhh, cabrón, duele — gritaba quejándose de dolor cuando noté esas pinzas en mi pecho.

— Auch — Grite encogiendo y Romeo me quitó el antifaz.

— Podrías haber avisado .— le dije en plan recriminación.

— ¿Y quién te dijo que fui yo? — arqueó la ceja.

Lo miré con ganas de matarlo, pero me eché a reír mientras me quejaba del dolor de esas pinzas,

era algo que me superaba, pero que a la vez me gustaba esa sensación, para matarme, era para matarme.

Nos levantamos y nos tomamos la copa de pie, a mí me presionaba todo, me dolían los pezones, pero estaba de lo más cachonda, al igual que Brenda, que no dejaba de desafiar.

— Yo con esto no tengo ni para empezar — dijo mirándose el pecho y saltando.

— Está bien saberlo — dijo Henry desafiante mientras miraba a Romeo.

— Brenda, no los busques que no sabes cómo puedes terminar — resoplé.

— Eso quiero saber, donde puede terminar — me hizo un guiño.

Un rato después, nos pusieron los antifaces, bueno, los puso Henry, el descarado ese que le gustaba tener el control de todo.

Me hicieron sentar y me marcaron la copa, me encendieron alguno de los dos un cigarro y me lo dieron, de repente no escuchaba nada, era como si se hubiera ido todo el mundo, los sentí irse, me dio esa sensación, así que ahí estaba sola.

Miré un poco por debajo del antifaz e hice un 360, pero nada, ahí estaba sola, imaginé que se habían llevado a Brenda al interior y que luego me tocaría a mí.

Un rato, pero bastante después, noté como me levantaban, me indicaban el camino, por momentos pensaba que era Henry, por otros, que era Romeo, al igual que también pensé que los dos. Me hizo doblarme y apoyarme sobre una especie de cama fina, pero solo mi barriga, no había mucha base, el pecho y la cara se me quedaron por fuera, al igual que el culo, con los pies apoyados en el suelo. Como en una especie de cruzado me pusieron como un tensor en la espalda, lo engancharon a algo, pero era imposible moverse.

Mis piernas las separaron y las ataron a algo también, además entre medio de mis tobillos había un palo para dejarme totalmente inmóvil.

— Decidme una cosa nada más. ¿Brenda está bien? — pregunté con ironía, para quedarme tranquila de que había salido viva.

Una palmada brusca y dura aterrizó en mi nalga.

— Auch ¡Qué bestia! — me dieron otra. — Pero... — llegó la siguiente.

Ahí entendí que si hablaba, me caía la palmada.

Sacaron las bolas de mi interior, primero las del culo y luego las de la vagina, eso me dio una sensación de alivio brutal.

Noté como metían en mi culo una especie de tubo, lo adentraron bien y luego hicieron algo que empezó a echar un líquido en mi interior, yo no podía ni respirar, chillaba como loca al notarlo lleno, luego lo metieron por mi vagina y lo llenaron a la misma manera, alguien jaló de mis pinzas con sus fuerzas y comencé a chillar como loca, hasta que me soltó y resoplé bien fuerte.

Unos dedos por ambos lados iban sacando el líquido y luego me colocó como dos bolas congeladas que se iban derritiendo en mi interior, por ambos lados, yo estaba que me daba algo.

Sentía como si las fuerzas me flaquearan, como si no pudiera aguantar más, pero a la vez deseaba todo, sobre todo correrme.

Mientras se derretían volvieron a meter el tubo y a soltar más líquido sobre eso congelado, yo quería saltar, moverme aquella sensación me estaba volviendo loca.

Noté como uno se ponía en la entrada de mi ano y me lo iba metiendo, chillé mientras otro aguantaba mi pelo recogido en sus manos, sujetando a la vez mis hombros y yo pensaba que moría de placer, aquello era una sensación de lo más placentera, era algo que me hacía perder el control y me corrí con esos movimientos en mi interior, al igual que la persona que salió, no fui capaz de deducir quién era.

Me soltaron y me hicieron sentar en medio de esa minúscula camilla, con los pies hacia fuera y el culo en el borde, una boca comenzó a lamerme y comerme todas mis partes, algo me decía que era Romeo, pero esos bocados me hacían presagiar que podía ser Henry, a mí en esos momentos me daba igual, necesitaba llegar, aquello me estaba matando, tal como me corrí me la metieron por la vagina sujetando mis piernas en el aire, moviéndose con desenfreno, llevándome al tercer orgasmo en el que caí desgastada, sin fuerzas, sin poderme mover.

Hicieron que ahora me extendiera en la camilla, totalmente relajada, estirada, sin ataduras, sin nada, aunque miedo me daba, con esos dos nunca se sabía.

Un chorro de una especie de aceite con un olor a flores comenzó a regarse por todo mi cuerpo, las manos de Romeo comenzaron a acariciar de cintura para arriba, sabía que eran sus manos, las de Henry estaban en mis muslos, comenzó a masajear con cuidado, en plan caricias los dos, esas cuatro manos en mí, yo a ciegas, eso sí que era un momentazo.

Las manos de Henry entraban en mi interior, pero con suavidad, sus dedos masacraban mi interior con mucho acto, pero aquello era fascinante, nada de dolor, un poco de incomodidad por detrás, pero era excitante, placentero y relajante.

Estuvieron así como diez minutos, luego echó bastante aceite a mi clítoris y lo comenzó a tocar, hasta llevarme al que fue a mi cuarto orgasmo.

Resoplé de cansancio, pero es que me sentía nueva, genial, eso último había sido un contraste brutal, había sido una explosión para los sentidos, el olor a flores, el tacto expandido sobre mi

piel, el gusto de sentir aquellas manos sobre mí, eso fue un momentazo único.

Romeo me quitó el antifaz y ya se había ido Henry, escuché la puerta cerrarse.

— ¿Qué tal? — preguntó sonriendo.

— Al principio pensé que moría, al final pensé que tocaba el cielo — dije pegándome a su pecho.

— No sabes cómo me pones cuando te dejas hacer todo — me mordió el labio mientras sujetaba mi cara con sus manos.

— Estoy agotada, quiero dormir — me abracé a él.

Me cogió en brazos y me llevó a la habitación, nos acostamos desnudos y abrazados, muertos por el viaje y por ese último momento tan efusivo.

Capítulo 22



Nadie en la habitación, a mí me dolía todo el cuerpo de la noche anterior, me puse la parte de abajo de un bikini, una camiseta de sujetador de esas de gimnasio, a juego con el color de abajo, todo en blanco y salí al jardín.

— Ole las cosas bonitas — gritó Brenda.

Le di un beso a cada uno y me senté.

— En diez minutos nos recogen en una lancha y nos llevan al barco — dijo Henry.

— A mí hoy no me tocáis — advertí con las manos, pero lo único que provoqué fueron risas.

— ¿Ni un poquito? — dijo Henry haciendo el gesto con sus manos.

— Ni un poquito — advertí con el cuchillo que extendía la mermelada.

— Anda niña, que sosa eres, pues los dos para mí — dijo Brenda poniendo los ojos en blanco.

— Pues para ti los dos — saqué la lengua.

— Vosotras dos quisisteis jugar y ahora vais a jugar — dijo Henry y Romeo se encogía de brazos riendo.

— No quiero saber nada — dije haciendo un gesto de pasar con la mano.

Un rato después estábamos en el barco, les explicaron todo y nos dejaron allí.

Una pasada, el exterior tenía jacuzzi, mesas, tumbonas y una barra de bar pequeña, aquello era el paraíso y dentro, dos camarotes con unas camas que cabían unos cuantos, además de cocina, una especie de salón a un lado con una U de sofá y en medio una mesa, también había un baño.

La nevera estaba llena de bebida y comida, no tardaron en abrir una botella de vino blanco y nos pusimos a tomarlo en el exterior, el barco estaba parado, el mar era un plato transparente, una

gozada, estaba loca por tirarme, pero el vino, el vino me tiraba más, así que me lo bebí, mientras escuchaba a Romeo Santos, para mí era esencial en mi vida.

Henry y Romeo charlaban mientras preparaban en una parrilla unos langostinos, olían de muerte, Brenda se tiró al agua desnuda, chillando que eso era vida, yo me quité la parte de arriba para que no me quedaran marcas y me seguí bebiendo mi vino plácidamente, me sentía relajada, libre en medio del mar, con mi marido, con mis amigos, con el sexo como juego, me gustaba esa vida que me daba este hombre, me gustaba todo lo que le rodeaba, aquello que pude ir descubriendo a su lado.

Me tiré al agua un poco después con Brenda, que aún seguía disfrutando del mar, sonriente, feliz, se sentía cómoda con todos, le pasaba lo mismo que a mí.

— Lo de ayer fue brutal y el masaje... — dijo mordiéndose el labio.

— El masaje fue la bomba — reí.

— Ahora nos deberían de dar otro — soltó una carcajada.

— Me da a mí que hoy nos la van a dar mortal, muy quietos están.

— Pues que me den, yo no digo a nada que no — dijo abrazándome muerta de risa.

— Estás que te sales — reí.

— Me han enseñado lo bueno, ahora lo quiero todo.

— Te entiendo, me pasa lo mismo — le di un beso en la mejilla y le indiqué que saliéramos de ahí.

Subimos por la escalera al barco, yo iba primera y tiró de mi parte baja del bañador, me volví y le resoplé.

— Quítalo, hay que subir desnuda — dijo quitándolo del todo.

— Estás loca — resoplé.

No comimos los langostinos esos mientras tomábamos el vino, estaban buenísimos.

Los chicos estaban charlando animadamente, nos miraban sonrientes, Romeo me abrazaba y Henry hacia lo mismo con Brenda, eran muy cariñosos y atentos, me gustaba que fueran así, lo mismo que tenían de juguetones.

No paso nada en toda la mañana, estuvimos bebiendo, picoteando y luego comimos, fue entonces cuando nos dijeron que nos fuéramos cada una a un camarote, vamos nos lo ordenaron.

Me quedé dormida, eso pasó, me levanté un rato después cuando los dos entraron en él, se sentaron a un lado cada uno y me miraron riendo.

— Brenda va a dormir ahora, a ti hay que espabilarte.

— No quiero — estaba boca abajo desnuda y cómoda.

— Vamos — dijo Romeo abriendo mis piernas bien.

— No me pienso mover — dije metiendo la cabeza debajo de la almohada.

— Eso queremos, que no te muevas — dijo riendo Henry.

Noté ese aceite sobre mi espalda y mi entrepierna, me quejé sin sacar la cabeza, pero ellos hicieron caso omiso.

Romeo se puso entre mis piernas y Henry se quedó dando masajes a mi espalda.

Los dedos de Romeo comenzaron a mover mi vagina, cuando digo a mover, es mover, aquello era impresionante, no me dolía nada, todo lo contrario, el aceite y esos dedos estaban volviéndome loca, aprovechaba para tocar mi clítoris, comencé a notar que me iba a correr, cuando paró de golpe y me dejó con ese dolor en mis partes, de contener toda la excitación.

Se cambiaron y se puso entonces Henry entre mis piernas, comenzó a meter sus dedos en mi culo a la vez que su otra mano tocaba mi clítoris, esta vez si me corrí con sus dedos en mi ano jugueteando sin parar.

— Ya os podéis ir — dije echándolos con descaro.

— No, bonita, ahora viene lo bueno — dijo Henry riendo.

Me hicieron levantar, Romeo se sentó en la cama, no tan al borde, ahí me sentó el de espaldas suyas y me cogió las piernas y me levantó dejándome expuesta ante Henry, que se puso un preservativo y me empezó a penetrar mientras Romeo me mantenía elevada y sujeta, luego me dio por el culo, yo chillaba por esos movimientos tan bruscos, pero Romeo me hacía callar apretando mis muslos con fuerza.

Se corrió, se limpió, y me hizo agarrarlo por la cintura, me sujetó con sus manos y estaba de espaldas a Romeo, con el culo levantado, de pie, comenzó a penetrarme y a azotarme, yo creía que iba a enloquecer, me volvía loca de placer, me daba más fuerte con su mano, con su miembro y se corrió de forma embrutecida.

Me tiré en la cama cuando terminaron y Henry me puso aceite por mi interior, en plan masaje para que me calmara de tantas rozaduras, eran brutales esos dedos cuando querían, dejaban de lo más

relajada.

Lo que más me gustaba de todo eso era que yo no veía lo que le hacían a Brenda, ni ella a mí, en cierto modo me daba más tranquilidad, era mi amiga, era un juego, pero ver a mi chico tocarla tampoco era plato de buen gusto, al igual que ella a mí.

Romeo salió y dijo que nos esperaba tomando un vino, me dio una palmada en el culo y me lo apretó, a modo cariñoso, mientras Henry seguía con esos dedos en mi interior, de forma relajada, causando un tremendo alivio en mí.

— Date la vuelta — dijo cuando salió Romeo.

— Estoy bien así — me quejé debajo de la almohada.

— Venga, que te voy a relajar más — me ayudó y obligo a dar la vuelta.

Volví a poner mi cabeza bajo la almohada, me arqueé las piernas y me metió los dedos con mayor comodidad, al igual que con más aceite.

Luego me hizo el masaje por los pechos, mientras con su otra manos seguía jugando por cualquiera de mis dos orificios, gemí, me estaba volviendo a excitar y mucho, sus dedos entonces fueron a mi clítoris y comenzaron a acariciarme con sensibilidad, relax y con su otra mano seguía acariciando todo mi interior.

Me corrí doblando mi cuerpo, él sacó su mano con cuidado y me abrazó, pero con cariño, me echó sobre él mientras me recuperaba.

— ¿Bien?

— Sí — dije resoplando.

Cuando me recuperé, me senté en medio de la cama con los pies cruzados y me recogí el pelo, él me miraba sonriendo.

— Gracias por fiarte de mí y permitirme estar de esta manera en vuestras vidas — dijo acariciando mi muslo.

— Ya sabes que te adoramos — me tiré a él a abrazarlo y me sentó entre sus piernas para abrazarme también.

— Me encanta Brenda y me encanta que también se deje llevar por estos momentos — sus dedos hacia círculos en mi muslo.

— Yo os adoro — le di un beso en la boca pero de cariño, ligero, sin más pretensión.

Él me abrazó fuerte, me tiró hacia atrás y comenzó a besar mi pecho, mi barriga, se paró en mis partes y comenzó a comerlas, yo comencé a gemir como loca, no esperaba esa parte, pero estaba excitada de nuevo, así que me dejé llevar hasta volverme a correr con su lengua hecha una serpiente y sus dedos en mi interior.

Sonreí y negué con la cabeza, nos levantamos y me dio un abrazo, no más allá que del sentimiento de amistad y esos momentos compartidos, nos quedamos unos segundos abrazados, bien fuerte y luego salimos hacia fuera.

Brenda y Romeo estaban charlando sentado al borde del barco, tomando un vino, riendo, ella desnuda y él con el bañador, pero había una naturalidad que a muchas personas le produciría un rechazo, nosotros vivíamos como queríamos, no le hacíamos daño a nadie, era nuestra vida y la estábamos viviendo como nos daba la gana.

Esa tarde tuvimos una baja, Brenda se puso con el periodo, maldito momento, la pobre lo pasaba mal, se tuvo que ir al camarote a dormir sobre las nueve de la noche, íbamos a pasar la noche a bordo, habíamos quedado en entregarlo a las diez de la mañana, Brenda, por supuesto, dijo que disfrutaremos hasta altas horas, pero para ella ya se acababa de algún modo esos momentos sexuales, al menos una parte de ellos, aún podía hacer algún apaño con Henry, eso pensaba yo, al igual que pensaba que ya no se jugaría más, pero no, me equivoqué....

Habíamos cenado, estábamos a chupitos, yo me había puesto una camiseta larga, ni ropa interior ni bikini debajo, yo estaba en mi salsa.

Henry miró a Romeo y este le hizo un gesto de aprobación con la cabeza, así que Henry me cogió y me hizo caer sobre la mesa, de espaldas, dejando los pies en el suelo.

— Esto no es justo, pensé que se acabaron los juegos — dije cuando note la punta del pene de Henry entrar en mi vagina y cogí el aire.

Me dio varias estocadas, luego me hizo girar y sentar al borde de la mesa, me volvió a penetrar mientras yo estaba sentada y él apretaba fuerte mis pezones causándome grandes gemidos. Luego me cogió al vuelo, tenía mucha fuerza, me mantenía penetrada y dejó mi culo preparado para Romeo.

— No me hagáis esto — dije casi sin respiración a modo advertencia, pero no hicieron caso.

Me penetraron mientras me fijaban para no moverme e ir de forma sincronizada, yo mordía el hombro de Henry, me pensaba que eso me iba a reventar, pero grité de placer al igual que ellos.

Se corrieron, se limpiaron y Henry se sentó en una silla y me hizo sentar de espaldas a él, con sus piernas abrió las mías y me dejó ante Romeo, que comenzó a comerme de forma desorbitada, como si no hubiera un mañana, mientras me metía un vibrador por mis partes y conseguía con su lengua llevarme a otro orgasmo.

Terminamos, los miré y le dije que ahí se quedaban, me fui riendo a dormir, ya había tenido bastante, ya había sido todo más que bastante por ese día.

No noté ni cuando Romeo se acostó, solo sé que me levanté por la mañana y sonreía a mi lado.

— Me duele todo por dentro, te lo juro — dije quejándome.

— ¿Pero un dolor fuerte o notas como una sensación de incomodidad?

— Como si me quemara, no es dolor, pero es como si me quemara.

— Vale, espera aquí.

Salió y volvió con Henry.

— Aquí el doctor — dijo riendo, enseñando una pomada.

— Voy preparando el desayuno — dijo Romeo sonriendo y dejándonos ahí, cerró la puerta.

— No te pases que te doy dos hostias — dije en tono amenazador.

— Muy violenta te levantaste — sonrió — Anoche debimos ponerte esto, calma y refresca, pero nos dejaste arriba sacándonos el dedo y te fuiste — dijo abriendo mis piernas y haciendo que me echara hacia atrás.

— ¿Como está Brenda?

— Mejor, ya está arriba desayunando, le di un buen meneo esta mañana, hay muchas formas de hacerlo sin tocar la zona sangrienta — arqueó la ceja mientras ponía la pomada en sus dedos.

Apartó de nuevo mis piernas y metió sus dedos en mi parte delantera, lo dejó bien extendido y noté un alivio.

— ¿Mejor? — afirmé con la cabeza y luego me la puso en la parte trasera.

— Auch, — me quejé — pero luego noté el alivio inmediatamente.

— Relájate, ahora repito y listo, verás que te sentirás muy aliviada— sonreí mientras me miraba ahí tirada.

— Vuelve a quemarme — dije notando que se pasó rápidamente el efecto.

— Venga, pongo más, abre bien — introdujo sus dedos con un buen pegote, repitió las mismas jugadas, me sentí más aliviada, pero no terminaba de calmar ese resquemor.

— Espera aquí — salió y volvió con unas especie de supositorios de gel, colocó uno en cada parte y me metió el tubito pero esta vez echó muy poco líquido en ambos lados, rápidamente noté ahora sí la frescura y una buena sensación.

— Ahora sí — dije levantándome y abrazándolo con fuerza. — Eres todo un profesional de la medicina — soltamos una carcajada.

Salimos y estaban desayunando.

— ¿Mejor? — me preguntaron los dos.

— Sí, pero estos hoy no me tocan.

— Tonta eres — dijo mi amiga negando con la cabeza.

Vinieron a por nosotros un rato después y volvimos a nuestro alojamiento, Brenda estaba la pobre fatal, se fue a la cama después de comer y yo me quedé con los chicos en la piscina, bebiendo vino y disfrutando del penúltimo día allí, al día siguiente saldríamos todo el día de compras y relax y al otro volvíamos a la realidad.

— Me estoy meando, que putada — dije con rabia saliendo de la piscina.

— ¡Espera! — gritó Henry y me agarró, luego miró a Romeo que estaba riéndose.

— ¿Puedes aguantar?

— Ni de broma — dije intentando soltarme, pero me cogió en brazos y me tiró a la hamaca.

— ¿Qué haces? — pregunté riendo, queriéndolo matar.

— Confía en mí — miré a Romeo que reía desde la piscina.

Me hizo poner quieta y comenzó a meter sus dedos en mi vagina, comencé a chillar, mientras él me paralizaba y sus dedos bruscos jugaban en mi interior, Romeo vino y comenzó a tocar mi clítoris, entre los dos me sujetaban y yo pedía que me soltaran, pero no había forma, aquello cada vez se ponía peor y terminé haciendo algo que no esperaba, correrme y mear a la vez mientras sus manos no se despegaban de mí.

— Estáis locos — grité cuando vi todo mojado y Henry sacaba sus manos de mi interior.

La sonrisa de los dos era para matarlos, negué con la cabeza y me fui directa al mar, a bañarme, ellos me siguieron atrás.

— Sois unos asquerosos — le saqué el dedo mientras andaba y los dos me seguían detrás.

— Pero Jenny, no me digas que esa sensación no es una pasada.

— ¡¡¡Iros a la mierda!!!

Cuando estaba en el agua, ellos entraron corriendo y me cogieron en alto y me lanzaron.

— Pero bueno, ¿me vais a joder más? — nunca mejor dicho, solté una carcajada al comprender lo que había preguntado.

— Si nos dejas, te vamos a joder un poco más, claro — dijo Romeo haciéndose el interesante.

— Paso de vosotros — me di una zambullida y me salí, ellos venían detrás riendo.

Un rato después, se levantó Brenda y yo estaba pasando de los dos, relajada en la hamaca, al verla me levanté.

— ¿Qué tal?

— Mejor.

— Pues encárgate de esos, no veas como están — volteé los ojos.

— Pues como siempre, ni que no los conocieras. ¿Qué te hicieron?

— Qué te lo cuenten ellos — dije señalándolos mientras tomaban una copa en la barra.

Entre bromas y copas, cenas y charlas nos quedamos dormidos en las hamacas, increíble, pero allí dormimos, hablando mientras mirábamos las estrellas y contábamos anécdotas.

Por la mañana nos dimos un baño en el mar después de desayunar y nos fuimos a pasear por la zona turística, pasamos un día de lo más divertido, nos montamos en unas colchonetas hinchables que había en un pub. Brenda salió disparada, tuvieron que ponerse delante para frenarla.

— Ví volar hasta el támpax — dijo muerta de risa, de igual forma estábamos nosotros.

— Eres muy bruta, hija — puse los ojos en blanco.

— Vosotros, que tenéis menos aguante — suspiró.

— Sí, sobre todo aguante, calla, que aún la lías — dije con segundas.

— A mí esta noche que se las apañen, pero me tienen que dar la despedida — dijo haciendo una mueca.

— Os la daremos — dijo Henry.

— Yo no pedí nada...

— Pero eres la de la luna de miel, es tu última noche, tendrá que ser inolvidable.

— Mira Henry, déjame que estoy muy relajada.

— Eso queremos, que te relajés — resoplé y me bebí lo que quedaba de un trago.

Pasamos un día precioso, una tarde y una noche, volvimos cerca de las doce.

Me tiré a fumar un cigarro y los chicos acompañaron a acostar a Brenda, ella borracha y pidiendo guerra, los dejé que fueran a distraerla, yo pedí una tregua, estaba desgastada.

Esa luna de miel no la iba a olvidar en mi vida, puro romanticismo en Italia y puro sexo en Hawai, la verdad que no podía quejarme, los chicos vinieron y sirvieron tres copas, tardaron como media hora.

— Tu amiga esta felizmente durmiendo — dijo Romeo a modo gracioso.

Me fui con ellos a la barra.

— Yo voy a acostarme en cuanto me tome esta — dije dando el primer trago.

— Bueno, pero nos dejarás jugar por última vez, ¿no? — preguntó Henry.

— Eso de última vez, como que no me lo creo, — resoplé — pero yo estoy agotada, os lo juro.

— Tú no tienes que hacer nada — arqueó la ceja Romeo.

— Ya, pero soportar esas cosas agotan — dije en tono chulesco.

— Vas a dormir mejor — intentó convencerme Henry.

— ¡Dejadme! — resoplé riendo.

Romeo estaba detrás de la barra, Henry sentado en un taburete, me agarró, me pegó contra él de espaldas y me rodeo con sus manos mirando a Romeo.

— Nos vas a dejar tristes — dijo metiendo la mano por debajo de la camiseta mientras Romeo nos miraba.

— Sí, por mí os podéis morir de pena — dije intentando separarme, pero me pegó más y me bloqueó.

Noté su pene erecto en mi culo, yo estaba de pie, sabía que no iban a parar hasta conseguir lo que

querían.

Me quitó la camiseta y el sujetador, una de sus manos me sujetaba por el pecho la otra entró por dentro de mi minifalda, que era elástica.

— Henry — me quejé.

Empujó mi falda y bragas hacia abajo, consiguió con sus piernas echarlas hacia un lado.

Me subió a su falda y me abrió a Romeo, que miraba sin perder mi parte de vista mientras las manos de Henry entraban y salían por mi interior, por delante, por detrás y me daba puntadas con su pene, estaba muy excitado.

Romeo salió de la barra y Henry me abrió bien, dejándome expuesta ante mi marido, que sacó un vibrador y comenzó a meterlo en mi culo dejándolo puesto ahí, yo resoplaba de placer, de nerviosismo, de locura, sus dedos comenzaron a entrar en mi vagina de forma brusca, mirándome mientras me veía chillar, no me podía mover, Henry tenía demasiada fuerza, estaba a la merced de los dos, eso en mi culo vibrando. Romeo sacó sus dedos y me penetró mientras Henry tocaba a toda velocidad mi clítoris, mi marido apretaba mis pezones, me corrí a chillidos, pero tardaron en parar, me llevaron al límite.

Esperaron a que me repusiera y Henry me pegó a la barra y me folló a lo bestia mientras me daba palmadas en el culo y Romeo nos miraba con ojos de satisfacción, era el hombre perfecto, pero con ese vicio oculto en cuestión sexual.

Me fui a dormir temblando, el cuerpo parecía que iba a desfallecer, no tardaron en llegar, yo estaba sobre la cama, Henry venía con su famosa pomada, no me hizo mover, tal como estaba boca abajo me la metió dos veces y luego me mordió el culo en plan broma y se fue.

Romeo se tiró a mi lado y me abrazó.

— Eres todo lo que soñé — dijo apretándome contra él.

Al día siguiente nos levantamos todos a la vez y desayunamos, luego nos fuimos al aeropuerto, había que volver a la realidad y yo, a mi nuevo hogar, a la casa de Romeo, donde comenzaría nuestra nueva vida.

Epílogo



Habían pasado dos años, por fin ese día íbamos a tener las ansiadas noticias.

El ginecólogo me miró sonriendo.

— Vienen dos, no sé aún el sexo, pero vienen dos, felicidades — dijo mirando a Romeo que tenía los ojos húmedos de llorar.

Habíamos pasado por un tratamiento de inseminación artificial, a él le tuvieron que sacar el esperma debido a su operación y me lo colocaron a mí.

Dos años de plena felicidad, yo había trabajado hasta ahora, me negaba a abandonar mi puesto, así lo controlaba de paso, siempre se lo decía con descaro.

Erika nos esperaba fuera, cuando nos vio la cara se puso a saltar de felicidad, estaba muy unida a mí, me veía como a la madre que siempre le faltó a pesar de tenerla, pero esa niña estaba a falta de esos abrazos que encontró en mí.

La felicidad en nosotros era plena, los juegos terminaron en Hawái, ya solo éramos él y yo a pesar de haber hecho muchos viajes con Brenda y Henry que aún seguían su relación y ya vivían juntos, pero las bodas le producían alergia, como ellos decían.

Mi vida era de color de rosa, Romeo era un hombre fácil de alimentar, él solo necesitaba sonrisas y abrazos, nada más, tranquilidad en su vida, esa que decía que le había dado yo desde que llegué.

Mi felicidad comenzó el día que lo conocí, pero la verdadera paz fue el día en que mi jefe me exigió casarme con él delante de sus amigos, ese día comencé a disfrutar del relax de saber, que a pesar de ser él tan jefe y yo tan caprichosa, habíamos encontrado todo aquello que siempre habíamos esperado...

